

# Paideía

Revista de Filosofía y Didáctica Filosófica

Septiembre-Diciembre 2017

## ARTÍCULOS

*Pensar la revolución.*

*De los "regímenes totalitarios" al dominio total del capitalismo.*

Francisco J. Ramos

*Cien años de la Revolución Rusa: cuando los de abajo dicen basta.*

Pedro Chaves Giraldo

*Los sóviets, una utopía fracasada.*

Felipe Aguado Hernández

*La revolución rusa a un siglo de distancia.*

*Su poderoso influjocultural e ideológico en el siglo XX.*

Antonio Chazarra Montiel

*Hegel, Ortega y la Revolución rusa: ¿Es posible una historia universal?.*

María Rodríguez García

## AULAS ABIERTAS

*Utopías para aprender y comprometer. Una actividad didáctica*

*con alumnos de ESO sobre la Utopía de T. Moro.*

María Aguado Molina

## LIBROS

## COMUNICACIONES

*Relatos filosóficos.*



**SEPFI**  
Sociedad Española de  
Profesores de Filosofía

**IIO**



EN COEDICIÓN CON EDELVIVES

# FILOSOFÍA

GUÍA DIDÁCTICA  
Y RECURSOS  
COMPLEMENTARIOS  
DISPONIBLES

4º ESO



Libro de Texto  
ISBN:  
978-84-8483-850-0



1º BACHILLERATO

Libro de Teoría y libro de Práctica  
juntos en un pack indivisible.  
ISBN PACK:  
978-84-8483-799-2

## HISTORIA DE LA FILOSOFÍA



## 2º BACHILLERATO

Libro de Teoría y libro de Práctica  
juntos en un pack indivisible.  
ISBN PACK:  
978-84-8483-841-8

# PSICOLOGÍA

2º BACHILLERATO



GUÍA DIDÁCTICA  
Y RECURSOS  
COMPLEMENTARIOS  
DISPONIBLES

Libro de Teoría y  
libro de Práctica juntos  
en un pack indivisible.  
ISBN PACK:  
978-84-8483-845-6

# EvAU.

## EvAU. Textos de filosofía

Universidades de Madrid

Guías de lectura y prueba oficial

Análisis de los textos y contenido de apoyo

★★★★

NUEVA  
SELECTIVIDAD



laberinto

# NUEVOS

## TEXTOS DE FILOSOFÍA

ISBN: 978-84-8483-901-9

laberinto



Ediciones del Laberinto, con su habitual compromiso de apoyo a la docencia de las materias de filosofía, presenta el nuevo libro de Textos de Filosofía que recoge las modificaciones introducidas en febrero de 2017 para la nueva prueba de acceso a la universidad, ahora denominada Evaluación para el Acceso a la Universidad (EvAU) y que sustituye a las anteriores PAU, en la materia de Historia de la Filosofía.

# ÍNDICE

REVISTA DE FILOSOFÍA Y  
DIDÁCTICA FILOSÓFICA  
2ª ÉPOCA, AÑO XXXVII  
PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL  
SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2017  
www.sepfi.es



SEPFI  
Sociedad Española de  
Profesores de Filosofía

PAIDEÍA  
**110**

## 343 EDITORIAL

### PRESENTACIÓN

345

## 347 ARTÍCULOS

- Pensar la revolución. De los “regímenes totalitarios” al dominio total del capitalismo. *Francisco J. Ramos.* 349
- Cien años de la Revolución Rusa: cuando los de abajo dicen basta. *Pedro Chaves Giraldo.* 369
- Los sóviets, una utopía fracasada. *Felipe Aguado Hernández.* 395
- La revolución rusa a un siglo de distancia. Su poderoso influjo cultural e ideológico en el siglo XX. *Antonio Chazarra Montiel.* 419
- Hegel, Ortega y la Revolución rusa: ¿Es posible una historia universal? *María Rodríguez García.* 433

## 445 AULAS ABIERTAS

- Utopías para aprender y comprometer. Una actividad didáctica con alumnos de ESO sobre la Utopía de T. Moro. *María Aguado Molina.* 447

## 453 LIBROS

## 467 COMUNICACIONES

- Relatos filosóficos. 469

PRESIDENTE DE LA SEPFi  
Manuel Sanlés Olivares

DIRECTOR  
Javier Méndez

SECRETARIO  
Michele Botto

COORDINADOR  
DEL MONOGRÁFICO  
Felipe Aguado Hernández

CONSEJO DE REDACCIÓN

Javier Hernández Iglesias  
Felipe Aguado Hernández  
Julián Arroyo Pomedá  
Jesús Pichel Martín  
Manuel Sanlés Olivares  
Michele Botto  
Francisca Hernández Borque  
Elisa Favaro Carbajal  
Luis María Cifuentes Pérez

COMITÉ CIENTÍFICO:

Marta Nogueroles  
Elena Trapanese  
Ignacio Pajón Leyra  
Luis Roca  
Juanjo Ángulo de la Calle  
Stefano Scrima  
Juan Antonio Delgado  
Bianca Thoilliez  
David Díaz Soto  
Marcos Alonso Fernández  
Joaquín Gómez Sánchez-Molero  
Carlos Rivas Mangas  
Diego A. Fdez. Peychaux

UAM  
UAM  
UCM  
INS La Sedeta (Barcelona)

Diogene Magazine (Italia)  
Fundación Gredos  
UEM  
Universidad de la Rioja  
UCM  
Colegio Liceo Europeo  
UAM  
Instituto de Investigaciones  
"Gino Germani", de la  
Universidad de Buenos  
Aires; Consejo Nacional de  
Investigaciones Científicas  
y Técnicas (CONICET)  
Universidad Técnica  
Particular de Loja  
(Ecuador)

Héctor Arévalo Benito

Isaac Ramos Gil  
Luis Martínez de Velasco

Javier Gómez Martínez

Julio Ostalé García

Delia Manzanero

Profesor de la UNED y  
profesor del IES Menéndez  
Pelayo de Getafe  
Profesor del IES Menéndez  
Pelayo, Getafe  
Profesor de la Universidad  
Nacional de Educación a  
Distancia (UNED)  
Presidenta de la Asociación  
Bajo Palabra y Profesora  
de Derecho de la  
Universidad Rey Juan Carlos

RESPONSABLE DE EDICIÓN: Sociedad Española de Profesores de Filosofía.

MAQUETACIÓN: Grupo ADI

EDICIÓN: Grupo ADI

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIÓN:

Plaza de Argüelles, 7 - 28008 Madrid Teléfono: 91 542 82 82

E-mail: info@auladoc.com / sepfi@yahoo.com

Suscripción 2017: Personas físicas 35 € (incluidos gastos de envío)

Instituciones: 35 € (incluidos gastos de envío)

Extranjero: 35 € (más gastos de envío)

Depósito Legal: M-20432-1981 • ISSN: 0214-7300

C.I.F. G-78/284361 • Reg. Nacional nº 37.762 • Reg. Provincial nº 4.134

## A vueltas con la defensa de la Filosofía

**L**a lucha por la Filosofía que se ha llevado desde las distintas asociaciones e instituciones del Estado español y las Comunidades Autónomas se ha visto aparcada y frenada a pesar de que los últimos acontecimientos auguraban un buen futuro. Así, la puesta en marcha de la Comisión para un pacto educativo en el Congreso de los Diputados abrió fundadas esperanzas de que la Filosofía vuelva a cobrar la importancia que se merece en el sistema educativo, por el apoyo explícito de los distintos grupos parlamentarios a la importancia de contar con una materia transversal que ayuda al pensamiento crítico, la comprensión y la reflexión sobre el sentido de las sociedades actuales. Incluso, cosa extraña, el partido del gobierno reconoció su error en la elaboración de la nueva ley de educación, la LOMCE, que significó el fin de la filosofía. Muchas Comunidades autónomas se han comprometido a que la Historia de la Filosofía vuelva a ser obligatoria en el bachillerato y otras, como la Comunidad de Madrid, han aprobado en resoluciones parlamentarias su incorporación, sin embargo, la parálisis en la que nos encontramos vuelve a cernir negros nubarrones sobre la Filosofía. El gobierno nacional sigue en silencio y a la espera de no se sabe qué mejores tiempos. La táctica de Rajoy, de una espera hasta el límite, se ha impuesto en todas sus actuaciones y el pacto educativo no ha corrido mejor suerte. Parece que el partido del gobierno está esperando a que unas nuevas elecciones al parlamento nacional dejen sin efecto los movimientos pactistas que han tenido que hacer por los resultados electorales. Una nueva mayoría podría no obligar al gobierno a dar marcha atrás a la LOMCE y aplicarla tal y como fue aprobada hace años.

No tenemos que dejar que cunda el pesimismo y debemos seguir apoyando la defensa de la Filosofía. El problema del sistema educativo español no es una cuestión de quitar y poner asignaturas aquí y acullá. Tampoco es el problema de la Religión, ni un problema del tipo de profesorado e instituciones que queremos que lleven a cabo la tarea educativa. El problema del sistema educativo español es más un problema de fondo que requiere una seria reflexión de lo que queremos para los ciudadanos del futuro. Se trataría de elaborar un sistema coherente y significativo desde la educación infantil hasta la Universidad y la Formación Profesional Superior. El sistema actual es un diseño poco consensuado que ha sufrido innumerables parches y remiendos para responder a los distintos intereses económicos y políticos que conforman el Estado español. No podemos permitirnos seguir así, respondiendo a los nuevos desafíos que nos plantea el nuevo paradigma técnico-científico de las sociedades actuales con las viejas medidas que tratan de contentar a los distintos grupos de intereses mientras las verdaderas víctimas, los y las

*jóvenes sufren el egoísmo y la falta de solidaridad de las viejas generaciones. Viene al caso recordar el artículo que José Ortega y Gasset escribió hace poco más de un siglo sobre la vieja y nueva política llamando la atención sobre la existencia de una España Oficial y una España Vital. Ortega denunciaba una España oficial como un inmenso esqueleto de un organismo evaporado, desvanecido, que subsistía prácticamente por la fuerza de la inercia, que impedía la vitalidad nacional de una nueva España. Todas las épocas, como en ese mismo artículo decía Ortega, son épocas de transición, y la llamada transición española parece que no acaba nunca. Es hora de que las viejas generaciones de la transición dejen el paso a las nuevas corrientes del alma española actual, fuertes, vitales y honradas que sean capaces de configurar una verdadera reforma del sistema educativo que entre de lleno en la historia. Las olimpiadas filosóficas de este curso giran precisamente en torno al tema de Revolución y Utopía. Una reflexión tan urgente como necesaria para dotar a la sociedad española, a la educación y a la enseñanza de la filosofía de los elementos necesarios para el éxito de la tarea que tienen por delante.*



## Presentación del monográfico sobre la revolución rusa

**E**n 2017 se conmemora el centenario de la Revolución Rusa. Recurrir a la expectación que suelen generar los aniversarios, tal vez no sea la forma más apropiada de analizar un acontecimiento social o cultural, pero no es menos cierto que recordar efemérides facilita la atención de muchos, y particularmente la concentración de estudios y reflexiones, que mejoran el contraste y las conclusiones. Es, pues, una buena ocasión para reflexionar sobre aquel acontecimiento que cambió el mundo, porque los cien años nos ofrecen una buena perspectiva. Hay un aluvión de estudios y actos en torno a ella. En ese contexto, que nos parece excelente en general, *Paideia* va a hacer una aportación singular que probablemente no se aborde en la gran mayoría de esos trabajos: reunimos cinco artículos con notables aportaciones al análisis histórico, político, cultural y filosófico que parten de diferentes supuestos y que aportan diversos enfoques de la Revolución. Sin embargo, entre ellos encontramos similitudes y cercanías en algunos aspectos del análisis e interpretación de la Revolución Rusa, pero también diferencias y contrastes, como no podía ser de otro modo. De hecho ese era uno de los objetivos del monográfico. Las diferencias se dan no sólo en el análisis e interpretación de la Revolución Rusa, sino también en los enfoques con los que se acercan a ella y en las conclusiones que se extraen. En cualquier caso son trabajos complementarios que nos permitirán un conocimiento amplio, profundo y pluralista de aquel gran acontecimiento y de sus consecuencias.

Entre las similitudes que encontramos en los artículos, la más notable es la consideración de la Revolución Rusa como un intento nuevo en la historia, con un impulso en principio positivo de transformación social y política, que pronto empieza a transformarse en un estado totalitario o dictatorial, fracasando en sus objetivos políticos y económicos, y que termina siendo barrido por el capitalismo en el final del S. XX. Pero, a partir de este denominador común, se aprecian importantes diferencias incluso en la misma crítica. Si usamos el viejo criterio de distinguir entre una crítica “interna” y otra “externa” al proceso, observamos ambas posturas. Por una parte, como es el caso del artículo de F. Aguado, la simpatía de fondo ante el primitivo proceso soviético, lo que denomina la “utopía de los sóviets”, la mejora de las condiciones de vida de los rusos y la comprensión de cómo algunos de los fenómenos posteriores, achacables, en parte al menos, al atraso de Rusia, al contexto de la Guerra Mundial y al bloqueo e invasión de la Rusia revolucionaria por las potencias occidentales, entiende que pudieron incidir en esa

deriva dictatorial de la Rusia posrevolucionaria, aunque el germen totalitario ya estaba en la propia práctica de la “dictadura del proletariado” bolchevique. A. Chazarra, habla incluso de “revolución traicionada” y del “secuestro de Marx”. Desde otro enfoque observamos la crítica sin paliativos de la Revolución y sus consecuencias, a veces incluso con una equiparación sin matices de la Rusia de la “dictadura del proletariado” con los regímenes dictatoriales del nazismo, el fascismo o el franquismo. El trabajo de J. J. Ramos ofrece un enfoque interesante de esta cuestión, recurriendo a la aplicación del concepto de “totalitarismo” según lo formulara H. Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*. En el trabajo de Pedro Chaves se aprecia una diferenciación entre la Revolución de Febrero, un golpe de estado en noviembre con una línea de continuidad en la NEP hasta la muerte de Lenin y la estalinización de los procesos a partir de 1924, rechazando la visión, a veces muy generalizada, de una extensión de las políticas de Stalin y la crítica a ella a todos los momentos del proceso ruso.

En cuanto a los enfoques de la Revolución encontramos una gran diversidad, aunque sobre el denominador común de un acceso de base de carácter histórico, más concretamente de historia política, pues no podemos reflexionar sobre acontecimientos tomados puntualmente. La historia es compleja y siempre nos remite a raíces profundas de los acontecimientos en momentos anteriores y en contextos amplios. Pero a partir de ahí encontramos perspectivas de acercamiento diferenciadas. En unos artículos se hace un mayor énfasis en el análisis político como en los de J. J. Ramos, P. Caves y F. Aguado, mientras que en otro, como el de A. Chazarra, nos sitúa ante las aportaciones de carácter cultural, artístico, cinematográfico, literario de la Revolución, algo que queda olvidado con demasiada y sospechosa frecuencia. Por otra parte, la profesora M<sup>a</sup> Rodríguez aporta una visión más estrictamente filosófica, acudiendo a la filosofía de la historia de Hegel y la de Ortega y Gasset para comprender los procesos de la revolución.

De los trabajos de este monográfico podemos extraer conclusiones y aprendizajes que, reflexionados por nosotros mismos, podrán acercarnos a una comprensión y una práctica transformadora de la sociedad que es el objetivo de todos nuestros esfuerzos.



artículos

**FRANCISCO J. RAMOS.**  
 CATEDRÁTICO JUBILADO  
 DE LA UNIVERSIDAD DE  
 PUERTO RICO. MIEMBRO  
 DE LA ACADEMIA  
 PUERTORIQUEÑA DE LA  
 LENGUA ESPAÑOLA Y  
 MIEMBRO COORDINADO  
 DE LA RAE.

## Pensar la revolución. De los “regímenes totalitarios” al dominio total del capitalismo

El presente escrito hace un breve recorrido por algunos importantes aspectos de la Revolución rusa de 1917, la idea de comunismo y su ideología. Se examina críticamente la categoría de «régimen totalitario» propuesto por Hanna Arendt. Se resaltan la creatividad artística y política de la Revolución. Se abre paso desde ahí al cuestionamiento radical del capitalismo y su acopio de las nuevas tecnologías. Se pone en tela de juicio el concepto de inteligencia artificial y se reivindica a la filosofía, el arte y la ciencia como experiencias a tono con la irrupción de lo real y no ya con su falsificación.

**Palabras claves:** revolución, movimiento, comunismo, totalitarismo, capitalismo, idea, ideal, ideología, creencia, convicción, tiempo, ser-tiempo, historia, devenir.

In this paper the author makes a brief recount of some important aspects of the Russian Revolution of 1917, the idea of communism and its ideology. The category of totalitarian rule proposed by Hanna Arendt is critically examined. The political and artistic creativity of the Revolution is enhanced. From then on a radical questioning of Capitalism and its articulation with the new technologies is elaborated. The concept of Artificial Intelligence is critically questioned. Finally, Philosophy, Art and Science are promoted as a mean to be on tune with what is Real and not with its falsification.

**Key Words:** revolution, movement, communism, totalitarianism, capitalism, idea, ideal, ideology, belief, conviction, time, being-time, history, becoming.

### I

Los filósofos se han limitado a interpretar de diversas maneras el mundo; pero de lo que se trata es de transformarlo.» Al volver, a los cien años de la revolución rusa, sobre esta célebre *XI Tesis sobre Feuerbach* de Marx, podría afirmarse, con Heidegger, que ella supone una interpretación, concepción o visión del mundo (*Weltanschauung*) que es la del propio Marx.<sup>1</sup> Con lo cual habría que preguntarse,

argumenta Heidegger, si esa interpretación o concepción del mundo es suficiente como para dar por válida la tesis. Por otra parte, cabe también afirmar que la actividad del pensar es de por sí una acción transformadora. Más aún, hay que tener en cuenta que el «mundo» no es solamente un fenómeno histórico, sino además una experiencia de la temporalidad, inseparable del incesante devenir que, en cuanto tal, no cesa de transformarse, como tan bien entendió Heráclito: «transformándose reposa» (μεταβάλλον αναπεύται, DK. 91).

Sin embargo, a la tesis de Marx hay que ponerla en su contexto histórico: se trata de la construcción de una *teoría* revolucionaria concebida para entender y sacar a relucir la explotación capitalista y, en consecuencia, crear las condiciones para una sociedad más justa dentro de un Estado socialista, el cual ha de tener como guía la *idea* comunista, es decir, la fundación de una comunidad humana, regida no por «el estrecho horizonte de los derechos burgueses», sino por las genuinas necesidades y conquistas culturales encarnadas en el potencial emancipador de la clase proletaria o trabajadora y su alianza con el campesinado y los intelectuales. Al decir de Lenin, «sin una teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario.»<sup>2</sup>

Pero, a su vez, cabría añadir, toda teoría revolucionaria ha de estar a tono con las necesidades reales del movimiento revolucionario. En su célebre réplica a Kautsky, quien le reprocha que las convicciones teóricas para nada influyen en la producción colectiva de los pequeños campesinos, Lenin responde: «Pero vamos a ver, Kautsky: si los campesinos *no tienen aperos* para una pequeña producción, y, en cambio, el Estado socialista los *ayuda* a comprar maquinaria agrícola para un cultivo colectivo de la tierra, ¿es esto también una ‘convicción teórica’?.»<sup>3</sup> Una y otra vez sale a relucir en los escritos de Lenin y en su lectura de Marx, la idea de la comunidad (*Gemeinschaft*) como criterio de organización social. El movimiento revolucionario ha de rebasar las limitaciones de la sociedad liberal, burguesa y capitalista, por la cual se opera la *destrucción* de los vínculos comunitarios y la promoción del individualismo a ultranza, es decir, aislado y auto-complaciente (*self-made man*).

Habría entonces que valerse de todos los recursos políticos que permitan *transformar* el concepto económico de la fuerza de trabajo: «La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en la abolición de las instituciones representativas, sino en la transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones ‘de trabajo’.» Y Lenin cita a Marx en su análisis de la Comuna de París: «La Comuna debía ser, no una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, legislativa y ejecutiva.»<sup>4</sup> También hay que tener en cuenta que ninguna teoría está en condiciones de *prever* las consecuencias de un movimiento revolucionario. Pensaba Lenin que «jamás ha entrado en la cabeza de ningún socialista ‘prometer’ que llegará la fase superior del comunismo.»<sup>5</sup>

No perdamos de vista, justamente, el significado de la palabra griega θεωρία (*teoría*) y su vínculo con la visión y la mirada, pues está compuesta por los verbos que indi-

can la acción de ver (θεά) y la de mirar u observar atentamente (ὄραω).<sup>6</sup> De ahí el empaque con ιδέα y εἶδω en su sentido primigenio de apariencia, aspecto y forma distintiva. A tono con esto, puede afirmarse que una práctica teórica es aquella que envuelve una cuidadosa atención y una cultivada capacidad de discernimiento. Estas cualidades, en vez de ser ajenas a la praxis, son inconcebibles sin ella. O lo que es igual: una decidida actividad teórica sólo puede conducirse en virtud de un entendimiento de las acciones (πράγματα) y de las condiciones reales de la existencia (*Wirklichkeit*). El alcance y la fecundidad de una idea depende de la potencia δύναμις, *dynamis*) de dicha actividad (ἐνέργεια, *enérgeia*). Nos valemos de esta manera de una serie de conceptos clásicos de la filosofía para darle un sentido de dirección distinto, y una nueva *fisionomía*.

La teoría del *materialismo histórico* es un esfuerzo por pensar las condiciones reales de la existencia en función de su *materialidad*, no ya en base al supuesto de que las ideas del pensamiento son independientes del cerebro, el cuerpo y el organismo. En este sentido, el concepto de *materia* (χύλη), por más complejo e insondable que pueda llegar a ser, es siempre el zócalo desde el cual se lleva a cabo el esfuerzo de pensar. De acuerdo con esto, la materia (*mater*) remite necesariamente a la naturaleza (*natura*, φύσις) en tanto que fuerza vinculante y autorreguladora de la *lógica* de lo viviente. El idealismo, en sus más variadas formas, gira siempre en torno al supuesto de que la fuente del pensamiento responde a una instancia superior que puede llamarse la vida del Espíritu. Desde esta perspectiva la vida contemplativa o teórica se concibe como un ámbito propio y autónomo, libre de sus condiciones materiales que se consideran limitantes.

En el contexto marxista, el materialismo histórico da por válido que la fuerza motriz de la historia es la *lucha de clases* como historia de la dominación y no el sublime Espíritu del mundo como historia de la revelación. El materialismo histórico es, en definitiva, el fundamento ontológico de la idea del comunismo. Al respecto, Louis Althusser llegó a afirmar lo siguiente: «El marxismo no es una (nueva) filosofía de la práctica, sino una práctica (nueva) de la filosofía.»<sup>7</sup> El filósofo francés establece una firme línea de demarcación en el quehacer filosófico, animado por su convicción de que el materialismo histórico funda una nueva ciencia y de que el materialismo dialéctico constituye, en efecto, una práctica (nueva) de la filosofía. Sólo a la luz de esa radical novedad, tendría sentido retomar la idea comunista y la acción política como una actividad revolucionaria concebida para transformar el mundo.

En una entrevista con María Antonia Macchiocchi, aparecida el 1 de febrero de 1968 –ojo a la fecha–, luego de cincuenta años de la revolución rusa, Althusser afirma: «La filosofía existe desde que existe el dominio *teórico*, desde que existe una *ciencia* (en sentido estricto). Sin ciencias no hay filosofía, sólo concepciones del mundo. Debe distinguirse entre *lo que está en juego* en la batalla y el *campo* de batalla. En última instancia, lo que está en juego en la lucha filosófica es la lucha por la hegemonía entre las dos grandes concepciones del mundo, materialista (proletaria) e idealista (burguesa). El *principal* campo de batalla de esta lucha es el conocimiento científico: a su favor o en con-

tra.»<sup>8</sup> La identificación del marxismo como una concepción científica del mundo y la concepción de la filosofía como una *lucha maniquea* entre el materialismo y el idealismo, entre los intereses de la clase proletaria y los de la clase burguesa son planteamientos que al día de hoy no se sostienen. Se puede afirmar que el capitalismo contemporáneo ha llevado a cabo la disgregación de las clases sociales tradicionales y la liquidación de la cultura burguesa que gestionó su formación. Todo criterio de valor o axiología ha sido subordinado a la suprema potestad del dinero.

No era así en la época de la Revolución rusa, la cual podría considerarse en virtud de tres vectores: la idea de una *revolución mundial*, una forma de organización política inédita que es la del *partido comunista* y el dominio de los aparatos de poder del Estado a través de la llamada *dictadura del proletariado*. La primera sirvió de aliciente para la consolidación del movimiento revolucionario; la segunda permitió dar un sentido de dirección a la acción política; la tercera fue concebida para derrotar, y eventualmente liquidar, a la clase burguesa y prescindir, de una vez y por todas, de su falso concepto de individuo y de la explotación de la fuerza de trabajo que es la plusvalía. En este contexto sale a relucir el concepto de una *verdad* revolucionaria y de un *doctrina* que habrá de denominarse marxismo-leninismo.

Sin embargo, no más dicho esto, hay que matizar. Lenin nunca perdió de vista que la tarea revolucionaria era no solamente un reclamo teórico, en el sentido destacado de observación y discernimiento, sino también un experimento con el alcance de las fuerzas sociales desencadenadas y las complejas necesidades materiales que las envolvían. Recordemos, al respecto, algunas palabras suyas (las cursivas son nuestras), pronunciadas entre 1905 y 1921: «De la *revolución democrática*, y según la medida de nuestras fuerzas, la fuerza del *proletariado consciente y organizado*, empezaremos a pasar enseguida a la *revolución socialista*... Nosotros estamos por la *revolución permanente*. Nosotros no nos pararemos a mitad del camino.» «El comunismo es igual al poder de los soviets más la electrificación de todo el país.» [...] «No confiando únicamente en el entusiasmo, sino ayudados por el entusiasmo nacido de la gran revolución, y sobre la base del *personal interés*, del *beneficio propio*, así es como nos hemos de poner a trabajar en este país de pequeños campesinos; sólo así podremos tender muchos pequeños pero sólidos puentes que nos conduzcan al socialismo por la vía del *capitalismo de estado* [...] No podremos construir el socialismo a menos que sepamos *aprovechar la herencia de la cultura capitalista*.» «*Todos los ciudadanos [serán] transformados en empleados asalariados del Estado.*» «El control y los sistemas contables en las grandes empresas, *la transformación de todo el mecanismo económico estatal en una única y gigantesca máquina*, en un organismo económico que funcione de manera que cientos de millones de personas trabajen según las orientaciones de un plan único: esa era la enorme tarea organizativa que pesaba sobre nuestros hombros.»<sup>9</sup>

Podemos percibir en esas palabras un movimiento pendular que va de la cautela teórica marxista que dio pie a la Nueva Economía Política (NEP) de 1921, pasando por

---

---

una concepción socialista de los aparatos de Estado, hasta desembocar en una sociedad concebida en función de una estructura monolítica de poder. Por esta razón es importante no confundir el leninismo con el estalinismo. Lenin se esforzó por mantener viva, por así decir, la idea del comunismo; con Stalin dicha idea se desvanece en los reclamos ideológicos que durante mucho tiempo, quizá demasiado, cautivaron el mundo y a no pocos filósofos, artistas y científicos (basta con pensar en Jean-Paul Sartre).<sup>10</sup>

Hanna Arendt nos recuerda, por su parte, que existía una obvia alternativa al despotismo de Stalin y su transformación de la dictadura de un partido en un «régimen totalitario»: ampliar las propuestas del NEP.<sup>11</sup> Pero estas fueron rápidamente substituidas por los Planes Quinquenales a partir de 1928, hasta la muerte de Stalin (1953). Los comienzos de una des-estalinización con Nikita Krushev que, como bien se sabe, dejaron intactos los cimientos burocráticos e ideológicos del régimen hasta el colapso de la URSS en 1991. Colapso que, a su vez, dejaron intactos la corrupción estructural del antiguo régimen para dar paso a una democracia parlamentaria autoritaria en manos de quien fuera el responsable de la KGB: Vladimir Putin.

La idea de un partido político de nuevo cuño, fundado en torno a la idea del comunismo, hizo posible la organización política de las fuerzas revolucionarias en la Rusia de comienzos del pasado siglo XX. La tarea de Lenin fue gigantesca en medio de las más adversas condiciones: la violenta agonía represiva del régimen zarista, la persistente amenaza de la intervención extranjera, la eventual desintegración geopolítica de Europa como consecuencia de la primera guerra mundial y la guerra civil en un inmenso país que, como Rusia, es tan europeo como asiático. Para no decir nada de las masas desposeídas, de la pobreza, la miseria, el analfabetismo de la mayoría de la población y la pluralidad lingüística y nacional que estaban bajo el dominio de la Rusia imperial.

Había, en medio de todo ello, un fenómeno que no puede pasarse por alto: la prodigiosa actividad artística, intelectual y creadora que precedieron a la Revolución y que se mantuvo hasta poco después de la muerte de Lenin en 1924. El suicidio de Maiakowski el 14 de abril de 1930, ocurrido en su apartamento cerca de los cuarteles de lo que ya era la KGB, puede tomarse como referente de lo estaba aconteciendo junto a aquel esplendor: la conversión de la dictadura del proletariado en la dictadura del Partido Comunista. De esa manera, una vez substituido el NEP por el Plan Quinquenal de 1928, habrán de imponerse las condiciones para que se forjase, en nombre del comunismo y de la idea del «socialismo en un solo país» y la ideología de un régimen que, al distinguirse de las dictaduras y los gobiernos autoritarios, Arendt califica de «totalitario».<sup>12</sup>

El rico caudal de la experiencia artística que hizo posible la gran literatura rusa del XIX, y que culmina en la grandes obras de Tolstoi, Chejov y Gorki, el gran amigo de Lenin, se cristalizó en la música, las artes plásticas, la poesía, la arquitectura, la incipiente cinematografía y, muy particularmente, el teatro. Este es un detalle fundamental y decisivo: la Revolución rusa no tenía otro referente inmediato que la efervescencia revolucionaria de 1848 en buena parte de Europa y la Comuna de París. Lenin era perfectamente



consciente de ello. Por eso afirmaba en 1918 que había que «elevar el nivel cultural», no pensaba solamente en las artes sino en el desarrollo agrícola, industrial y tecnológico.<sup>13</sup>

Pero para lograrlo hacía falta auscultar una nueva experiencia de la temporalidad y dar margen a una innovadora concepción del espacio. Recordemos que la Revolución rusa es contemporánea de la no menos revolucionaria teoría de la relatividad de Einstein (1905), de la investigación por Max Plank que dio pie a la mecánica cuántica (1900), de los grandes movimientos artísticos y la intensa actividad filosófica y psicoanalítica de comienzo del pasado siglo. La Revolución fue concebida por Lenin, no solamente en función del socialismo científico sino también como una obra de arte y el arte fue concebido por Trotsky como una experiencia revolucionaria. Se despertaron de esa manera en torno a ello profundos debates políticos, artísticos y filosóficos, animados por una eferescencia mucho más íntegra y abarcadora que la que se abrió paso con la Revolución francesa.

*El tiempo*, escribía V. E. Meyerhold, *es precioso en el teatro*.<sup>14</sup> De la misma, el tiempo es decisivo para la acción revolucionaria. Pues de lo que se trata «no es de reversar el orden de la sociedad y sus valores por un momento simbólico sino para siempre.»<sup>15</sup> La velocidad e intensidad de los acontecimientos de la Revolución rusa han marcado hondamente el devenir contemporáneo de la condición humana. No cabe duda de que el siglo XX lleva la impronta de la Revolución rusa, de sus logros y de su fracaso. Cabe afirmar que el siglo XXI *vive de los remanentes del siglo XX*.<sup>16</sup> Hay, por lo tanto, que tener mucho cuidado con no fijar o diluir la compleja y convulsa *instancia* del devenir en una concepción lineal o cronológica, en una *crónica* de la temporalidad. El tiempo no es sólo precioso en el teatro sino además preciosísimo en la existencia, pues no hay nada que esté fuera, pero tampoco dentro del tiempo. Todo lo que hay o está siendo *es* tiempo y *se hace* espacio. Esos son los umbrales de lo infinito, los confines de lo ilimitado. Este planteamiento es importante para lo que tenemos que desarrollar de aquí en adelante.

## II

Hasta ahora se ha hecho referencia a la *idea* del comunismo. Ya hemos destacado lo que implica la palabra θεωρία (*theoría*) y la serie de conceptos que le son concomitantes: acciones (πράγματα, *prágmata*), potencia δύναμις, *dynamis*) y actividad (ενέργεια, *enérgeia*). Precisemos lo que es una 'idea' para poner en una nueva y justa perspectiva su significación. Una idea, bien entendida, es lo que en un momento dado se vislumbra en tanto que forma o aspecto del pensamiento y que adquiere la fuerza proyectiva e indagadora del concepto filosófico; la fuerza instigadora y fulgurante de la imagen, sea poética, literaria, musical, pictórica, escultórica, cinematográfica, etc.; o la fuerza explicativa, hipotética y demostrativa de una teoría científica.

Hay que distinguir una idea de un ideal. Un *ideal* es una idea que se ordena de acuerdo con lo anhelos y expectativas del pensamiento, pero que no tiene la fuerza del concepto ni de la imagen. Por eso los ideales se adhieren a la esperanza y son, por decirlo

así, *temblorosos*, pues dependen de que las expectativas sean satisfechas en base al ansia de existir y la angustia de la condición humana. Si bien la esperanza puede considerarse como «el último recurso de los desesperados»<sup>17</sup>, los ideales son, sin duda, el subterfugio de los incautos. Los ideales dependen de la identificaciones como bien entendieron Freud y Lacan; y son ajenos a la fuerza o capacidad para crear imágenes o ideas adecuadas, para valernos de la terminología de Spinoza.

El pensamiento es inseparable de las cualidades afectivas de la experiencia y, por lo tanto, de los afectos. Pero una cosa son los afectos y otra las afecciones. Las afecciones suponen el padecimiento de aquello que nos afecta: el dolor, la enfermedad, el desencanto, la frustración. Todo ello en función de lo que constituye la esencia o potencia de la condición humana que es el deseo; sea el deseo entendido como ansia de existir, sea como deseo de saber y entender.<sup>18</sup> La potencia del entendimiento, la fuerza del pensamiento y el vigor del lenguaje consisten en *sobrevolar* los afectos para *compenetrarse* con las condiciones de la existencia sin quedar cautivos de las afecciones. Una idea filosófica, digna de ese nombre, induce a pensar libremente, sin que se imponga la sujeción o la subordinación a una u otra estructura de poder. Cuando esto sucede puede hablarse de ideología. ¿Puede una ideología seguir siendo fiel a la idea filosófica que la origina, a la *lógica* de esa *idea*, en este caso a la idea del comunismo, cuando el concepto de dialéctica, por ejemplo, se utiliza para justificar todas acciones que se realizan en nombre del comunismo?

Marx entendía que esa es la tarea, precisamente, del materialismo histórico en tanto que filosofía de las clases trabajadoras, para liberarse de la ideología de la clase dominante y explotadora. Esa tarea es la que intentó sostener Lenin, Mao con la Revolución china, Fidel Castro con Revolución cubana, Ho Chi Ming en Vietnam, Salvador Allende en Cuba. En el plano del *discurso* filosófico, ésta es la tarea que retoma Althusser en los albores de mayo del '68 en París y su reivindicación del materialismo histórico como una nueva ciencia de la historia y del materialismo dialéctico como la filosofía de la clase trabajadora. Y esa sigue siendo la tarea en la que persiste la dimensión política de la filosofía de Alain Badiou y lo que él ha llamado «la hipótesis comunista»: «En el sentido genérico que recibe en su *Manifiesto* canónico, ‘comunista’ significa, en primer lugar, que la lógica de la clase –la subordinación fundamental del trabajo a una clase dominante, un orden que persiste desde la Antigüedad– no es inevitable, puede ser superada. La hipótesis comunista establece que es practicable una organización colectiva diferente que elimine la desigualdad en la distribución de la riqueza e incluso la división del trabajo.»<sup>19</sup>

Percatémonos de que Badiou no habla ya del ‘proletariado’ ni de la ‘burguesía’ sino de la *subordinación del trabajo a una clase dominante* y de una *organización colectiva diferente*. El concepto de trabajo no está ya identificado con una clase social sino que hay que entenderlo en el más amplio sentido, incluido el de trabajo intelectual, artístico, deportivo, doméstico, etcétera. Por otra parte, el concepto de ‘clase dominante’, aunque

obviamente está ligado a la burguesía, apunta también a su compleja diversificación en función de las profundas transformaciones de la *lógica* del capital, desde la revolución rusa hasta el día de hoy. Para Badiou, la idea del comunismo, lejos de ser un ideal o una utopía, nos refiere a la función reguladora de una Idea, en el sentido de Kant, es decir, «de modelos intelectuales que siempre se actualizan de manera diferente.» A tono con este planteamiento, el filósofo francés llega a la siguiente conclusión:

El movimiento [popular] (siglo XIX) y el partido [leninista] (siglo XX) fueron modos específicos de la hipótesis comunista; ya no es posible volver a ellos. En su lugar, después de las experiencias negativas de los Estados ‘socialistas’ y las lecciones ambiguas de la Revolución cultural y del Mayo de 68, nuestra tarea consiste en alumbrar de otro modo la hipótesis comunista para contribuir a que surja dentro de nuevas formas de experiencia política. Por eso nuestro trabajo es tan complejo, tan experimental.

Pensamos que no es posible reducir el estalinismo en el que desembocó la Revolución rusa a «las experiencias negativas de los Estados socialistas.» Tampoco es admisible despachar el mismo asunto afirmando que «el Estado partido se transformó en una nueva forma de autoritarismo», para así recalcar que se perdió de vista el carácter transitorio del Estado y de la dictadura del proletariado tal como lo entendió Marx. En realidad, lo que sucedió fue la liquidación de la idea y, por lo tanto, del concepto filosófico del comunismo, para dar paso a un régimen despótico, burocrático, militarizado y criminal que fue responsable de un enorme e indescriptible sufrimiento.

La dictadura del proletariado que se impone con la Revolución rusa degeneró en la ideología del Partido único que, en nombre del comunismo, consolidó el capitalismo de Estado y, con ello, la explotación de la propia clase trabajadora, como en la actualidad sucede en China o en Corea del Norte. Tengamos en cuenta estas palabras de Hanna Arendt:

Las ideologías –para cuya satisfacción de sus adherentes, pueden explicarlo todo y toda ocurrencia a partir de una simple premisa– son un fenómeno muy reciente que han ejercido una negligente influencia en la vida política. Sólo con una sabiduría de la compenetración podríamos descubrir en ellas algunos elementos que han podido ser perturbadoramente útiles a la regulación totalitaria. Nunca antes de Hitler y Stalin fueron descubiertas las grandes potencialidades políticas de las ideologías.

Ideologies –is which to the satisfaction of its adherents can explain everything and every occurrence by deducing it from a single premise– are a very recent phenomenon and, for many decades, placed a negligible role in political life. Only with *the wisdom of insight* can we discover in them certain elements which have made them so disturbingly useful for totalitarian rule. Not before Hitler and Stalin were the great political potentialities of the ideologies discovered. (Arendt, 1951/1973, pág. 468)

La expresión destacada puede traducirse como *la sabiduría de la compenetración*. A este respecto, se esté o no de acuerdo con las líneas generales de *Los orígenes del totalitarismo* (1951), uno no puede menos que admirarse de la fuerza de pensamiento con la que se despliega y sostiene, de rabo a cabo, esa gran obra escrita en las postrimerías de la

auto-destrucción de Europa, el desate de la pulsión de muerte de los campos de exterminio, el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki y la conmoción de los cimientos del concepto mismo de civilización. De los vectores de pensamiento de esta obra, reten-gamos un planteamiento, crucial para nuestros propósitos, que aparece en el Prefacio de la parte tres del libro que lleva por título *Totalitarismo*: «Es bastante obvio que el apoyo masivo al totalitarismo no proviene ni de la ignorancia ni del lavado de cerebro.»<sup>20</sup> Esta intrigante frase saca a relucir que tanto el régimen nazi como el régimen estalinista no solamente se imponen sino que también se montan sobre la *captura ideológica* de la población cuando el *movimiento* de las masas es subordinado al clamor de la *obediencia*, en nombre de un conjunto de *valores eternos* y de una serie recurrente de *ideas fijas*. Se lleva así a cabo el secuestro uniforme del *tiempo* y la paralización generalizada del *movimiento*. No basta, en este contexto, de hablar de propaganda ni de un régimen de terror, de víctimas y de verdugos.

La captura ideológica implica que no hay más tiempo que el tiempo de la escucha a las órdenes del Führer (Hitler) o al saber revolucionario del Padre de los pueblos (Stalin); y no hay más actividad que la que gira en torno al exaltación del destino histórico del pueblo alemán o, en el caso de la URSS, la glorificación del proletariado como clase históricamente llamada a la redención de la humanidad.<sup>21</sup> «Y, a pesar de todo», escribe Gilles Deleuze, «si las opresiones son tan terribles es porque *impiden el movimiento*, no porque ofendan los valores eternos.»<sup>22</sup> En el caso de la Revolución rusa, se puede constatar que la condena de V. E. Meyerhold en 1936, un ardiente defensor de la nueva cultura revolucionaria, como su amigo Maiakovski, quien se suicida en 1930, se debe a su no menos fervorosa defensa del teatro como un *continuo experimento con el movimiento*: el movimiento del cuerpo del actor, el movimiento escénico, de las ideas del director, de la atención del espectador, en suma, el *movimiento del pensamiento* como fuente creadora de ideas. De ahí que su referente fundamental sean, justamente, la música y su idea renovadora de la *cinematización* de la puesta en escena. De ahí que haya sido también para él motivo de penetrante estudio y comprensión de la acción teatral: «¿Cuándo se escribirá, por fin, *en las tablas de las leyes teatrales: en el teatro, las palabras no son más que dibujos en el boceto del pensamiento?*»<sup>23</sup>

Se podría seguir el derrotero de la Revolución rusa a través de la trágica vida de ese hombre extraordinario que fue Meyerhold, fusilado por órdenes de Stalin en 1940, luego de haber sido asesinada su familia. La experiencia artística hace de la *forma* y el *fondo* dos aspectos inseparables de un mismo *movimiento*. Para el Soviet de los Comisarios del Pueblo, la lúcida inteligencia de palabras que siguen resultaba algo completamente inadmisibles para el dogma del realismo socialista:

En una obra de arte auténtica, la forma y el fondo son indisolubles y así deben estar para atraer a un genio creador. El artista conoce la alegría cuando, dominado por el fondo, obtiene la forma de expresión adecuada. Admirando la forma el artista la siente respirar y adivina en sus profundidades la pulsación de la idea.»<sup>24</sup>

La *pulsación de la idea* que el artista adivina y siente respirar en sus profundidades es, precisamente, lo que la experiencia filosófica saca a flote hasta lograr que el fondo se haga, crezca, se concrete (*cumcrescere*) con la forma, de la misma manera que una probada y serena superficie se realiza a fuerza del rumor de las profundidades. La forma pasa a ser entonces el propio *proceso* de formación, inacabado, siempre por determinarse. No otra cosa son el ritmo, la melodía, la armonía, los silencios musicales de una sinfonía que se renueva.

La eficaz información y la eficiente comunicación, en términos de sus propósitos, son las cualidades idóneas de las ideologías, una vez abandonan el cauce de las ideas. Las ideologías son, por tal razón, sofisticados engranajes de técnicas pedagógicas. No otra cosa es, por ejemplo, la publicidad, las relaciones públicas y, sobre todo, el marketing. Pero la filosofía es otra cosa: «La filosofía no es comunicativa o reflexiva: es creadora, incluso revolucionaria por naturaleza, ya que no cesa de crear conceptos nuevos.»<sup>25</sup>

Hay que entender bien que el desgarrador siglo XX está atravesado por la idea del comunismo, el esfuerzo por construirse, su tendencia a petrificarse en el ideal, así como a diluirse en el clamor ideológico; pero también por su más violento y vehemente repudio. Es muy probable que ningún otro país de Europa pueda ofrecer un tan fidedigno testimonio de todo ello que España. No hay que olvidarlo: la segunda República, la guerra civil y la dictadura franquista fueron el terreno fértil para la experimentación con los frutos de la Revolución rusa, con las anticipaciones de la segunda guerra mundial y las grandes limitaciones de la democracia liberal-parlamentaria. Nada casualmente Paul Preston titula uno de los capítulos de su monumental biografía de Franco, «La guerra de aniquilación de Franco: mayo 1937- enero 1938.»<sup>26</sup> Con lo cual, cabe preguntar: ¿puede considerarse el régimen de Franco un «régimen totalitario?» ¿Y el fascismo de Mussolini? ¿En qué se distinguen ellos, para todos los efectos, de Hitler y Stalin, por más que se insista en no confundir, con las razones que ofrece Arendt, el ‘totalitarismo’ con las dictaduras y los regímenes autoritarios?

Hay que reconocer que el nazismo y el estalinismo fueron *movilizaciones* que contaron en todo momento con el apoyo de las masas, es decir, de los más amplios sectores de la población que se identificaban *ideológicamente* con los dictámenes del líder y los ideales del poder que encarnaban. Pero por eso mismo, fueron encauzados por el ánimo de la creencia, no de la convicción. Nada casualmente había en el nazismo, como es bien sabido, un carácter de solemnidad religiosa, una teatralidad de lo sagrado que servía el propósito de perpetuar la devoción política a costa de «destruir toda capacidad de convicción»<sup>27</sup> y, por lo tanto, de cuestionamiento, de puesta a prueba, de *falsabilidad*, par valernos del concepto de Karl Popper. En este contexto, los campos de concentración y exterminio, cumplían la función de hacer de la muerte una *presencia* permanente. No se trataba de destruir una u otra vida, sino de destruir la «existencia misma.» «Si alguien pregunta, ¿por qué existen las cámaras de gas? se responde: ¿Cuál es el propósito de la existencia?»<sup>28</sup>

Arendt afirma que el éxito en la organización de las masas va de la mano con la destrucción de la individualidad, de su personalidad moral y jurídica, pero sobre todo, diríamos nosotros, de la *singularidad* de su existencia, del *tiempo propio* (*Eigenzeit*) de cada cual, incluyendo su *soledad*. De ahí la distinción fundamental entre soledad (*solitude*) y aislamiento (*loneliness*). La soledad es lo que permite el vínculo con el otro y consigo mismo. El *aislamiento* es la impotencia para vincularse con el otro y, por lo tanto, para estar consigo mismo. Se trata, sin embargo, de un aislamiento *masivo*, pues ya fuera en los campos de exterminio, en los espacios públicos o en el ámbito privado, en todo momento se trata de imponer como principio la *movilización* para que nada, en efecto, se mueva, cambie o se trastoque.

Se trata de movilizarse para conformar la exaltación de un poder petrificado y omnívoro que tiene como supuesto fundamento el curso implacable de la Historia y la fuerza despiadada de la Naturaleza y en el que los individuos, narcotizados por la creencia en el poder, son despojados de su singularidad y convertidos «en meros átomos de un bloque de piedra en movimiento.»<sup>29</sup> Sin embargo, no nos parece que lo que está en juego en el nazismo sea el despliegue ominoso del «Mal radical», como piensa Arendt. Más bien, habría que pensar en términos de la *radicalización del nihilismo*, en el sentido que Nietzsche le da a este término, es decir, en el más profundo deprecio por la vida. Por esa misma razón no cabe *con-fundir* el «racismo» del régimen nazi con el «comunismo» de régimen estalinista. El racismo es de por sí una ideología a secas, sin referente filosófico, fuerza conceptual, potencia de entendimiento ni fundamento teórico alguno. Se trata de una creencia insana repleta de opiniones, creencias y pretenciosas habladurías.

El racismo no tolera el cuestionamiento, la investigación, la incertidumbre, la interrogante. Ahí sí que cabe hablar del lenguaje como ideología y no ya de la «ideología como lenguaje.»<sup>30</sup> No es ese el caso del comunismo, tanto en vertiente marxista o leninista como en la anarquista y libertaria. Recordemos aquí una célebre afirmación de Marx, dirigida a Engels: «Lo único que sé es que yo no soy marxista.» *El Capital*, así como sus escritos preparatorios o *Grundrisse*, es una gran obra filosófica, donde la idea del comunismo da pie a una teoría del dinero de una extraordinaria actualidad.

Las ideas, en sentido filosófico, ni triunfan ni fracasan. Las ideas son prácticas, ejercicios, ensayos, tentativas; procesos interminables de pensamiento que se transforman, se olvidan, reaparecen, se refuerza o debilitan. Pero, sobre todo, las ideas y conceptos filosóficos se cuestionan, se interrogan. Lo que *mueve* a una idea es su fecundidad conceptual, la inventiva de sus proyecciones. Por supuesto que por su inherente generosidad, ella puede engendrar las más hondas convicciones. Pero eso nada tiene que ver con las creencias. Las creencias son convicciones *adheridas* al propio deseo de creer. Ellas pueden degenerar en las más dañinas, delirantes y perversas ‘concepciones del mundo’. Por el contrario, las ideas, con su arsenal de conceptos, imágenes y teorías, expresan la *potencia infinita del entendimiento*. Las ideas se exponen, explican y replican, no solamente se ‘discuten’. Con ellas las *relaciones de poder*, al decir de Foucault, se

convierten en el realce de la inteligencia y de la sensibilidad, en un fecundo campo de lucha y esfuerzo interminable, de puesta a prueba de la sabiduría de la compenetración (*wisdom of insight*).

### III

La Revolución francesa (1789) marca el designio de una época que desemboca en la Revolución rusa (1917). Con la Revolución rusa se inaugura una época en la que se radicalizan las *ideas* de la Ilustración que sirvieron de aliento a la Revolución francesa y pasaron a ser los *ideales* de la época moderna. Con el derrumbe del Muro de Berlín (1989), el colapso de la Unión Soviética (1991), el desmembramiento de la República Federal de Yugoslavia (1992) y el fin del régimen genocida (¿totalitario?) de Pol Pot en Camboya (1979), se pone en evidencia el fracaso del comunismo como ideología. Las profundas transformaciones del capitalismo de Estado en China y en Vietnam, la conflictiva y difícil pervivencia del Estado socialista en Laos y Cuba, la dictadura pseudo-comunista y dinástica (¿totalitaria?) de Kim Il Sung en Corea del Norte han desprestigiado el marxismo-leninismo y la idea del comunismo.

Todo lo anterior son fenómenos históricos y, por lo tanto, inscripciones en la memoria común de la condición humana en la época moderna y el orden mundial de la modernidad que comienza a desplegarse luego de la II guerra mundial y el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Se trata no solamente de una *memoria narrativa* que actualiza lo que pasó sino además de una *experiencia histórica* que apunta a lo *real* del devenir. Con una cierta frecuencia, lo real irrumpe en lo que se percibe y nombra como realidad. Puede ser un estremecedor movimiento sísmico, un devastador huracán o un arrollador tsunami. Pero también los momentos álgidos de un proceso revolucionario. Sea como sea, el tiempo en sus representaciones habituales se trastoca profundamente, y lo real, que envuelve el devenir, se torna *intempestivo*. A esa irrupción, Deleuze le llama el «acontecimiento» (*événement*): «En fenómenos históricos como la Revolución de 1789, la Comuna de París o la Revolución de 1917, hay siempre una parte de acontecimiento irreductible a los determinismos sociales, a las series casuales.»<sup>31</sup>

De nuestra parte, preferimos denominarla *acaecer*. El acaecer está ligado al acaecimiento de lo que toca, a la contingencia, a la cadencia del devenir en términos de lo que aparece y desaparece. Por esta razón, el acaecer no debe identificarse con el ser de lo que permanece ni con el no-ser de lo que se extingue. El acaecer de la Revolución rusa *persiste* como experiencia histórico por más que hay desaparecido como irrupción intempestiva y por más que se insista en olvidarlo. Lo que persiste no es lo que perdura. La persistencia es el vestigio de lo irrevocable que abre los surcos de la investigación, la minuciosa observación propia de la actividad teórica.

Así, pues, no puede hacerse como si el acaecer revolucionario no hubiese ocurrido. Pero tampoco rememorar y conmemorar lo sucedido con la nostalgia de lo que pudo ha-

ber sido o la ignorancia de lo que efectivamente ocurrió. La adherencia al pasado es tan perjudicial como la expectativa del futuro y la falta de atención al presente. Al respecto la fórmula que sigue puede ser útil: lo que pasará de alguna manera está pasando; lo que pasó de alguna manera sigue pasando; lo que está pasando de alguna manera fue pasando y pasará. Ese sería el *pasaje* de las acciones que conforman los avatares del devenir. El poeta Salvatore Quasimodo lo expresa con estos versos: *impercettibile / il tempo danza / sua sulla scorza*. Lo que *está pasando* es lo que *está siendo*, es el movimiento, el *punto de fuga* de lo que no está sujeto a dominio alguno, a ninguna estructura de poder, la fugacidad infinita de *justo este momento*.

El acaecer de lo que está siendo no deja, pues, de ocurrir, pero su irrupción puede llegar a ser de una inaudita violencia. En este sentido, cada momento de vida es extraordinario aún en medio de la más ordinaria de las actividades cotidianas o de las más dolorosas y desgarradoras circunstancias. A su vez, el devenir revolucionario envuelve una experiencia histórica que sobrecoge lo que de ordinario se representa como la Historia. Lo real envuelve a lo que se identifica como realidad y al acaecer de lo que significa *ser-tiempo*. Este *ser-tiempo*, que no debe confundirse con ser y tiempo, implica los múltiples referentes espacio-temporales de lo que ocurre en un momento dado en términos de la integridad del universo conocido y por conocer. Abarca, por lo tanto, el ámbito físico en todas sus aspectos y dimensiones, el ámbito de la mente-cuerpo, todas las formas de vida y formas inertes o inorgánicas. (¿Dónde empieza y acaba la vida si ella es el umbral indefinido de lo no viviente?) *Ser-tiempo* no es la permanencia del tiempo sino su instantánea regeneración.<sup>32</sup> La primera civilización mundial que es la nuestra se ha montado a espaldas y hurtadillas, por así decirlo, de la inmensidad que envuelve la existencia. Se nos pretende hacer creer que se vive en el mejor de los mundos posibles, cuando resulta claro para quien quiera ver que nunca se ha promocionado a tan gran escala la pasión por la ignorancia y el afán de desentendimiento.

Paralelo al auge y declive de los «regímenes totalitarios» y la derrota del nazismo y del fascismo, se va perfilando lo que habrá de ser el *dominio total* del capitalismo. Este capitalismo imperante tiene un referente crucial: el *predominio* económico, militar y tecnológico de los Estados Unidos, es decir, del primer imperio (inconfeso) americano y el último imperio europeo.<sup>33</sup> Un *predominio* que se consolida a raíz del ataque atómico a Japón, el plan Marshall para Europa, la guerra fría y su despunte institucional en el ámbito de la ciencia, la ciencia aplicada, la informática, el neo-conductismo y las ciencias cognitivas. A esto hay que añadir la manera en que el llamado *American Way of Life* ha ido expandiéndose y cautivando el planeta entero. Al respecto, esta observación merece resaltarse: «En 1943, [Norman] Wiener se encuentra con John Von Neuman, encargado de construir máquinas bastante rápidas y presentes para efectuar los cálculos necesarios al desarrollo del Proyecto Manhattan, en el que trabajan 15.000 eruditos e ingenieros y 300.000 técnicos y obreros bajo la dirección del físico Robert Oppenheimer: el ordenador y la bomba atómica nacen juntos.»<sup>34</sup>



Por otra parte, la mutación «neo-liberal» del capitalismo que empieza a consolidarse a partir de la década de los 60 y 70 del pasado siglo, en medio de la Revolución de Mayo del 68, la guerra de Vietnam, el golpe de Estado contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile, dará paso a las grandes concentraciones del capital en beneficio de los consorcios multinacionales, las empresas financieras, encargadas de promocionar el crédito y el endeudamiento, así como la cada vez más amplia privatización de los servicios públicos. Siguiendo una pista de Deleuze, podríamos decir que mientras que el Estado puede ahora concebirse desde un 'más allá' que es el mercado mundial único y un 'más acá' que es el devenir de la gente y de las multitudes, el cuerpo social está atravesado por el flujo vertiginoso y saturado de información y comunicación agenciado por el aparato cibernético: «Así como la economía política produjo un *homo economicus*, manejable dentro del marco de los estados industrializados, la cibernética está produciendo su propia humanidad. Una humanidad transparente, vaciadas por efecto de los propios flujos que la atraviesan, electrificada y conectada al mundo a través de la información y el creciente número de aparatos que la difunden.»<sup>35</sup>

Se conforman así las «sociedades de control»,<sup>36</sup> caracterizadas no ya por las grandes masas de individuos, sino por las enormes masas de datos, perfiles y estadísticas que buscan identificar las preferencias individuales y capturar sus disposiciones afectivas.<sup>37</sup> Se *difuminan* las singularidades y se realiza la confiscación del *tiempo propio*, no ya con la reclusión en campos de concentración y exterminio, sino por medio de la libre sujeción de cada cual al aparato cibernético, la uniforme confección de las demandas y la reclusión en el mundo privado de los deseos y apetencias. Se apela al individuo, pero para consignar su división, fragmentación y aislamiento. El diagnóstico de la depresión, como tantos otros, ha terminado siendo una insólita fuente de enriquecimiento como no pocas de las patologías físicas o psíquicas.

Lo anterior transcurre con toda normalidad, de acuerdo con el Estado de Derecho, la democracia representativa y las libertades individuales; o, en su caso, con los giros autoritarios de una supuesta «democracia iliberal» (*illiberal Democracy*) y los mal llamados «populismos»; y siempre en tensión, como bien se sabe, con los reclamos de *seguridad* en función de la *fabricación* de un nuevo enemigo: el terrorismo islámico, el cual tiene como *trasfondo* el pasado colonial de los viejos imperios europeos y las intervenciones militares y los intereses económicos de los EEUU; y como *frente*: el odio, la ignorancia y las más obtusas o delirantes concepciones del mundo. En definitiva, el dominio total del capitalismo se basa en el *dulce* despotismo de una renovada *lógica del capital* que puede resumirse esquemáticamente como sigue:

– Una *estructura mundial* que nadie como Marx analizó, diagnosticó y logro atisbar, por más erráticos que hayan sido sus pronósticos. De una parte, la acumulación y circulación sin límites del capital, es decir, la fórmula abstracta y metafísica del dinero como medio para producir más dinero por la vía regia de su fetichismo y el de la mercancía, ha adquirido uno niveles inéditos y delirantes debido al enardecimiento especula-

tivo, el comercio a gran escala y las transacciones financieras. De otra parte, se ha llevado a cabo la ampliación de la plusvalía a todo el cuerpo social y la extracción de valor mercantil a toda forma de vida. No hay nada que no sea susceptible del interés del capital: desde el narcotráfico, el tráfico de órganos, la prostitución y las nuevas formas de esclavitud, hasta el desarrollo científico y tecnológico, el mercado cultural, la devoción religiosa, los nacionalismos, la guerra y, por qué no, el terrorismo. Es así como «la plusvalía puede provenir de cualquier punto del tejido *biopolítico*, a condición de que este se reconstituya sin parar.»<sup>38</sup>

– Una *funcionalidad* cada vez más en sintonía con el aparato cibernético y la ingeniería electrónica, y no ya con las teorías económicas. Es en este contexto que hay que situar la Red o el Internet como baluarte de la *propagación* de lo que podríamos denominar la ideología del capitalismo: el marketing o mercadeo. El «valor de verdad» de la lógica del capital puede confirmarse en el montaje de esa formidable empresa de artilugio de la *imagen de sí* y de la *falsa consciencia* de la amistad que es *Facebook*, con sus más de once millones de acólitos y cuyos servicios son completamente «libres» y serán siempre «gratis.» Se lleva a cabo, de esta manera, la *sistemática falsificación* de las condiciones reales de la existencia (nacer, vivir, enfermar, envejecer y morir) y la *metódica banalización* de lo que aparece como realidad. No hay, en este contexto, la más mínima discriminación en términos de clases sociales, los sectores más marginados, los países en desarrollo o los más empobrecidos. Todos tienen igualdad de acceso y están, por lo mismo, igualmente sujetos al cálculo de su funcionalidad. La democracia cibernética es, sin duda, la realización global de la servidumbre voluntaria.

– Un *discurso* que puede muy bien imponerse sin palabras, sin imperativos, sin mandatos ni llamados a la obediencia. Se trata de la promesa de una satisfacción sin límites que reniega de la potencia del entendimiento, pero que consolida las ilusiones del deseo para desentenderse de todo que no sea la más primaria satisfacción narcisista. Si bien la promesa es imposible de cumplir, las expectativas para su realización no dejan de cebarse en un mundo donde el mentecato (o capturado por la mente) está más en línea (*on line*) con el incauto, como el cuento del burro con la zanahoria. El regodeo en la impotencia no hace más que fomentar la prepotencia y el desplazamiento sin fin de una cada vez más profunda insatisfacción. La plusvalía va así de la mano con lo que Jacques Lacan ha tenido a bien llamar el *plus de goce*.

A diferencia de los «regímenes totalitarios», el dominio total del capitalismo está repletos de fisuras, huecos, agujeros, puntos o líneas de fuga, para usar una expresión recurrente en Deleuze. La razón es sencilla: el capitalismo es tautológico y unidireccional: la reproducción *acéfala* de capital. En efecto, por más racionalidad que haya en su eficacia organizativa y eficiencia emprendedora, la lógica del capital se desenvuelve como una máquina decapitada, cuyo engranaje decide coyunturalmente el *modus operandi* de su funcionalidad. Por eso se habla de «capitalismo salvaje»; se entiende en este sentido la aseveración de Deleuze y Guattari de que «en el capitalismo todo es racional menos el

capitalismo mismo». Más que nunca el capitalismo se asemeja al concepto freudiano de pulsión (*Trieb*), pues su único propósito es el impulso repetitivo hacia la búsqueda de esa satisfacción que nunca se realiza (*Wiederholungszwang*).

Se explica, en consecuencia, la importancia creciente y decisiva que tiene el aparato cibernético en la lógica del capital. Si 'cibernético' significa el pilotaje de una nave, de lo que se trata es de hacer de la navegación cibernética el garante de un ordenamiento que reduzca al mínimo las *zonas erróneas*, para así no tener que lidiar con la *zonas erógenas* de lo real de los cuerpos. El erotismo y la sexualidad se ven así erradicados con el realce paradójico de la pornografía y el puritanismo. Esto una característica pronunciada de la cultura estadounidense que se ha infiltrado en la Red o el Internet, a todas luces.

Hay que tener en cuenta que toda realidad es virtual, pues no cesa de actualizarse en virtud, valga la redundancia, de sus condiciones de posibilidad. Desde esta misma perspectiva, el capitalismo cibernético no hace más que resaltar, con extraordinaria precisión, el artificio de la virtualidad. ¿Cómo? Mediante la emulación de una inteligencia calculadora, lineal y binaria que responde a las funciones algorítmicas de su programación. Hay, en consecuencia, que recordar lo evidente: no es que el cerebro funcione como un ordenador o una computadora; más bien el ordenador funciona como un cerebro extremadamente simplificado y frágil: basta con desconectarlo o con sabotear sus filamentos. En este sentido, la expresión «inteligencia artificial» es un pleonasma innecesario, pues no hay mayor artificio, hasta donde se sepa, que el de la inteligencia de ese extraño animal que habla y que se juzga a sí mismo como humano, inhumano o demasiado humano. Si se observa bien y con diligente sabiduría, podemos percatarnos de que a mayor desarrollo tecnológico más endebles se vuelven sus cimientos, ya que al hacerse más complejo el entramado de los dispositivos, se multiplican las variables, aumentando también, exponencialmente, lo imprevisible de sus secuelas (*outcomes*), es decir, la dimensión caótica de la estructura. El capitalismo cibernético *muestra el vacío* del mundo, es decir, el detalle ontológico ineludible de que *no hay un fundamento último y regulador de lo real* y nada, por lo tanto, a qué aferrarse.<sup>39</sup> Pero lo hace ignorando profundamente lo que esto implica, bajo el crédulo y dúctil manto de las más obtusas fantasías, como si se pudiera cubrir una simple y noble verdad con el imponente caudal de las más reiteradas mentiras.

Hace falta, no más inteligencia artificial, sino una mayor cautela, un intenso y refinado cultivo de la inteligencia y de la sensibilidad, para efectivamente *entender* la naturaleza de nuestros artificios y *atender* a las intempestivas irrupciones de lo real. Hace falta más filosofía, más arte, más ciencia, pero a tono con la alegre lógica de lo viviente y no con la mortífera lógica del capital. Algo de ello se intentó realizar hace cien años con la eclosión de la Revolución rusa. Concluyamos con estas memorables palabras de Merleau-Ponty: «Las revoluciones son verdaderas como movimientos y falsas como regímenes.»<sup>40</sup>

## Referencias bibliográficas

- Adorno, T (1982), *La ideología como lenguaje*. Madrid: Taurus
- Arendt, H. *The Origins of Totalitarianism* (1951/1973). New York: HBJ Books.
- Althusser (1972). *Lenin y la filosofía*. Buenos Aires: Ediciones CEPE.
- Althusser (1977). *Posiciones*. México: Grijalbo
- Deleuze, G. (1996). *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. (1999). *Posdata sobre las sociedades de control*, en *El lenguaje libertario*. Buenos Aires: Altamira.
- Deleuze, G. (2007) *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*. Valencia: Pre-textos.
- Darwin, J. (2008). *After Tamerlane*. New York: Bloomsbery Press.
- Festurière, A. F. (1967). *Contemplation et vie contemplative selon Platon*. Paris: Vrin.
- Hill C. (1971), *La revolución rusa*. Barcelona: Ariel.
- Han B., (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Editorial Herder.
- Hobsbawm, E. (1996). *The Age of Extremes*. New York: Vintage Books.
- Klemperer, V. (2001 ). *LTI La lengua del Tercer Reich*. Barcelona Minúscula
- Lenin (1975). *El estado y la revolución*. Madrid: Ayuso.
- Meyerhold, V. E. (2013). *Teoría teatral*. Madrid: Fundamentos.
- Merleau-Ponty, M. (1974). *Las aventuras de la dialéctica*. Buenos Aires: La pléyade.
- Preston, P. (1994). *Franco*. New York: Basic Book.
- Ramos, F. J. (2017), editor. *Ética de Spinoza*. Trad. de M. Machado. Sevilla: Espuela de Plata.
- Ramos, F. J. (2003). *Estética del pensamiento II. La danza en el laberinto*. Madrid: Fundamentos.
- Tiqun (2015). *La hipótesis comunista*. Madrid: Acuarela Libros.

## Notas

- <sup>1</sup> Consultado en: <https://www.youtube.com/watch?v=Ywb48rOqW2Y>
- <sup>2</sup> Véase Hill (1971, págs. 207 y 73)
- <sup>3</sup> Hill (1971, pág. 207).
- <sup>4</sup> Lenin (1975, pág. 56).
- <sup>5</sup> Hill (1971, pág. 89).
- <sup>6</sup> Festurière (1967, págs. 14-15).
- <sup>7</sup> Althusser (1972, pág. 54).
- <sup>8</sup> Althusser (1977, pág. 47).

- <sup>9</sup> Todas las citas están tomadas del libro de Hill (1971).
- <sup>10</sup> Véase Merleau-Ponty (1974). En la pág. 112, leemos estas lúcidas palabras: «La dialéctica juega entonces exactamente el papel de una ideología, le ayuda al comunismo a ser otra cosa que la que piensa.»
- <sup>11</sup> Arendt (1951/1973, pág. XXXII).
- <sup>12</sup> El concepto de «régimen totalitario» se usa en este escrito siempre con cautela, y sujeto a cuestionamiento; pero también teniendo en cuenta el abuso que ha habido, y sigue habiendo, sobre todo en la jerga mediática, de la expresión ‘totalitarismo’ convertida en cliché. El cliché, recordémoslo es una manera de congelar el pensamiento e impedir la acción del lenguaje, su movimiento.
- <sup>13</sup> Hill (1977, pág. 166).
- <sup>14</sup> Meyerhold (2013, pág. 34).
- <sup>15</sup> Hobsbawm (1996, pág. 77). La traducción es nuestra.
- <sup>16</sup> La frase destacada es de Heriberto Feliciano, profesor adjunto del Departamento de Drama de la Facultad de Humanidades en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. A él también le agradezco que haya llamado mi atención sobre la obra de V. E. Meyerhold.
- <sup>17</sup> Citamos de memoria lo que al parecer es una frase de Walter Benjamin que no hemos podido corroborar.
- <sup>18</sup> La distinción se hace en base a los conceptos de *desiderium* y *cupiditas*, tal como se exponen en la *Ética* de Spinoza. Véase al respecto Ramos (2017).
- <sup>19</sup> Consultado en: [com/pdf/19/http://www.reflexionesmarginales.com/documentos/5.pdf](http://www.reflexionesmarginales.com/pdf/19/http://www.reflexionesmarginales.com/documentos/5.pdf)
- <sup>20</sup> Arendt (1951/1973 pág. 305): «It is quite obvious that mass support for totalitarianism comes neither from ignorance nor from brainwashing.»
- <sup>21</sup> Hay que señalar que Trotsky puso en duda este supuesto mesiánico como nos recuerda Merleau-Ponty (1974).
- <sup>22</sup> Deleuze (1996, pág. 121). Destaque nuestro.
- <sup>23</sup> Meyerhold (2013, pág. 173).
- <sup>24</sup> Meyerhold (2013, pág. 121).
- <sup>25</sup> Deleuze (1996, pág. 217).
- <sup>26</sup> Preston (1994).
- <sup>27</sup> Arendt (1951/1973, pág. 468).
- <sup>28</sup> Arendt (1951/1973, págs. 442-43).
- <sup>29</sup> Klemperer (2001).
- <sup>30</sup> Véase. Adorno, T (1982).
- <sup>31</sup> Deleuze, G. (2007, pág. 213).

- 
- 
- <sup>32</sup> *Ser-tiempo* es la traducción del japonés *Uji*. Se trata de un concepto clave en la obra del pensador, poeta y gran maestro Zen Eihei Dogen (1200-1253) que nosotros hemos hecho nuestro.
- <sup>33</sup> «The undeclared Empire», como le nombra John Darwin (2008) a los EE.UU.
- <sup>34</sup> Tiqqun (2015, pág. 41).
- <sup>35</sup> Tiqqun (2015, pág. 89).
- <sup>36</sup> Véase Deleuze (1999).
- <sup>37</sup> Véase Han, B. (2014) Su denuncia del aparato cibernético es con frecuencia perspicaz, pero adolece de incongruencias conceptuales y de un eclecticismo que no favorece en nada la exposición.
- <sup>3</sup> Tiqqun (2015, pág. 103).
- <sup>3</sup> La noción de vacío la tomamos del sánscrito *sūnyatā* (*suññatā* en pali, *kong* en chino, *kū* en japonés), y ha sido para nosotros objeto de estudios desde hace décadas, a la largo de la escritura de la obra en tres volúmenes *Estética del pensamiento*. En lo que respecta a su relación con el capitalismo, véase el segundo volumen, Ramos (2003).
- <sup>40</sup> Merleau-Ponty (1974, pág. 236). En la pág. 112, pueden leerse también estas lúcidas palabras: «La dialéctica juega entonces exactamente el papel de una ideología, le ayuda al comunismo a ser otra cosa que la que piensa.»

**SOCIEDAD ESPAÑOLA  
DE PROFESORES DE FILOSOFÍA**

**ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA**

**CONVOCATORIA**

De conformidad con el artículo 22 de los Estatutos de la Sociedad, se convoca Asamblea General Ordinaria de los socios para el día 25 de enero a las 17:00 h en primera convocatoria, y a las 17:30 h en segunda convocatoria en el IES Lope de Vega (Madrid), con el siguiente Orden del día:

1. Lectura y aprobación, si procede, del acta anterior.
2. Información de la Presidencia de las actividades realizadas en el año 2017.
3. Información de las actividades previstas para el año 2018.
4. Aprobación, si procede, del ejercicio económico anterior (2017).
5. Presentación y aprobación, si procede, del presupuesto económico del año 2018.
6. Renovación de cargos de la Junta Directiva.
7. Ruegos y preguntas.

Madrid, a 26 de noviembre de 2017

*El presidente*  
Fdo. Manuel Sanlés Olivares

PEDRO CHAVES GIRALDO.  
 PROFESOR DE CIENCIA  
 POLÍTICA . UNIVERSIDAD  
 CARLOS III. MADRID.

## Cien años de la Revolución Rusa: cuando los de abajo dicen basta

La Revolución Rusa de 1917 forma parte de esos mag-nos acontecimientos que igualan en trascendencia y sig-nificación a la Revolución Francesa de 1789. Subvirtió la realidad existente y creó una nueva dimensión histó-rica en nuestra sociedad. Desde noviembre de 1917, la victoria de los bolcheviques formó parte de lo cotidiano de nuestra existencia y el Siglo XX no puede entenderse sin su presencia. Hay una dimensión histórica de este proceso histórico, pero también una dimensión politoló-gica: ideas, procesos, actores e instituciones políticas movilizados en una dinámica que terminó con una revo-lución. ¿Por qué fue posible? Importa menos llevar a cabo una valoración de la Revolución misma y su deve-nir, que explicarla y reflexionar sobre los significados posibles de ese acontecimiento, su trascendencia y lo que hoy sigue siendo atribuible a su legado. Ese es el propósito de este artículo.

**Palabras claves:** Revolución rusa; bolcheviques, comunis-mo, democracia, zarismo, campesinos, guerra, ejército.

The Russian Revolution of 1917 is part of those great events that equate in importance and significance to the French Revolution of 1789. It subverted the existing re-ality and created a new historical dimension in our so-ciety. From November of 1917, the victory of the Bols-heviks was part of the daily life of our existence and the XX Century can not be understood without its presen-ce. There is a historical dimension of this process, but also a political dimension: ideas, processes, actors and political institutions mobilized in a dynamic that ended with a revolution. Why was it possible? It is less impor-tant to carry out an assessment of the Revolution itself and its evolution, than to explain it and reflect on the possible meanings of that event, its transcendence and what is still attributable to its legacy today. That is the purpose of this article.

**Keywords:** Russian Revolution; Bolsheviks, communism, democracy, tsarism, peasants, war, army.



*También en esto le dio la razón Kopionkin; estaba convencido de que los hombres podían gobernarse con justicia por sí solos, a condición de que se les dejara. Su propio cometido era mantener despejada la ruta al socialismo; sus instrumentos para llevarlo a cabo eran su brazo armado y las órdenes con fundamento. Sólo había una cosa de lo que había dicho el presidente que turbaba a Kopionkin: lo de la complicación de la vida. Y hasta llegó a consultarle a Dvánov: ¿no sería conveniente disolver inmediatamente la comuna "Amistad de los pobres", dado que, con una vida complicada, sería imposible establecer quin era explotador y quién explotado? Pero Dvánov le disuadió: "déjales, le respondió: lo complican todo por la alegría que sienten, por lo entusiasmados que están con el trabajo intelectual: antes no trabajaban más que con las manos, pero sin sentido en sus cabezas; que disfruten ahora del intelecto".*

Platonov, Chevengur

**E**n el segundo centenario de la Revolución Francesa, Den Xiao-Ping, veterano dirigente de la República Popular China hasta 1997, comentó que no había transcurrido tiempo suficiente para tener una verdadera perspectiva histórica sobre el impacto de tan magno acontecimiento.

La Revolución Rusa de 1917 forma parte de esos magnos acontecimientos, que igualan en trascendencia y significación a la Revolución Francesa de 1789. Subvirtió la realidad existente y creó una nueva dimensión histórica en nuestra sociedad. Desde noviembre de 1917, la victoria de los bolcheviques formó parte de lo cotidiano de nuestra existencia y el Siglo XX no puede entenderse sin su presencia. Su impacto fue, desde el comienzo, perceptible en todas las dimensiones posibles de la vida pública: la ideológica, la política, la geoestratégica, la militar, la simbólica, la económica, la artística y cultural, la de las políticas públicas.

Los historiadores siguen debatiendo hoy, cien años después, sobre las razones que hicieron posible el colapso del zarismo y la victoria de una pequeña vanguardia política con una escasa militancia y desigual implantación. Este interés histórico no ha disminuido, pero tampoco la confrontación sobre cómo interpretar y explicar lo sucedido.

Para el historiador ruso Yuri Slezkine, (Slezkine 2017, pág. 3) en la Rusia de hoy no hay punto de vista oficial o ampliamente aceptado sobre la revolución: *"historiadores, profesionales o amateurs pelean encima de un campo de ruinas humeantes. Las cuestiones más controvertidas son la naturaleza, el sentido y la herencia del estalinismo"*. (Traducción propia).

Otros aspectos discutidos están más específicamente relacionados con la revolución misma y su herencia más inmediata: ¿cómo entender y calificar lo que ocurrió la noche

del 25 de octubre de 1917<sup>1</sup>? ¿Fueron los bolcheviques unos “golpistas”? ¿Había otras alternativas posibles a la toma del poder por parte de los bolcheviques y otras fuerzas de la izquierda revolucionaria?

No puede aspirarse en este caso, como seguramente en ningún caso en ciencias sociales, a una evaluación imparcial o neutral.

Pero, ¿es el debate historiográfico el único pertinente en estos días en relación con la Revolución Rusa? A mi juicio, no. Sin duda, el acceso a fuentes documentales hasta ahora inaccesibles ha abierto nuevas perspectivas de investigación e interpretación en términos históricos. Pero la Revolución de Octubre es también un acontecimiento que puede ser abordado desde una dimensión politológica: ideas, procesos, actores e instituciones políticas movilizados en una dinámica que terminó con una revolución. ¿Por qué fue posible? Importa menos llevar a cabo una valoración de la Revolución misma y su devenir, que explicarla y reflexionar sobre los significados posibles de ese acontecimiento, su trascendencia y lo que hoy sigue siendo atribuible a su legado.

Moshe Lewin (Lewin, 2017, págs. 13-14) señala varios errores metodológicos que han lastrado los estudios sobre la Unión Soviética (URSS) y que perduran: entre ellos pasar por alto el contexto histórico en que se desarrollan las acciones de los líderes que enfrentaron diferentes posiciones. Y un error adicional muy habitual es “sobreestalinizar” (Lewin, 2017, pág. 402) la historia de Rusia, haciendo que el período de gobierno del dictador abrace los años anteriores y posteriores, de manera que desde 1917 hasta su desaparición, la historia de la URSS se interprete como un continuo de opresión, dictadura y *gulags*. Frente a esta concepción ideológica de la historia, conviene diferenciar procesos, destacar el impacto que las condiciones históricas jugaron a favor de una u otra propuesta política y señalar las diferencias entre las varias fases por las que transitó la Rusia post-revolucionaria.

No pretendo en mi artículo dar respuesta a todos esos interrogantes, pero sí explorar algunos de ellos desde determinados presupuestos metodológicos: ¿Qué podemos aprender sobre las causas que produjeron la Revolución Rusa? ¿En qué medida la Revolución Rusa nos debe concernir cien años después? ¿Es posible destacar algunos elementos que nos ayuden a reflexionar sobre nuestras sociedades? Al fin y al cabo, esa parece ser una petición que le hacemos a la historia: que arroje luz sobre nuestras cuitas de hoy.

La hipótesis es que la Revolución Rusa fue un acontecimiento único y específico en el contexto de un país –la Rusia Zarista– que acumulaba contradicciones que generaron una tormenta perfecta en ese año de 1917. El dinamizador de ese acumulado de explosivos conflictos fue la Primera Guerra Mundial. En ese contexto, los actores reaccionaron de acuerdo a su ideología, implantación, relaciones sociales, historia y liderazgo. En ese juego enormemente convulso y agitado, la situación cambiaba casi cada día y ganó la organización que mejor supo interpretar las demandas de la masa de obreros, mujeres, campesinos y soldados que se movilizó durante 1917 y que, a partir de determinado momento, no estaban dispuestos a dejar pasar la ocasión de alcanzar sus objetivos.

En este punto, sin duda alguna, el liderazgo en las organizaciones resultó clave y el papel de Lenin ha sido objeto de apasionados debates, al punto que parecería que todo lo que ocurrió gravitaba alrededor de sus declaraciones y acciones. Pero como Lewin señala: *“Lenin no provocó la Primera Guerra Mundial, ni fue el artífice de la caída del Zarismo, ni siquiera de la imposibilidad de las fuerzas democráticas para controlar el caos de la Rusia de 1917”* (Lewin, 2017, pág. 240).

Dos últimos aspectos, antes de entrar en el contenido mismo del artículo. El primero tiene que ver con una cuestión metodológica central: el desenlace conocido de la Revolución Rusa no era el único posible, desde luego. No hay ninguna teleología en la historia ni tampoco en los procesos históricos singulares como la Revolución Rusa. Sin embargo, el abanico de salidas no era infinito. La historia no es un supermercado al que acudimos para elegir, de acuerdo a criterios de maximización racional, en el estante de nuestra predilección, el precipitado histórico que nos parece más conveniente. Esa interacción creativa y abierta entre contradicciones, actores e instituciones, que es el conflicto social, selecciona las opciones posibles y el resultado final depende de la mayor o menor capacidad de los actores en concurso para imponer sus programas, en función de un contexto. En el caso de la Revolución Rusa el factor determinante que favoreció la movilización social y radicalizó las demandas populares fue la respuesta de las diferentes fuerzas políticas a la cuestión de la guerra y de la paz.

Este reconocimiento no determinista de la historia no significa, en mi opinión, que podamos dirigirnos a los acontecimientos históricos para seleccionar de entre las diferentes opciones, aquella o aquellas de nuestra preferencia y juzgar el resultado final en función de lo poco o mucho que se aleja de lo que hubiéramos deseado que pasara.

En esta misma línea de pensamiento, Alexei Miller (Miller, 2017, págs. 20-24) reconoce que Rusia estaba sumida en una grave crisis, pero que *“las contradicciones, los conflictos y las limitaciones de los últimos diez años no eran imposibles de afrontar”*. Según él: *“el imperio fue traicionado por sus élites, que lograron la abdicación del zar de tal manera que provocó el derrumbe de la propia institución de la monarquía”*.

Proyectar deseos de hoy sobre acontecimientos de ayer puede ofrecer paz y sosiego personal, pero es poco útil en términos históricos, y en mi opinión produce un sesgo ideológico desde el momento mismo de investigar los hechos.

Comparto la tesis formulada por Slavoj Žižek, según la cual a fecha de hoy es más pensable el fin de la humanidad que el fin del capitalismo. La idea que puso en valor la Revolución Rusa de un modelo social, político y económico, antagonista del capitalismo triunfante, camina hoy en los límites de la marginalidad política en la mayoría de los países, en términos de representación política.

En buena medida, los actores políticos que se vieron favorecidos por la victoria de los bolcheviques, están hoy desaparecidos o marginalizados en los sistemas de partidos dominantes y los partidos que promueven un cambio progresista –incluso en Europa– se

reconocen en tradiciones más diversas y plurales, menos limitadas a un único enfoque ideológico.

En conclusión, la Revolución Rusa puede ser reseñada como la conclusión histórica de un proceso de politización muy intenso, cuyos antecedentes se remontan a 1905, y conocieron en 1917 una agudización fruto de los efectos de la Primera Guerra Mundial.

Fue también la ocasión para la emergencia y/o consolidación de nuevos sujetos políticos que pusieron voz y proyecto a millones de personas marginalizadas, explotadas y excluidas en la Rusia zarista. En este sentido, la revolución se inscribe en un curso histórico de rebelión de “las y los de abajo” contra la explotación, la miseria y la desigualdad.

Por último, intentar entender la Revolución Rusa es ofrecer un modo de explicar las dinámicas sociales y los conflictos políticos ofreciendo un espacio a instituciones, estructuras económicas y sociales, cultura política, de manera que nos ayuden a seleccionar opciones y escenarios donde operarán los liderazgos y los actores en los que descansa la responsabilidad final por las decisiones que se tomaron, y que abrieron las puertas a unos y condenaron a otros al ostracismo y el olvido.

### **1917: La tormenta perfecta**

El Príncipe Lvov<sup>2</sup>, un descendiente de la nobleza rusa, un liberal optimista, dijo a sus ministros que la revolución de febrero era “*la venganza de los siervos, el castigo a los hacendados por su comportamiento hosco y brutal durante siglos*” (Casanova, 2017, pág. 91) Se trataba de un análisis lúcido y reflexivo sobre las causas de una movilización social sin precedentes y de la radicalidad de las propuestas que los sectores populares enunciaban.

El régimen ruso había seguido una evolución diferente a la de otros países europeos y reunía algunas características singulares que ayudan a comprender la naturaleza de los conflictos sociales y políticos que alimentaron los procesos de cambio en 1917.

Las tres características (Mullin, 2017, págs. 46-64) más sobresalientes del zarismo ruso respecto a sus vecinos occidentales eran las siguientes:

- La presencia de la monarquía absoluta.
- La perpetuación de prácticas de servidumbre y las tradiciones colectivistas del campesinado, presentes tanto bajo el régimen de servidumbre como después de su abolición.
- Una industrialización tardía que para finales del siglo XIX significaba la concentración en algunas ciudades y alrededor de algunas ramas productivas. Y, como resultado de esta débil industrialización, una clase obrera muy concentrada en algunas ciudades pero poco significativa en términos numéricos.

### **Una monarquía que vivía fuera del tiempo**

El Zar Nicolás II consideró siempre que su deber más sagrado era conservar la autocracia en Rusia. Esto significaba un poder omnímodo e incondicionado, sin ningún límite ni

contrapeso. Era el hijo de Alejandro III<sup>3</sup>, el Zar que dio marcha atrás en casi todas las reformas significativas que puso en marcha su abuelo, Alejandro II, muerto por una bomba lanzada por un “terrorista” (conforme a la terminología de la época) en 1881. La historiografía considera a Nicolás II de forma unánime como un hombre culto y de buenos modales, pero escasamente preparado para su responsabilidad y para afrontar los importantes desafíos a los que hacía frente su país. De sus diarios personales se deduce, además, su escaso interés por la política y sus exigencias. Cuando Petrogrado estaba viviendo ya una movilización obrera sin precedentes -el preludeo de una crisis que terminaría en menos de dos semanas con su reinado-, Nicolás II escribía a su mujer: “*Tú me escribes que es necesario ser firme y autoritario, pero aquí, en Moguilev, mi espíritu descansa, nada de ministros, nada de problemas. Sufro por nuestra separación*” (Ferro, 2017, pág. 16).

Como destaca Orlando Figes : “...Nicolás no había nacido en este mundo: él era el Emperador y Autócrata de todas las Rusias, Zar de Moscú, Kiev, Vladimir, Novgorod, Kazan, Astrakan, Polonia, Siberia, Quersoneso y Georgia etcétera, etcétera” (traducción propia), (Figes, 2014, pág. 7). Este extrañamiento del mundo real es un factor importante a la hora de entender la dinámica de la crisis del año 1917 y sus antecedentes, también sus consecuencias en la dinámica sociopolítica de Rusia.

La primera de ellas es la configuración de un sistema político excluyente y extremadamente rígido, incapaz de integrar la pluralidad social y política que ya se manifestaba en su país desde mediados del siglo XIX. El reinado de Nicolás II comenzó en 1894 a la muerte de su padre y los cambios institucionales que se pusieron en marcha estaban lejos de lo que conocemos como “monarquías constitucionales”. Durante el ejercicio de sus potestades no existió nada parecido a un “gobierno” con una división clara de funciones, autonomía funcional y responsabilidad ante un parlamento.

De hecho, tanto el Zar como su padre trataron de limitar el efecto de algunas de las reformas introducidas por Alejandro II y se empeñaron en un proceso de contrarreformas, en particular la creación de tribunales especiales, la campaña de rusificación en las nacionalidades no rusas del imperio<sup>4</sup> y el vaciamiento de casi todas las prerrogativas de los “Zemstvos”.

Este último elemento es interesante para entender mejor la rigidez política del régimen zarista. Los Zemstvos eran una estructura político-administrativa local instituida por Alejandro II en 1864. En los hechos, estos organismos eran consejos al servicio de los nobles, que ocupaban el 78 % de todos los cargos representativos. Estos Consejos asumieron competencias en materia de educación, salud, carreteras y fueron un espacio a partir del cual pudieron expresarse algunas reivindicaciones de la masa de campesinos empobrecidos y de otros sectores. En 1890, Alejandro III mutiló los poderes y prerrogativas de los Zemstvos que quedaron subordinados a los gobernadores, que adquirieron la capacidad de control sobre los representantes en estas instituciones y cuya autorización era imprescindible para validar sus decisiones.

Sólo después de la gran crisis de 1905, los Zemstvos recuperarán un cierto papel en la institucionalidad política rusa, pero fueron irrelevantes en las revoluciones de febrero y octubre de 1917.

La revolución de 1905 puso de manifiesto el agotamiento del régimen zarista y su incapacidad para entender los nuevos procesos políticos, los nuevos actores y las demandas populares. Como señala Figes, el colapso de la monarquía zarista fue el resultado de un conflicto creciente “...entre una cultura pública dinámica y una autocracia fosilizada que no aceptaría, ni siquiera comprendería sus demandas políticas” (Figes, 2014, pág. 8).

La revolución de 1905 y las posteriores y tímidas reformas desanimaron aún más a los sectores liberales y constitucionalistas que confiaban –hasta entonces– en que era posible la evolución constitucional del zarismo. 1905 fue una revolución resultado de una situación de colapso económico y social en el contexto de una humillante derrota del ejército ruso frente a Japón. Las debacles militares sucesivas en Port Arthur, Mukkden y la destrucción de la flota del Báltico en el estrecho de Tsushima, en mayo de 1905, mostraron la incompetencia de los mandos militares y la escasa preparación del ejército para la guerra moderna. Un caso más que ponía dramáticamente de manifiesto el atraso ruso respecto a occidente y potencias emergentes, en todos los órdenes.

Fruto del descontento social, del desabastecimiento de alimentos básicos y de las pésimas condiciones de vida, el 9 de enero de 1905 se organizó una marcha hacia el palacio de invierno, encabezada por el pope Yuri Gapon, a sueldo de la policía inicialmente y sincero defensor de los intereses obreros después, con el objetivo de presentar un conjunto de reivindicaciones al zar: aumento de salarios, reducción de la jornada laboral de once a ocho horas y una constitución con elecciones libres. La multitudinaria marcha iba encabezada por el pope y los miles de manifestantes portaban retratos del zar e imágenes religiosas. El zar se negó a recibirles y pidió la represión de la marcha. Murieron más de 200 de personas y otras 800 más fueron heridas, entre ellas muchos niños con sus madres.

El Zar anotaba en su diario:

9 de enero. ¡Un día agotador! Graves desórdenes se han producido en Petersburgo por el deseo de los obreros de llegar hasta el Palacio de Invierno. Las tropas han tenido que disparar en varios lugares de la ciudad, ha habido muchos muertos y heridos. Señor, ¡qué lamentable y doloroso es todo esto! Mamá ha llegado de la ciudad justo a la hora del servicio. Hemos desayunado en familia. (Videlier, 2017, pág. 13)

Fue un punto de no retorno: se propagaron huelgas en las fábricas y universidades, ocupaciones en el campo, motines en el ejército. La movilización social duró hasta octubre, cuando se crea el *soviet* de obreros de San Petersburgo, cuya trascendencia solo se apreciaría con posterioridad.

Si el origen de la movilización de enero había sido laboral y social, la represión arbitraria y ciega del zar la convirtió en un hecho político que movilizó a millones de personas y rompió el vínculo entre los sectores populares y el zarismo. Además, sembró la desconfianza dentro del bloque social y político que sostenía al zarismo y que comenzó a

presionar para, como decían los liberales, “*adelantarnos y hacer nosotros las reformas, antes de que una revolución nos las imponga*”.

El resultado de esa presión y de la primera gran crisis de la monarquía zarista fue el conocido como “Manifiesto de octubre”, una declaración que contenía promesas vagas de crear un órgano legislativo (la “Duma”), garantizar libertades civiles y religiosas, abolir la deuda de los campesinos y el reconocimiento del derecho a organizar sindicatos y partidos políticos. Sin embargo, esta propuesta se encontraba lejos de la de una Asamblea Constituyente que para entonces era la principal reivindicación política de prácticamente todos los sectores. Aún más, meses después de poner en marcha las reformas, el zar y su corte ya estaban arrepentidos de haber dado ese paso y presionaban para limitar su ya escaso alcance.

La creación más deseada de ese Manifiesto era algo parecido a un Parlamento. La puesta en marcha de la Duma suscitó la ilusión de que era posible la reforma dentro del sistema zarista. Sin embargo, esta cámara nació con poderes limitados. Su iniciativa legislativa estaba sujeta a las exigencias y arbitrios del zar; sus decisiones requerían refrendo del monarca para tener efecto y debían ser previamente analizadas y enmendadas por el Consejo de Estado, un órgano consultivo del zar y nombrado por éste de entre los nobles y aristócratas. El gobierno no era nombrado por la Duma ni tampoco tenía ninguna exigencia de rendición de cuentas ante los diputados. Por último, la cámara podía ser disuelta por el zar sin motivo justificado.

La Primera y Segunda Dumas tuvieron una vida muy corta, de apenas unos meses. La radicalización de la Segunda Duma a ojos de la corte, con presencia de 222 diputados eseristas (socialistas revolucionarios) y socialdemócratas se convirtió en altamente conflictiva para el zar. Fue disuelta en julio de 1907 bajo la acusación de que los diputados socialdemócratas preparaban una conspiración contra el zar. Stolypin (jefe del gobierno en ese momento) aprovechó para cambiar la ley electoral con el objetivo de limitar la presencia de las fuerzas progresistas, de manera que la composición de la Tercera Duma fuera claramente conservadora y elitista. Ésta sí, duró los cinco años previstos de su mandato. La Cuarta Duma en cambio fue disuelta durante la primera de las dos revoluciones de 1917, la de febrero.

Por tanto, las crisis de 1917 son en buena medida el resultado de procesos anteriores: en primer lugar, el colapso político del régimen zarista, su incapacidad para crear una institucionalidad inclusiva y dar respuesta a demandas ampliamente extendidas; en segundo lugar, la fragmentación creciente y el debilitamiento del apoyo al zar, y al régimen en general, entre las élites políticas y económicas; y en tercer lugar, la politización de los sectores populares y la creación de órganos singulares de representación, los *soviets*; esto es, la creación de una legitimidad e institucionalidad política alternativa.

Respecto al segundo elemento, conviene añadir que sectores significativos de la élite social y política cercana al zarismo no tenían, inicialmente, ninguna intención de cuestionar el zarismo, pero se vieron empujados a decisiones que, finalmente, terminaron con

la monarquía y abrieron la puerta a alternativas políticas rupturistas. Para entender mejor el colapso “desde arriba” del régimen, y sin pretender hacer historia contrafactual, no me resisto a pensar en qué hubiera pasado si en 1905 Nicolás II hubiera encabezado una reforma constitucional de la monarquía.

Esto defiende Figes cuando afirma: *“Nicolás podría haber salvado la monarquía orientándola hacia un orden constitucional durante la primera década de su reinado, cuando aún había esperanzas de satisfacer las esperanzas liberales y aislar a los revolucionarios”* (traducción propia) (Figes, 2014, pág. 7).

Quiero acabar esta parte con un hecho que podría pasar por anecdótico, pero que no lo fue en el contexto político de una monarquía que vivía fuera del tiempo.

Nicolás II estaba casado con la princesa Alix de Hesse (de origen alemán y emparentada con la Reina de Inglaterra) cuyo nombre, una vez convertida a la fe ortodoxa, pasó a ser la Emperatriz Alejandra Fiodorovna. Tuvieron cuatro hijas y un hijo, destinado a ser el futuro zar, de nombre Alexis, que padecía hemofilia. La preocupación por la salud del *zarevitch* empujó a la familia real a buscar ayuda más allá de las capacidades de la medicina de la época. En esa búsqueda se cruzó con la familia real un personaje singular, Rasputín, cuya influencia en la familia real fue denostada por la propia corte. Se propagaron bulos, no contrastados, sobre orgías con la zarina y sus hijas, y episodios de brujería<sup>5</sup>. Lo cierto es que, particularmente a partir del momento en que el zar Nicolás II decide tomar la dirección de las tropas durante la Primera Guerra Mundial y se aleja de palacio, ninguna decisión se tomaba sin previa consulta a Rasputín, el “hombre de dios”. Finalmente, fue asesinado en diciembre de 1916 por miembros de la corte (un príncipe, Yusúpov; un miembro de la Duma, Puriskévich y dos grandes duques, Pavlovich y Mijailovich).

Este episodio agrandó el cisma entre la aristocracia y el zar, y la quiebra de ese bloque político y social de apoyo ya no se recompondría. De hecho, entre las élites dirigentes, se hizo espacio la idea de que la salvación del régimen pasaba, necesariamente por la abdicación del zar.

### **Entre servidumbre y comuna, el campesinado como actor político**

Hasta 1861 estuvo vigente en Rusia un régimen de servidumbre que sometía a un vasallaje feudal a uno de cada tres habitantes de la Rusia campesina de la época. En total, fueron emancipados en la fecha mencionada, que no liberados, casi 23 millones de almas que figuraban como “posesiones” de la nobleza. La emancipación implicaba el pago de una suerte de canon de liberación por parte de los campesinos, que debían abonar el lote de tierra que iban a recibir, así como sus aperos y propiedades. En la práctica, la imposibilidad de pagar esa cuota de liberación, o el hecho de que las tierras asignadas fueran de escasa calidad productiva, hicieron que el campesinado permaneciera anclado a su comunidad, y empobrecido a pesar de la manumisión.



En 1891 y 1892, una hambruna colosal asoló el campo soviético y produjo una auténtica conmoción social y una crisis de legitimidad del estado ruso. A pesar de que el zar estaba advertido de los riesgos, no se paralizaron las exportaciones de grano al extranjero –que eran una fuente de ingresos para el estado ruso–, ni se movilizaron recursos públicos a favor de los damnificados. No obstante, una importante ola de solidaridad social llevó al campo a miles de personas de las nacientes clases medias, que adquirieron una conciencia más cabal de la situación real de miseria de su país y que, desde entonces, nutrieron las filas de las organizaciones a favor de reformas constitucionales y democráticas en el estado ruso. Entre esta capa de activos partidarios de las reformas estaba la famosa *intelligentsia*<sup>6</sup> rusa, un producto singular y único de este país. Escritores como Tolstoi, Chéjov o Gorki, formaban parte de esta élite intelectual activamente comprometida con el cambio político y social.

Cuando en 1894 algunos Zemstvos liberales presentaron una serie de demandas al recién ascendido Zar entre las que se incluían la convocatoria de una Asamblea nacional, (con características constituyentes), Nicolás II tildó la petición de “*sueños sin sentido*” y enfatizó su “*firme e inflexible*” adhesión al “principio autocrático” que había jurado mantener durante su coronación.

La otra consecuencia destacada de esa situación de exasperación y crisis social fue la confirmación de la condición voraz y depredadora del estado para los campesinos. Las revueltas, luchas y movilizaciones campesinas adquirirían así una dimensión nihilista, anti-estatal y anarquizante que, sin embargo, no tuvo una expresión organizativa explícita, salvo en Ucrania (Vadillo, 2017, págs. 25-29). Una de las razones de esa ausencia de expresión política propia del anarquismo ruso fue la consolidación de los Soviets como forma original y preeminente de participación popular. En esas estructuras de politización y empoderamiento popular, los anarquistas se sintieron cómodos, pero no solo ellos.

A la hora de explicar y entender las movilizaciones sociales y políticas de 1917 y la creciente radicalización de los sectores populares, han de señalarse cuatro rasgos esenciales de la condición campesina.

El primero es propio de lo que se ha denominado “economía moral”, en este caso del campesinado pobre, y que se basaba en la idea de que el campo debe ser para quien lo trabaja. Este rasgo se articulaba con otro propio de una sociedad con acusadas desigualdades: la diferencia entre ricos y pobres se consolidó primero moralmente como una dicotomía entre un “ellos” frente a un “nosotros”, y se convirtió después en un elemento útil para codificar la realidad política, usado profusamente en las revoluciones de febrero y octubre de 1917. Eran las dos Rusias a las que se había referido el escritor y filósofo Herzen: “*la oficial y la campesina, la de los terratenientes, jerarquía eclesiástica y burocracia imperial, frente a la gran masa de población, analfabeta y empobrecida*”. (Mullin, 2017, pág. 48).

El tercer elemento era también una reacción a la herencia de la servidumbre: una activa demanda de dignidad, buen trato e igualdad. La literatura de la época y muchas

---

---

anécdotas del momento ponen de relieve esta demanda exigente de respeto y dignidad. Importa subrayar que se trataba de un aspecto de interés político y no vinculado a las buenas costumbres o “buena educación”. Significativamente, en la famosa *Orden n.º 1 del Soviet de Petrogrado* de 1 de marzo de 1917, además de aspectos organizativos relevantes y de subordinar las tropas a las decisiones del soviét, se señalaba en sus puntos 6 y 7 la abolición del saludo militar cuando no se estaba de servicio; la abolición, igualmente, de los títulos para dirigirse a los mandos superiores o la prohibición del tuteo de los oficiales con la tropa. Era una demanda que provenía de la condición campesina, en su inmensa mayoría, de los soldados de reemplazo que formaban el ejército ruso en ese momento.

El último elemento de importancia para entender el papel sociopolítico del campesinado era la “comuna”. El régimen de servidumbre y la pobreza convirtieron las comunidades campesinas en un espacio de convivencia y socialización singular, de solidaridad y de organización básica de la supervivencia.

Precisamente, estos rasgos “socialistas” de la comunidad campesina rusa, este vínculo colectivista a la tierra, el hecho de que los campesinos rusos tendieran a considerar la tierra en su conjunto como una propiedad común antes que privada (Mullin, 2017, págs. 46-64), dieron pie a la aparición de una idea de “*socialismo campesino*”, de la cual Herzen fue uno de los padres fundadores. El debate alrededor de los sujetos sociales del cambio político, el papel del campesinado y de la clase obrera, dividió a la izquierda política rusa y puso de manifiesto la presencia de varias estrategias en disputa y varias opciones de alianzas políticas y sociopolíticas.

Alrededor del problema campesino se articula una buena parte de la originalidad del pensamiento de Lenin, diferenciándose del gran partido de referencia de la época: el partido socialdemócrata alemán. En completa oposición a Kaustsky (el gran teórico de la socialdemocracia alemana), Lenin no compartió nunca la idea de que el campesinado fuera una fuerza social marginal y destinada a desaparecer con el desarrollo del capitalismo en Rusia (Mullin, 2017, pág. 61). La tesis de Lenin afirmando la importancia del campesinado para la revolución en Rusia fue central en *Iskra* y *Zaria* (periódico y revista teórica de los socialdemócratas rusos) y adoptada como tesis en el II Congreso de la socialdemocracia rusa (Congreso de unificación celebrado en julio-agosto de 1903 en Bruselas y Londres).

De los intentos de reforma en el campo, el más importante fue la puesta en marcha por el primer ministro Stolypin de un proyecto de Reforma Agraria a partir de 1906 y que buscaba cambiar radicalmente la naturaleza de la propiedad en Rusia. Su idea era convertir las parcelas en las que trabajaba una familia -que hasta ese momento pertenecían a la comunidad- en propiedad privada. Además de esa reforma jurídica, y con el objetivo de impulsar la agricultura campesina, se pusieron en marcha otras medidas complementarias: uso de tractores y máquinas, difusión de fertilizantes, apoyo a las cooperativas rurales.

Fue la época de mayor actividad institucional de los Zemstsvos y productividad de la economía rusa. Pero, como el mismo Stolypin afirmó, su reforma necesitaba no menos de 20 años para tener éxito. No llegó a tiempo.

### **La cuestión de la clase obrera**

Rusia era un país atrasado, sin duda, pero en la primera década del siglo XX era un imperio con importantes desarrollos industriales muy concentrados en el territorio, pero estratégicos desde el punto de vista del funcionamiento global de la economía. Los mayores centros industriales estaban en San Petersburgo, Moscú o Tula, y también en algunos lugares de Polonia y Ucrania.

El desarrollo económico típicamente capitalista cobró un impulso notable con la construcción del ferrocarril transiberiano a partir de 1860. Para ese momento la red de ferrocarriles en Rusia tenía una extensión de 1.500 km., pasó a más de 30.000 km. en 1890, y a 50.000km en 1914. Hubo también desarrollos industriales relevantes en la extracción y exportación de materias primas: hierro, carbón, petróleo, madera, oro. Aunque pequeño, el sector empresarial, financiero y comercial era muy significativo. El crecimiento de la economía durante ese período fue muy intenso: del 8 % entre 1890 y 1907 y del 6 % entre 1907 y 1914.

No obstante, los obreros apenas constituían un 2 % de la población, es decir unos tres millones de trabajadores. La clase media apenas alcanzaba un millón de personas, de las que solo 130.000 poseían estudios universitarios, aunque fue un sector social decisivo en términos políticos. Su radicalización fue clave para entender la evolución del proceso político en Rusia.

Esta insignificancia del proletariado industrial frente a la masa campesina, en el contexto de un país atrasado, motivó intensos debates sobre las estrategias de cambio y reforma social y sobre la política de alianzas. Es importante conocer estos debates porque los actores políticos en el contexto de un conflicto intenso y que discurría a una velocidad de vértigo, utilizaron esas convicciones programáticas para intentar orientarse en un entorno volátil y cambiante.

La izquierda revolucionaria estaba dividida entre los llamados socialistas revolucionarios (eseristas) y los socialdemócratas rusos (POS DR). Estos últimos se dividieron a su vez entre bolcheviques y mencheviques. Los eseristas de izquierda tuvieron una notable implantación entre el campesinado durante todo el período y hasta finales de 1917. Bolcheviques y mencheviques eran etiquetas que significaban, inicialmente: mayoritarios y minoritarios. Más adelante esta diferencia se consolidó como un desencuentro estratégico respecto al eje reforma-revolución, en el que los bolcheviques se mostraron más resueltamente confrontacionales a diferencia de los mencheviques, más conciliadores y orientados a lograr acuerdos.

La división fundamental en el seno de estas izquierdas hacía referencia al papel del campesinado, a la relación entre lo social y lo político, al papel de la democracia y a las

posibilidades de cambio social en Rusia. Básicamente eseristas y mencheviques terminaron coincidiendo en la necesidad de apoyar a los sectores más avanzados y progresistas de la burguesía con el fin de que fueran estos sectores, con el apoyo de los partidos de izquierda, los que impulsaran la revolución burguesa en Rusia. A partir de que esta situación se creara, era pensable una estrategia de cambio social en este país.

Por eso, en términos de estrategia política, la primera lucha del proletariado y campesinado ruso debiera ser por la democracia, antes incluso que por el socialismo. Esta perspectiva “etapista” del cambio social y del papel de los actores: primero revolución burguesa en un contexto democrático y luego socialismo, estaba profundamente enraizada en el pensamiento de una parte de los partidos socialdemócratas. Ya hemos mencionado antes a Kautsky, que era el referente de esta idea secuencial e incremental. El socialista alemán sostenía la idea de una “acumulación pasiva” de fuerzas y de no colaboración con los gobiernos burgueses, hasta que la mayoría electoral del proletariado se uniera a su mayoría social permitiéndola gobernar en solitario.

Sin duda se trata de una propuesta que subordina la lucha política a una suerte de evolución natural de los acontecimientos. Tal y como menciona Bensaïd: *“Se trataba más exactamente de un socialismo abandonado a un tiempo indefinido, de un aplanaamiento de la lucha política en beneficio de un determinismo sociológico”*. (traducción propia). (Bensaïd, 2017, pág. 45)

Lenin y los bolcheviques se opusieron frontalmente a esta idea de un modo original. Desde su punto de vista, las contradicciones sociales y económicas, no se expresan de manera directa y abiertamente comprensible, deben ser interpretadas y, de algún modo, traducidas al lenguaje de las propuestas y las estrategias. Por eso, la labor del partido bolchevique debía ser estar permanentemente a la escucha, ser sensible a los cambios en las correlaciones de fuerza y el espacio público que puedan ser determinantes. El partido comunista, desde esta perspectiva, no puede confundirse con la clase social, su papel es intervenir directamente y de manera consciente en las contradicciones para tratar de revertirlas a favor de la lucha general por el socialismo.

Desde esta perspectiva, el partido no es una forma organizacional como otras, no es un sindicato o una asociación, es la forma específica bajo la cual se inscribe en el campo de la política la lucha de clases.

Esta “autonomía” del hecho político fue objeto de un debate muy intenso en el campo de las fuerzas socialdemócratas, dividiéndolas en un ala reformista y un ala revolucionaria. De hecho, el debate no tuvo lugar solo en Rusia. Gramsci, en el debate del Partido Comunista Italiano con el Partido Socialista Italiano, realiza parecidas críticas a esa perspectiva seguidista y pasiva del conflicto social, dice Gramsci:

...en vez de eso, el Partido Socialista, el partido que afirma el marxismo en Italia, está expuesto, como el Partido Popular, el partido de las clases más atrasadas de la población italiana, a todas las presiones de las masas, y se mueve y se diferencia cuando ya las masas se han movido y se han diferenciado. En realidad, este Partido Socialista que se proclama guía y maestro de las masas no es más que un mísero notario que

registra las operaciones realizadas espontáneamente por las masas. (Gramsci, 1970, pág. 114)

Si me he detenido en las acaloradas confrontaciones entre las distintas alas del movimiento obrero, no es por mero gusto por la polémica, sino porque el elemento sociológico e ideológico explica la “*caja de herramientas analítica*” con la que contaban los diferentes actores en los momentos clave de las revoluciones de febrero y octubre.

Esta especificidad de la política la encontramos de nuevo en Lenin en su análisis sobre las crisis políticas, entendidas como crisis nacionales, es decir como esos momentos únicos en la historia de las sociedades en los que parece abrirse una fosa entre la vida de antes y un presente convulso en el que no está claro ni decidido qué es lo que va a ocurrir o quien va a terminar imponiéndose.

Para Lenin la crisis nacional es ese momento irreplicable en el que se pone en cuestión el modo de dominación “natural” hasta ese momento, que ocurre por dos razones que concurren simultáneamente en el tiempo: los de arriba” no pueden seguir reproduciendo su modo de dominación de la misma manera (crisis de hegemonía) y los de “abajo” no quieren seguir siendo dominados de ese modo (crisis de legitimidad). Esa es una articulación más fundada sobre la experiencia política que sobre la teoría, como diría Lenin (Lenin, en *¿Qué hacer?*, 1902).

Frente al modelo más rígido, secuencial y previsible de la rama moderada de los socialdemócratas y de los eseristas, la ductilidad táctica del Partido Bolchevique, esta preocupación por “interpretar” las demandas sociales y políticas expresadas en la aguda confrontación que se abrió en 1917, le otorgó una ventaja adicional en los momentos claves de la revolución de octubre.

## **Las dos revoluciones de 1917**

Así como la revolución de febrero de 1917 hubiera sido impensable sin los acontecimientos de 1905, la revolución de octubre no sería comprensible sin los acontecimientos desarrollados desde febrero de 1917.

Aunque el malestar, el descontento, la insatisfacción y los deseos de cambio no habían hecho sino crecer exponencialmente desde 1905, nada anunciaba lo que estaba por venir y la velocidad con la que los acontecimientos se iban a desarrollar.

Prueba de ello es el testimonio de Lenin en su exilio en Suiza unos días antes de que comenzara la revolución de febrero. Decía el líder bolchevique a unos obreros suizos: “*Nosotros, los de la vieja generación, puede que no participemos en los combates decisivos de la revolución que está por venir*” (traducción propia) (Ferro, 2017, pág. 19).

De hecho, la dirección política de los partidos de izquierda se encontraba en el exilio cuando dio comienzo la revolución de febrero.

Es importante recordar que para comienzos de 1917 se combinaban diferentes elementos que anunciaban una situación crítica, aun cuando no se evidenciaban todavía movimientos que pudieran anticipar lo que ocurrió.

Estos elementos eran los siguientes:

- Una profunda insatisfacción popular con las muy limitadas reformas políticas, económicas y sociales acometidas por el régimen desde 1905.
- Las élites dirigentes, incluidos amplios sectores de los terratenientes y nobleza (el sector social sobre el que descansaba la legitimidad social del Zar), consideraban que la abdicación de éste era la condición para salvar la monarquía y el imperio ruso. De otra parte, los fallidos intentos de democratización desde 1905 habían acercado a sectores liberales y demócratas de las élites dirigentes a los socialistas moderados y eseristas, de modo que la idea de amplias alianzas orientadas a un cambio político eran ya un hecho antes de febrero de 1917.
- La idea de una Asamblea Constituyente que diera lugar a una monarquía constitucional tenía un enorme potencial disruptivo en un régimen político tan rígido. Hasta ese momento, lo que se había puesto de relieve era la hostilidad manifiesta del zarismo a cualquier apertura democrática.
- La guerra estaba resultando devastadora para el Imperio ruso, pero sobre todo para la vida cotidiana de los habitantes de ese imperio. A finales de 1916, Rusia había perdido aproximadamente 7.700.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. A eso hay que sumar un millón más de civiles muertos (Wade, 2017). En esas circunstancias, se calcula que más de dos millones de soldados desertaron del frente y volvieron a sus pueblos y ciudades. Se trataba de jóvenes campesinos que volvían a sus poblaciones armados y encolerizados por la incompetencia de los mandos militares, el maltrato y la evidencia de una guerra que se había convertido en una carnicería. Para la mayoría de historiadores, y también para los principales actores de esas jornadas revolucionarias, lo que cambió el curso de los acontecimientos y convirtió una revuelta social masiva en una revolución, fue el apoyo de los soldados a las demandas de cambio.
- Un aspecto que conviene considerar –y que no se tiene suficientemente en consideración– es que las tropas más diezmadas en los primeros años de guerra fueron la Guardia del Zar y los cosacos, esto es, las tropas de élite del zarismo y la reserva militar más fiel en caso de conflictos internos. Esa es una razón más que ayuda a entender por qué, cuando llegaron las jornadas críticas de febrero y octubre ni el Zar primero, ni los mandos militares contrarrevolucionarios después, tuvieron capacidad militar de maniobra para condicionar el proceso político.
- La guerra sacó a relucir también los conflictos nacionales dentro del Imperio Ruso, en particular en Ucrania, Polonia y Finlandia. A eso hay que sumar la represión de 1916 contra los rusos de origen judío y alemán, que fueron brutalmente expulsados y desplazados por razón de su origen étnico. Esto implicó un importante compromiso de la comunidad judía con la revolución de febrero (Weth, 2017, pos.218).
- El último elemento importante a considerar es la existencia de los *soviets*, una herencia de 1905 y que se había instalado y consolidado por todo el país. Cuando la

crisis política se convierte en crisis nacional, esta institución singular y espacio de empoderamiento popular único produce una situación de dualidad de poder –el gobierno provisional de una parte y el *soviet* de otra-, que anticipaba un importante conflicto de legitimidades, también en el uso de la fuerza.

La Revolución de febrero empezó el 23 de ese mes con la conmemoración del día de la mujer de trabajadora. Ciento cincuenta mil mujeres el primer día, se dirigieron al centro de la ciudad reclamando pan y el fin a la guerra. El entonces jefe del consejo de ministros zarista, Protopopov, afirmaba que se trataba de manifestaciones no organizadas y que en 24 horas se habrían extinguido.

La anécdota que contaba Sujánov en sus memorias, militante menchevique de izquierdas, sobre esos días ilustra el ambiente de crisis y perplejidad del momento:

El martes 21 de febrero, estaba sentado en mi despacho de la Oficina de Turkestan (Ministerio de Agricultura). Detrás de la mampara, dos jóvenes secretarías hablaban de las dificultades de avituallamiento, de los incidentes que se producían ante los comercios, de la agitación de las mujeres, de la tentativa de pillaje en no sé qué almacén: “sabes, dijo repentinamente una de las señoritas, en mi opinión es el comienzo de la revolución”. Estas chicas ignoraban por completo lo que era una revolución, y yo no las creí. (traducción propia) (Ali, 2017, págs. 208-209)

Después de cuatro días de movilizaciones pacíficas y relativamente consentidas por las fuerzas represivas zaristas, llega la orden del Zar de “*hacer cesar, desde mañana mismo, los desórdenes en la capital*”. El general Kabalov, que ha recibido el mensaje del Zar, se queda estupefacto: “...cuando se pide pan, se da pan y se acabó. Pero cuando las banderas y pancartas llevan escrito “*abajo la autocracia*”, no hay pan que valga. Pero ¿qué se hace entonces? El Zar lo había ordenado: era necesario disparar”. (Ferro, 2017, pág. 22).

Las movilizaciones fueron reprimidas y más de doscientos muertos y centenares de heridos son la respuesta del zarismo a las peticiones de pan y de finalizar la guerra. Pero una vez puesto en marcha un proceso socialmente tan masivo, no era fácil liquidarlo sin más. Un motín tuvo lugar en la fortaleza Pedro y Pablo la noche del 26 al 27 de febrero contra los oficiales que ordenaron disparar contra la multitud. Los soldados armados y miles de manifestantes que protestaban contra la represión se encaminan al Palacio Tauride, sede de la Duma. Allí, Kerensky socialista moderado y uno de los jefes de la oposición en la Duma, les recibe, pide detener a los ministros y tomar los núcleos del poder, asegurando especialmente los ferrocarriles. Se establece así la dualidad de poderes en el Palacio Tauride mismo: en un ala sesiona el gobierno provisional, y en la otra, el *soviet* de obreros y soldados de Petrogrado. Es una convivencia tensa desde el comienzo: el *soviet* había rechazado por amplia mayoría la participación de ministros socialistas en el gobierno provisional.

El 2 de marzo, bajo presión militar y del gobierno provisional, el Zar abdica en su hermano el Gran Duque Miguel, que renuncia inmediatamente al trono. Así se acaban más de trescientos años de dinastía de los Romanov en Rusia.

Las semanas después de la abdicación fueron una fiesta permanente, un momento de optimismo colectivo en el que se pensó que todo era posible. Eran también un momento de empoderamiento caótico en todos los órdenes: obreros que obligaban a sus empresarios a aprender el nuevo código del trabajo; los estudiantes de la ciudad de Odessa que obligaban a sus profesores a cambiar el programa de historia; soldados que invitaban a los capellanes a sus reuniones para ofrecerles la posibilidad de encontrar un sentido a sus vidas; o un manifiesto de adolescentes en el que se reivindicaba para los menores de 14 años el derecho de aprender boxeo para poder hacerse escuchar por los niños más mayores.

El Primer Gobierno Provisional estaba formado en su integridad por liberales del Partido Constitucional Democrático (*Kadetes*) y por el socialista moderado Kerensky, que gozaba por entonces de un enorme prestigio.

El Soviet de Petrogrado en el punto 4 de su famosa Orden nº 1, ponía de manifiesto que las órdenes del Gobierno provisional se acatarían siempre y cuando no entrasen en colisión con las decisiones del Soviet. La convivencia entre la dualidad de poderes ponía de relieve, desde el comienzo, el hecho de que el gobierno provisional detentaba el poder pero carecía de la fuerza, y el Soviet, renunciaba (provisionalmente) al poder, pero disponía de la fuerza.

Es importante reseñar que entre febrero y marzo se dieron las condiciones que los revolucionarios habían considerado como virtuosas para pensar en la evolución de la sociedad rusa: la burguesía disponía del timón para acometer la tan deseada revolución burguesa. Y las fuerzas de izquierda permanecían atentas para acelerar el proceso, controlarlo y garantizar que no descarrilaba ni se detenía.

Las expectativas populares se situaban más a la izquierda que las estrategias de algunos de sus representantes. En torno al tema de la guerra, los bolcheviques, junto a eseristas de izquierda y algunos mencheviques de izquierda se singularizaron como los más firmes partidarios de una paz inmediata y sin anexiones territoriales.

Este factor determinó el fin de este primer gobierno provisional dos meses después, al conocerse la nota secreta que Pavel Miliukov, jefe de los kadetes y ministro de Asuntos Exteriores, había enviado a los aliados garantizándoles el compromiso con la continuación de la guerra y los acuerdos de anexiones.

El conocimiento de la nota forzó la dimisión de Miliukov y del Ministro de la Guerra Gutchkov, y la recomposición del gobierno hacia una coalición entre liberales y socialistas moderados. Las tareas seguían siendo las mismas que dos meses atrás, pero más apremiantes.

Los sectores sociales populares movilizados exigían un cambio de situación. El campesinado demandaba una reforma agraria, acceso a las tierras más productivas, que no habían entrado en el decreto sobre el fin de la servidumbre, el fin de las políticas de confiscación de grano, y el reparto de las propiedades eclesíásticas. En las fábricas, las reivindicaciones se referían a la jornada de ocho horas, mejoras salariales y representa-



ción sindical. Las mujeres, que habían protagonizado la movilización de febrero, exigían derechos políticos y civiles, así como compensaciones para las familias en las que un marido, padre o hermano estaban en el frente, y por encima de todo, el fin de la guerra.

En este punto, la izquierda revolucionaria y moderada se dividió en tres: los que querían cumplir con los compromisos adquiridos y, una vez vencida Alemania, priorizar la agenda social y democrática en Rusia; los llamados “defensistas revolucionarios”, que únicamente justificaban la guerra como defensa de la revolución de febrero, es decir, la guerra como garantía de mantener las conquistas de la revolución; y los bolcheviques, eseristas y mencheviques de izquierda (minoritarios en sus partidos), así como los anarquistas, que defendían en solitario poner fin inmediato a la guerra. La izquierda revolucionaria en Europa se había desmarcado de la posición de la socialdemocracia que, llegado el momento, votó a favor de los créditos de guerra de sus respectivos gobiernos y pidió a la clase obrera de cada país un pacto con su burguesía nacional hasta el fin de la contienda. Para los bolcheviques y sus aliados esta postura era inaceptable tratándose de una guerra imperialista. Su posición era detener la confrontación entre los trabajadores de los diferentes países.

El único elemento de consenso desde el comienzo era la propuesta de convocar en seis meses una Asamblea Constituyente que fuera el punto de partida para la inauguración de un nuevo país. Pero este “tiempo largo” del acuerdo entre fuerzas políticas chocaba frontalmente con la realidad material y las exigencias cotidianas de la población movilizada y de los miles de soldados insurrectos.

La movilización política de millones de personas que habían accedido así a un espacio público negado hasta ese momento, la profunda polarización social y las consecuencias de la guerra, promovieron una determinada percepción social de la dinámica política.

En primer lugar, tal y como Orlando Figes defiende, el conflicto político era entendido y codificado cada vez más en términos de clase. Así, para las clases populares, el riesgo para la democracia recién conquistada no era la dictadura, sino la burguesía (Figes, 2014, pág. 107).

En segundo lugar, la rebelión de febrero fue abiertamente antimonárquica, movida por un rechazo explícito de todo lo asociado al zarismo y su negra opresión, así como de quienes lo habían apoyado y consentido: la Iglesia, los terratenientes, latifundistas y burgueses. Este aspecto reforzaba esa dimensión antagonista de la política y el perfil confrontacional de lucha política. La animadversión “de clase” provocó actos de pillaje y vandalismo por toda Rusia. Una violencia que Gorki, calificó de “asiática” y que ponía de manifiesto una antagonización social incluso más profunda que la expresada políticamente.

En tercer lugar, las reformas políticas seguían sin satisfacer suficientemente las aspiraciones revolucionarias del pueblo.

A comienzos del mes de abril, Lenin llegó a Petrogrado en un tren sellado que había atravesado Alemania con el permiso de las autoridades alemanas. Le recibió una multi-

tud entusiasta, y fue invitado a compartir sus opiniones en el Palacio Tauride ante una asamblea de socialdemócratas para sorpresa de los sectores moderados del soviets y los bolcheviques de Petrogrado. Tan fue así, que hubo una abierta disputa entre partidarios y detractores de Lenin, para que las –conocidas desde entonces– como *Tesis de Abril* fueran publicadas en *Pravda*, el órgano del partido el 7 de abril. En esas *Tesis*, Lenin rechazaba completamente el Gobierno provisional, reivindicaba los soviets como única forma posible de gobierno revolucionario, y llamaba a una paz inmediata y sin condiciones y a combatir el bienintencionado pero equivocado “*defensismo revolucionario*”. Además, defendía la confiscación y nacionalización de las tierras y otras medidas relativas a funcionarios y empresas.

La radicalidad de sus propuestas puso de manifiesto la división en el seno mismo de la izquierda que, hasta ese momento, colaboraba de forma unida en los soviets. Por otra parte, creó un polo de referencia alternativo en un contexto de escasa diferenciación política, en lo que hacía a las cuestiones fundamentales: ¿cómo resolver la dualidad de poderes? ¿qué hacer con la guerra? ¿qué programa de cambio social defender?

Durante el verano, tres hechos concatenados produjeron la derrota del centro político y de la izquierda moderada. Una ofensiva contra las tropas alemanas terminó en desastre y marcó el fin del ejército oficial como actor político. La respuesta a la debacle militar fue una movilización social encabezada por los soldados, reclamando “Todo el poder a los soviets” a comienzos del mes de julio. Lenin consideró que se trataba de una revuelta prematura que había que detener, aunque otras fuentes destacan el papel organizador de los bolcheviques en la misma. Sea como fuere, sirvió como pretexto para ilegalizar a los bolcheviques, cerrar sus medios de prensa y detener a sus dirigentes. Lenin pudo escapar a Finlandia.

Kerensky nombra un nuevo directorio cuyo Ministro de la Guerra (el general Kornílov) es un militar abiertamente contrario a los soviets, partidario de restaurar la pena de muerte en el ejército y de militarizar las fábricas y los ferrocarriles. El 21 de agosto, el general intentó un golpe de estado que fracasó pero que arruinó el prestigio de Kerensky, colocó a los sectores liberales abiertamente del lado del golpismo restaurador y ofreció a los bolcheviques y otras fuerzas de izquierda una oportunidad política que no desaprovecharían.

### **¿Revolución o golpe militar?**

Para entonces, las alternativas políticas se expresaban en términos claramente antagonistas: o profundización de la revolución de febrero, o golpe de estado restaurador. Los meses de febrero a septiembre habían arruinado las oportunidades de la burguesía primero y de una coalición moderada, después. No es que la victoria de los bolcheviques fuera un desenlace inevitable, pero éstos eran, sin duda, los mejor situados para dirigir la opción de profundizar en la revolución de febrero o, al menos, de asegurar su supervivencia. El clima había cambiado, y los bolcheviques eran mayoritarios en los soviets de Petrogrado,

Moscú y otras ciudades; y en el *II Congreso de los Soviets de todas las Rusias* comenzado el 25 de octubre.

A principios de octubre, los bolcheviques se dividieron en tres posiciones respecto a la conveniencia de la revolución: los contrarios (Kámenev, Zinoviev); los que querían esperar al comienzo del II Congreso de los soviets para tener la legitimidad popular (Trotsky); y los partidarios de tomar el poder cuanto antes aprovechando la descomposición del gobierno legal, y pedir después la ratificación del nuevo gobierno por parte del II Congreso.

La toma del poder como tal fue un hecho bastante anodino, lejos de la épica romántica reflejada en la película de Eisenstein<sup>7</sup> conocido internacionalmente. En la insurrección participaron 1.600 guardias rojos, 706 marinos de Kronstadt, 47 unidades militares, 12 comités de fábrica, 5 comités de barrio y una veintena más de grupos diversos, entre ellos anarquistas y sindicalistas de Petrogrado. Las crónicas de la época cuentan que mientras se consumaba la toma del poder, teatros, restaurantes y demás permanecían abiertos. En el momento en el que el II Congreso de soviets comenzaba sus sesiones, el crucero acorazado Aurora apuntó sus cañones contra el Palacio de Invierno y esa fue la señal de que el golpe de los bolcheviques había triunfado.

Concedores de la maniobra insurreccional protagonizada por los bolcheviques y aliados, los mencheviques moderados y los eseristas de derecha abandonaron el Congreso. Eso dio una ventaja estratégica a los bolcheviques en el II Congreso de los soviets, que vieron ratificada una propuesta de Kamenev para disolver el gobierno y apoyar la toma del poder por los soviets.

El último acto del gobierno saliente fue aprobar la fecha para las elecciones a la Asamblea Constituyente, que se celebraron el 12 de noviembre, y en la que los fueron claramente favorables a los eseristas de derechas que consiguieron 321 diputados, frente a los 207 de los bolcheviques y sus aliados, los 18 de los mencheviques y los 22 de los kadetes y otros partidos de derecha.

El 5 de enero de 1918 la Asamblea sesionó por primera y única vez. El día 6 de enero, la guardia roja impidió el paso a los diputados y así terminó la historia de la Asamblea Constituyente.

### **El problema de la democracia y la pluralidad**

La violencia política fue un hecho incontestable desde el comienzo mismo de la victoria de la revolución de octubre. Esos actos violentos, no necesariamente dirigidos desde el poder, gozaron del apoyo de una parte de los bolcheviques y, desde luego, de Lenin. Desde su punto de vista, esta violencia era la expresión de una firmeza imprescindible para disuadir a la burguesía y a los contrarrevolucionarios de actuar contra el nuevo poder.

Pero esa violencia “revolucionaria” en un contexto de confrontación política explosiva, de ausencia de tradiciones democráticas, se cobró una víctima inmediata: el pluralismo entre los propios vencedores. Recordemos que el II Congreso de Soviets de toda

Rusia que había aprobado por mayoría –de los presentes– la toma del poder y la disolución del Gobierno Provisional, era el resultado de una coalición de fuerzas en la que, si bien los bolcheviques eran mayoría, no eran únicos. A diferencia de otros partidos, cuyas alas derecha e izquierda se dividieron en el proceso, los bolcheviques mantuvieron una importante unidad de acción, pese a las diferencias. Probablemente, este sea otro hecho que contribuya a explicar su victoria. Sin embargo, el primer gobierno salido de los soviets, llamado *Consejo de Comisarios del Pueblo*, estaba compuesto exclusivamente por bolcheviques.

La disolución de la Asamblea Constituyente fue un paso atrás en una reivindicación que había sido parte del ADN de, precisamente, los bolcheviques. Tanto Trotsky como Lenin utilizaron el argumento de que la elección ya no representaba el estado de ánimo de la sociedad ni la correlación de fuerzas real y que, por tanto, no tenía sentido la existencia misma de un parlamento burgués, toda vez que la clase obrera había conseguido el poder a través de los soviets.

Frente a ese argumento, Rosa Luxemburgo, la revolucionaria alemana, argumentaba que la única respuesta democrática razonable era haber convocado nuevas elecciones:

Lenin y Trotsky no querían, y no debían, confiar el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del período de las vacilaciones y alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que tanto había avanzado. (Luxemburgo, 2017, pág. 104)

Rosa Luxemburgo criticó abiertamente lo que parecía una justificación *ad hoc* de Trotsky y una minusvaloración de los métodos y procedimientos democráticos, cuando éste sostiene que durante una revolución, cualquier clase de representación popular surgida de elecciones universales resulta inadecuada.

Rosa Luxemburgo enfatiza la interacción entre las instituciones representativas y el cuerpo social, y defiende que la capacidad de las instituciones para dar vida y cabida a los conflictos sociales existentes determina su calidad democrática. Por último, concluye con una afirmación y tesis política que, vistos los acontecimientos posteriores, mostró ser toda una premonición:

Ciertamente, toda institución democrática tiene sus límites y sus deficiencias, algo que comparte con el resto de instituciones humanas, pero el remedio de Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone que debe curar, pues seca la única fuente viva de la cual puede surgir la corrección de todas las deficiencias innatas de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las masas más amplias del pueblo. (Luxemburgo, 2017, pág. 108)

A esto se acompañaba que la única vía de participación –los soviets– eran negados para amplias capas de la población a partir de una Ley electoral restrictiva que solo consideraba ciudadanos con derechos políticos a aquellos que tenían un trabajo. Por último, Rosa Luxemburgo alude

...a la destrucción de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: la libertad de prensa, los derechos de asociación y reunión, que les han sido negados a todos los opositores al régimen soviético. (Luxemburgo, 2017, pág. 113)

La guerra civil iniciada en diciembre de 1917 y que terminó en 1921 fue devastadora en términos económicos, políticos y morales. La brutalidad de la guerra civil, sobrevenida a la no menos brutal Primera Guerra Mundial, de la que Rusia apenas acababa de salir, tuvo un efecto que no puede menospreciarse sobre la capacidad de dirección política de los bolcheviques. Mediante la lucha militar, el aparato central se fortificó y consolidó. La confrontación militar barrió la oposición externa y mutiló la oposición interna dentro de los propios bolcheviques. Se privilegiaron métodos expeditivos y de represión para solventar diferencias y se extendió un clima de sospecha y desconfianza entre los bolcheviques frente a los que no estaban abiertamente de su lado.

Por último, los soviets, la joya más preciada del empoderamiento popular nacidos en 1905 y desarrollados por toda Rusia en 1917, fueron subordinados y sometidos a las decisiones del Partido Comunista (autodenominado así desde marzo de 1918), convertidos en órganos administrativos de legitimación de decisiones tomadas en otro lugar. No llegaron a ser nunca auténticos órganos de poder popular.

Sin embargo, estos elementos no conducían de manera indefectible al terror estalinista.

De hecho, antes de la muerte de Lenin –acaecida en enero de 1924– y al final de la guerra civil, se puso en marcha la que se denominó Nueva Política Económica (NEP), un prudente retorno a un camino más lento de articulación social. La guerra civil y las requisas obligatorias habían puesto en riesgo la alianza obrero-campesina, pilar básico del poder popular según la concepción de Lenin y el Partido Comunista. Una privatización parcial y controlada de las tareas agrícolas y de los mercados de abasto tuvo un efecto enormemente estimulante sobre el sistema económico y permitió un respiro político al país.

Observando sus últimos escritos, y tal y como reconoce Figes, *“para Lenin la NEP era mucho más que una concesión temporal al mercado para que el país pudiera volver a ponerse de pie”* (Figes, 2014, pág. 189). Aún más, Lenin vuelve sus ojos hacia la cultura, como un valor imprescindible para la construcción del socialismo y considera que el “capitalismo de estado” que la NEP representa es un avance que durará varias décadas.

Junto a esto, Lenin y una buena parte de la dirección bolchevique defendieron las cooperativas como un mecanismo “simple, fácil y más aceptable” de distribución e intercambio socialista entre los campesinos.

El último elemento clave es la convicción profunda para esta generación de que su revolución sólo tenía sentido si se entendía como un proceso a la espera de que triunfaran las revoluciones en los países occidentales más avanzados. Para los bolcheviques la Rusia atrasada y primitiva no tenía ninguna opción de construir el socialismo, si no era a condición de que los países más avanzados de Occidente lo hicieran antes.

Sin embargo, esta combinación de NEP, cooperativas, cultura, internacionalismo, fue dramáticamente cortado por el ascenso de Stalin a la secretaría general del partido, pese a las prevenciones de Lenin. La lógica de las purgas internas devastó la vieja guardia bolchevique salida de la revolución de octubre. Entre 20.000 y 40.000 cuadros del partido fueron ajusticiados, enviados a la cárcel o a Siberia. En ese período, un nuevo tipo de militante se había hecho con los mandos del partido, y en ausencia de cualquier oposición interna o mecanismo de expresión de la misma, el terror se convirtió en el modo preferido de control político por parte del nuevo régimen.

En 1929 se pone fin a la NEP y comienza un proceso acelerado de colectivización del campo, que fue un desastre humano y económico. Su pretensión era acabar con la economía privada campesina y con los que se habían enriquecido durante el período de vigencia de la NEP. Los ricos en el campo, los *kulaks*, fueron diezmados, trasladados por miles a zonas inhóspitas o muertos de hambre durante el período de colectivización. Nada de esto hubiera ocurrido sin la existencia de ese poder centralizador y coercitivo y esa cultura política de la persecución y de la destrucción del adversario.

Para Figes, “...*la colectivización de la agricultura fue la revolución real en el campo*” (Figes, 2014, pág. 209). De hecho, acabó con el modo de vida desarrollado durante siglos (comuna, vida familiar, valores), que fue barrido como legado del “atraso” y de un modo de vida considerado incompatible con el socialismo.

## Conclusión

Rusia vivió una época de revoluciones de distinto signo cuyo desenlace final fue la victoria de los bolcheviques en octubre de 1917. Aunque la toma del poder se produjo mediante un mecanismo más propio del golpe de estado que de una insurrección popular, el desarrollo de los acontecimientos desde febrero había desembocado en un escenario donde el gobierno provisional había agotado sus posibilidades de supervivencia política; el tiempo político de las fuerzas políticas de “centro” se había agotado, incluyendo a liberales burgueses y socialdemócratas moderados.

Por tanto, para finales de septiembre, la alternativa no era entre un ideal desarrollo democrático y los bolcheviques, si consideramos que los kadetes se habían pasado a la contrarrevolución armada. Este antagonismo ideológico no se compadece con los hechos. La alternativa real enfrentaba a la contrarrevolución nobiliaria y restauradora con un conjunto de fuerzas situadas en la izquierda revolucionaria que colocaban en el frontispicio de su propuesta política el socialismo. En este campo estaban situados los bolcheviques, pero también eseristas de izquierda, algunos mencheviques, anarquistas y representantes políticos de diferentes nacionalidades.

Para esos momentos decisivos, los bolcheviques mostraron estar más organizados y disponer de un liderazgo decidido y enérgico. Por otra parte, la ruptura impuesta por Lenin a la estrategia de acuerdo con otras fuerzas –tal y como se expresó en la Tesis de Abril– dio sus frutos. Los bolcheviques aparecían como los defensores más consecuentes

de la condición plebeya y popular de la revolución de febrero, eran partidarios de la paz inmediata y sin condiciones, y de una ocupación y nacionalización de tierras en condiciones de satisfacer los anhelos de los campesinos.

La quiebra del proyecto hegemónico de las élites rusas comenzó por la incapacidad completa y total del Zar Nicolás II para entender su sociedad y su tiempo. Las demandas populares adquirieron una dimensión política rupturista cuando se negó a la mayoría de la sociedad cualquier vía de expresión de las demandas y cualquier canal de satisfacción de las mismas. La represión que costó la vida a centenares de personas, en lo que se conoció como el “domingo sangriento”, fue un punto de no-retorno en el desencuentro entre el pueblo y el sistema político zarista.

A partir de ese momento, las expresiones de descontento, fueran éstas económicas, sociales, culturales o identitarias, se expresaban como una confrontación directa contra el zar y su régimen.

El legado del arcaísmo del sistema político y de la ausencia de canales de participación fue doble: de un lado el país careció de tradiciones y cultura democrática, que hubieran podido servir de baluarte en un momento donde la historia se aceleró de manera vertiginosa. El otro aspecto es que la confrontación política se expresó virulentamente, codificada en clave de “ellos” contra “nosotros”, un contexto poco propicio para el acuerdo y el compromiso.

La disolución de la Asamblea Constituyente y el comienzo de la Guerra civil asestaron golpes definitivos a cualquier posibilidad de un decurso más pluralista e inclusivo. El primero de los elementos fue una decisión que compitió a los bolcheviques en exclusiva. Como muestra el texto de Rosa Luxemburgo, entre fuerzas revolucionarias de parecido signo y calidad existían otras visiones sobre el significado de la democracia y sobre el papel de los derechos democráticos en el proceso revolucionario.

La Guerra Civil produjo efectos devastadores en la sociedad rusa, y multiplicó la desconfianza de los bolcheviques frente a los adversarios internos.

Para cuando la guerra civil terminó, no quedaba ni rastro de la vitalidad participativa y democrática expresada por las masas populares en la revolución de febrero. De ser auténticos órganos de poder popular, los soviets habían pasado a convertirse en un espacio administrativo de legitimación de la política del partido. Sin contrapesos ni oposición interna, todo el debate y las diferencias se situaron entonces al interior del partido mismo.

Aquí la cultura política de debate, confrontación y camaradería propias de la vieja guardia bolchevique comenzaron a vivirse como un estorbo en un proceso de importantes y desconocidas decisiones. En ausencia de canales públicos de expresión, de una cultura de la diferencia y la pluralidad, de un espacio público abierto al debate y al conflicto, la vida interna del partido quedó atrapada en la lógica de la conspiración y la intriga.

En ese escenario, por decirlo brevemente, Stalin jugaba con ventaja. Su habilidad consistió en comprender la capacidad de ejecución que podría tener un partido monolítico y disciplinado alrededor de un liderazgo no discutido.

En 1934, Stalin estuvo a punto de perder la Secretaría General del Partido a manos del secretario del partido en Leningrado, Kírov. Meses después, éste último fue asesinado en extrañas circunstancias y Stalin aprovechó la conmoción para lanzar una cacería que terminó con los últimos supervivientes de la vieja guardia y amplió el espacio social de la represión.

Estas razones me llevan a pensar que no es posible, como decía Moshe Aren con muy buen criterio, “estalinizar” la historia de la URSS desde su nacimiento hasta su final. Frente a esta reducción de la complejidad, me inclino por la versión más abierta, compleja y matizada que propongo en este artículo. Los actores toman decisiones en circunstancias históricas específicas, dentro de límites marcados por su entorno institucional, el desarrollo económico y la cultura política mayoritaria. Estas decisiones contraponen marcos interpretativos que los diferentes actores colectivos tratan de convertir en hegemónicos. En contexto de crisis aguda, los líderes pueden ser factores decisivos de cambio político.

Muchos acontecimientos permanecen sujetos a debate y no dependen ya del conocimiento de archivos y documentos. La Revolución Rusa es uno de ellos. Marcó un antes y un después en la historia, pero su condición de revolución de los de “abajo” ha perdido capacidad ejemplificadora, en la medida en que el país que ayudó a poner en pie ya no existe. Sin embargo, su legado simbólico aún persiste en el tiempo: la Revolución Rusa fue un llamativo ejemplo de empoderamiento popular y expresión de una inequívoca voluntad de cambio político y social. Los y las de abajo dijeron “¡basta!” en febrero y octubre de 1917.

### Referencias bibliográficas

- Ali, Tariq (2017), *Les dilemmes de Lénine: terrorisme, guerre, empire, amour, révolution*. Sabine-Wespieser éditeur. Paris.
- Bensaïd, Daniel (2017), *Octubre 17, la révolution trahie. Un retour critique sur la révolution russe*. Lignes, Europe.
- Casanova, Julián (2017), *La venganza de los siervos*, Crítica, Barcelona.
- Ferro, Marc (2017), “1917, l’année qui ébranla le monde”, en *1917, la Révolution Russe*, Le Monde hors-série.
- Figes, Orlando (2014), *Revolutionary Russia 1891-1991*, Penguin books, London.
- Gramsci, Antonio (1970), *Antología, (selección y notas de Manuel Sacristán)*, Siglo XXI editores, México.
- Lenin (1981), *¿Qué hacer?*, Editorial Progreso, Moscú
- Lewin, Moshe (2017), *El siglo soviético ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona.
- Luxemburgo, Rosa (2017), *La Revolución Rusa*, Página indómita, página 104.



- Miller, Alexei (2017), “Para comprender el hundimiento del imperio ruso” en *¿Para qué sirvió la revolución rusa?* La maleta de Portbou, nº 25, septiembre-octubre 2017.
- Mullin, Richard (2017), “Les sources Russes de la pensée politique de Lénine”, en *Lénine*, Actuel Marx nº 62, Paris.
- Pipes, Richard, (2016), *La Revolución Rusa*, Debate, Barcelona
- Slezkine, Yuri (2017), “Lenine, n’était ni un politicien ni un utopiste, c’était un prophète”, en *1917, La Revolution Russe*. Le Monde hors série. Paris.
- Videliér, Philippe (2017), *Dernières nouvelles des bolcheviks*, Éditions Gallimard, Paris.
- Vadillo, Julián (2017), “El anarquismo en la revolución rusa”, en *Para qué sirvió la Revolución Rusa*, La maleta de Portbou nº 25, sept-oct 2017.
- Wade, REx A. (2017), *1917 La Revolución Rusa*, Cambridge University Press.
- Werth, Nicolás (2017), *Les révolutions russes: “Que sais-je?”* nº 986. PUF, Paris, pos.198. <http://amzn.eu/f0FzSMw>

## Notas

- <sup>1</sup> Fecha en el calendario Juliano, que tiene un retraso de 13 días respecto al Gregoriano. Los rusos usaban entonces el calendario Juliano (por Julio César) frente al calendario Gregoriano puesto en marcha por el Papa Gregorio XIII, en 1582. Si no se menciona lo contrario, todas las referencias son de acuerdo al calendario ruso de la época, es decir el Juliano.
- <sup>2</sup> Fue el Primer Jefe del gobierno Provisional desde el 23 de marzo al 21 de julio de 1917. Era el representante del Partido Constitucionalista Democrático (*Kadetes*) y presidente de la Asociación Nacional de Zemstvos, una institución local con algunas competencias administrativas.
- <sup>3</sup> Reinó de 1881 a 1894.
- <sup>4</sup> Milosevich, Mira (2017), *Breve historia de la revolución rusa*. Galaxia Gutenberg, Barcelona. Página 38.
- <sup>5</sup> En su monumental libro sobre la revolución rusa, Richard Pipes cuenta cómo la censura militar estaba preocupada por la inmensa cantidad de bulos que corrían por el frente sobre la familia real, dice Pipes que “...los censores militares encontraban mucho cotilleo malicioso acerca del zar y su esposa”. (Pipes, 2016, pág. 266)
- <sup>6</sup> Ver el capítulo que Richard Pipes le consagra en su obra, (Pipes, 2016, págs. 132-166).
- <sup>7</sup> La película de Eisenstein, se rodó durante 1927 y se estrenó en 1928.

FELIPE AGUADO HERNÁNDEZ.  
PROFESOR DE FILOSOFÍA.

## Las sóviets, una utopía fracasada

En este artículo se intentará plantear y demostrar la tesis de que la Revolución Rusa del 17 empezó siendo un proceso utopista, que posteriormente fue controlado y dirigido por el Partido Bolchevique, el cual sustituyó los impulsos utópicos por una dirección vertical, orientando sus estructuras hacia un estado que, aunque mejoró notablemente las condiciones de vida del pueblo, terminó convirtiéndose en una dictadura y reproduciendo formas de alienación económica e ideológica propias del capitalismo.

Empezaremos analizando y delimitando el concepto de “utopía”, para aplicar esta concepción a la revolución de los soviets en 1917 a fin de refrendar la idea de que fueron efectivamente una utopía social y política. Continuaremos con un análisis histórico-político de la Revolución Rusa que nos permitirá mostrar el control de sóviets por el Partido Bolchevique. Terminaremos con las reflexiones que nos genera el proceso revolucionario y las conclusiones para una posible aplicación en nuestro momento histórico.

**Palabras clave:** Utopía, criterio de demarcación de la utopía, ideología, marxismo, leninismo, partido bolchevique, revolución, sóviets, partido de vanguardia, libertad.

This article assesses the thesis that the Russian revolution occurred in 1917 began as a utopian process, which subsequently was controlled and directed by the Bolshevik Party, which replaced the utopian impulses by one vertical political model. It oriented their structures to a State system that although greatly improved the living conditions of the people, ended up becoming a dictatorship and reproducing forms of ideological and economic alienation of capitalism.

We start analyzing and defining the concept of ‘utopia’, in order to apply this concept to the revolution of the soviets in 1917. Then, we endorse the idea that it was effectively a social and political utopia. After that, we

**make an historical-political analysis of the Russian Revolution. Finally, we end with some reflections about the revolutionary process and conclusions for possible application in present times.**

**Key words:** Utopia, criterion of demarcation of the utopia, ideology, Marxism, Leninism, Bolshevik, revolution, soviets, freedom.

## I. La utopía

### La posibilidad de la utopía

**E**l término “utopía” es muy polisémico. Se usa en muchos y diversos contextos con contenidos semánticos dispares. Por eso se impone precisar el concepto de “utopía” que vamos a usar en este trabajo. Entendemos que **utopía es el ideal de persona y sociedad que no existe plenamente pero que podría y debería existir si nos lo propusiéramos**. Se trata por tanto de un proyecto de persona y de sociedad que entendemos como óptimo, que no está realizado todavía en su totalidad, pero que no es imposible de alcanzar, sino precisamente todo lo contrario, es realizable, siempre que se trabaje y se luche por él.

La gran crítica que se hace a la utopía es la de su imposibilidad. Las utopías son, se dice, por su propia naturaleza, imposibles; son un bonito ideal que está fuera del horizonte de las posibilidades humanas. Los seres humanos nunca serán iguales ni plenamente comunitarios. Más bien, como diría Hobbes, “el hombre es un lobo para el hombre”, y siempre que podamos nos aprovecharemos del semejante, o cuando menos, haremos muy poco o nada por él; en cualquier caso, unos somos más trabajadores y responsables que otros y algunos siempre intentarán aprovecharse de lo común. En definitiva, la utopía es imposible de alcanzar por su propia naturaleza. Ésta es la gran objeción a Utopía que ya recoge el propio T. Moro (*Utopía* en Aguado, F., 2016, pág. 67) y que desde entonces se repite una y otra vez con mil variantes.

Sin embargo, la historia de la humanidad nos dice lo contrario. La utopía es posible porque ya se ha realizado, aunque sea parcialmente. Es evidente que no se ha alcanzado una realización plena permanente y universal de la utopía, pero sí se ha logrado limitadamente, en las que hemos denominado en otras ocasiones *utopías parciales*. En este plano, recordemos que ya se han realizado miles de utopías sectoriales: se superó la esclavitud; acordamos universalmente la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*; en nuestras sociedades occidentales, se alcanzaron en algunos países niveles de democracia; educación universal y gratuita, sanidad universal y gratuita, legislación laboral con derechos de los trabajadores y protectora de parados, enfermos y jubilados; se consiguieron formas de vida aceptables para buena parte de la población (viviendas con agua corriente, luz y calefacción); tenemos jardines públicos, antes reservados a los aristócratas; se

---

---

avanza en la igualdad de género y de las personas LGTBI; se ha doblado la esperanza de vida; se ha conseguido la reproducción *in vitro*; somos capaces de volar o viajar bajo el agua; hemos llegado a la Luna;... Y tantas y tantas otras, realidades hoy para muchos de nosotros, que eran pura utopía “imposible” de alcanzar para nuestros antepasados.

Aunque también hay sombras en ese devenir en forma de desigualdades de clases, de géneros y pueblos, de guerras, de abusos de la naturaleza. Sin embargo, el balance global es, a nuestro entender, muy positivo. Pongámonos en el lugar, por ejemplo, de un esclavo romano, que seguramente aspiraría a la libertad, aunque le parecería “imposible” de alcanzar, tras contemplar centurias de esclavitud. Igualmente los ciudadanos europeos de hace 150 años, analfabetos en su inmensa mayoría, pensarían que sería muy bueno saber leer y escribir, pero que era una aspiración “imposible” de conseguir, porque durante milenios la inmensa mayoría de la población había sido analfabeta. Podríamos seguir repasando nuestra situación en todos los ámbitos de la vida, comparándola con el pasado, para darnos cuenta de que nuestros logros han sido aspiraciones de generaciones de personas que creían que esas mejoras eran “imposibles” para ellas. Todas estas realidades, que eran pura utopía “imposible” hace pocos años, se han ido haciendo realidad. Lo que era utopía imposible para el esclavo (su libertad), para el iletrado (su alfabetización) o para el enfermo (su atención sanitaria), se ha ido realizando. Hoy hablamos ya de todas aquellas como de utopías *parciales* o *reales* (Wright, 2010, págs.161-277) realizadas o en proceso de realización.

Podemos concluir, por tanto, que la utopía no es el ámbito de lo imposible. Pero que la utopía sea posible no garantiza mecánicamente su realización. Si volvemos de nuevo a la historia y repasamos una vez más las utopías parciales realizadas, de lo primero que nos damos cuenta es del trabajo y el sufrimiento que han costado a cientos, miles e incluso millones de personas el conseguirlas. Luchas políticas, sindicales, de científicos, de mujeres, de personas diferentes, antirracistas, de indígenas, de marginados sociales, que han costado vidas, exclusiones, destierros, despidos del trabajo, violencia de todo tipo contra los que luchaban por alcanzarlas. Lo que se ha conseguido de la utopía lo ha sido merced a esas personas que han dado su esfuerzo y sus vidas por ello. Ninguno de nuestros progresos, de nuestras utopías logradas lo han sido gratuitamente. Los progresos del presente suelen ser utopías “imposibles” de su pasado por las que se luchó. La utopía es realizable si nos proponemos alcanzarla.

### **Criterios de demarcación de la utopía**

Hay una sobreabundancia de escritos que pueden confundirse con utopías, particularmente los relatos de ciencia ficción o la descripción de paraísos idílicos propios de las diversas mitologías. Ante el conjunto tan amplio como diverso de estos escritos se hace absolutamente necesario establecer algunos parámetros que nos permitan deslindar con claridad las utopías sociopolíticas de lo que es literatura fantástica. Vamos a servirnos de K. Popper, que formuló un “criterio de demarcación” para deslindar la ciencia de lo que

no lo es, aplicando el sentido de este criterio precisamente para deslindar la utopía de lo que no lo es. Podemos concretar estas formas de delimitación de utopía en los siguientes puntos, que constituirían los **criterios de demarcación de la utopía**:

1°. Toda utopía arranca de la **crítica de la sociedad establecida**, intentando hallar las causas de sus problemas y carencias, generalmente situadas en la propiedad privada de los medios de producción y en el mal gobierno.

2°. Toda utopía elabora el **diseño de una sociedad ideal**, donde los problemas de la actual estarían superados. Para ello habría que suprimir sus causas, la propiedad privada de los medios de producción, sustituida por la propiedad común de los mismos: el comunismo o comunitarismo; a veces formas cooperativas.

3°. Toda utopía incluye en el diseño de esa sociedad ideal formas de organización política basadas en la **democracia directa participativa**. Por tanto excluye las formas autoritarias de gobierno. En este punto ha existido históricamente una línea divergente de esta fórmula que arranca de *La República* de Platón y que plantea un estado gobernado por los “mejores” (filósofos, científicos,...).

4°. Toda utopía establece formas de **desarrollo de las personas**, basadas en la educación integral, la convivencia, la solidaridad, la igualdad, el respeto a la naturaleza y la pluralidad cultural e ideológica.

5°. Toda utopía va acompañada de **medios de organización y actuación** para conseguirla, en los que se debe prefigurar la propia utopía. (Este punto no aparece en *Utopía* ni casi en ninguna otra propuesta posterior de “utopías”. Precisamente lo aprendimos reflexionando sobre el fracaso de la utopía en la Revolución Rusa. Tal vez sea ésta la aportación que corresponde hacer hoy día).

## II. La revolución. Los soviets

Vamos ahora a intentar, en primer lugar, comprobar la primera parte de nuestra tesis: los primeros meses de la revolución con protagonismo de los soviets, nos muestra un proceso utopista. En segundo lugar, comprobar la segunda parte de la tesis: que el control político de los soviets por el partido bolchevique condujo a que abortara el planteamiento utopista de los soviets. La exposición de los procesos internos de la Revolución nos lo va a permitir

**Contexto.** La revolución de 1917 no sucedió como por encanto. La prepararon un conjunto de circunstancias de todo tipo que la hicieron posible: una deteriorada situación económica, social y política; unas fuerzas políticas de diverso cuño (monárquicos, liberales como los *octubristas* o los *kadetes*, socialistas como los marxistas *mencheviques* o *bolcheviques* y los *populistas eseritas*); una cierta tradición revolucionaria; los efectos de la Primera Guerra Mundial; una crisis general en el país.

Antes de 1917 la clase obrera rusa protagonizó algunos hechos de carácter revolucionario que le dieron una valiosa experiencia, clave en algunos aspectos en el 17, y

---

---

una cierta tradición. Ambas hicieron posible tanto la revolución de febrero como la de octubre.

Las acciones populares desarrolladas en 1905 pueden considerarse como un auténtico momento revolucionario. Surgieron en el curso de la guerra ruso-japonesa, desastrosa para Rusia, que agudizó los problemas sociales y políticos del país. Empezó por huelgas parciales, en un movimiento espontáneo del pueblo, que evolucionaron hacia una huelga general. Usaremos el término “espontáneo” en el sentido de que el movimiento en cuestión no estaba programado estratégicamente por ningún partido ni grupo. Posteriormente la clase obrera se organizó en *sóviets* [consejos] para coordinar los distintos sectores en huelga y dar más profundidad a la lucha. Los *sóviets* eran “consejos” de representantes obreros, a los que se unen soldados y marineros, elegidos como delegados en las asambleas de las fábricas y los cuarteles, que funcionan con procedimientos de democracia directa: asambleas de base con todo el poder de decisión, elección de representantes de éstas en órganos de coordinación, que son portavoces revocables de la asamblea, nombramiento de comisiones para resolver problemas concretos. Los partidos quedaron bastante al margen de ellos, especialmente los bolcheviques. Tras algunas semanas de vida, los *soviets* fueron aplastados militarmente. De este movimiento de 1905 surgieron los sindicatos que, a pesar de la represión posterior, persistieron, si bien en una vida algo latente, hasta 1912, en que empezaron a reactivarse. En el 1917 los sindicatos jugaron un papel importante.

Los *soviets* se convirtieron en un contrapoder y tomaron decisiones propias de un estado: implantaron la jornada de 8 horas e incitaron a no pagar o a confiscar impuestos al estado; se organizaron milicias y se hizo acopio de armas. En diciembre se produjo una insurrección armada en Moscú y otras ciudades, aplastadas por el ejército. Aunque la represión posterior fue brutal, el Zar se vio forzado a convocar una **Duma** con poder legislativo. Posteriormente, en 1907, el Zar disolvió esta Duma y convocó una nueva, con muchas menos competencias políticas.

De 1905 a 1912 transcurren unos años de decaimiento del movimiento popular. A partir de 1912 se inicia un nuevo despertar de la acción revolucionaria, una serie de huelgas que ponen en pie a amplios sectores de la clase obrera. Se reconstruyeron en alguna medida los sindicatos. Hubo levantamientos campesinos.

La guerra y los desastres militares. Rusia entró en la Primera Guerra Mundial en el 1914. Rusia no estaba preparada ni económica ni militarmente para esta guerra. De ahí que desde el primer momento se iniciara una casi ininterrumpida cadena de desastres militares que tuvieron importantes repercusiones sociales y políticas.

La guerra creó un gran desbarajuste administrativo. Y no más pequeño fue el desastre económico: brazos retirados del trabajo, requisa de alimentos y ropas, desorganización y parálisis en las comunicaciones y los abastecimientos a las poblaciones. Todo esto acentuó la miseria del pueblo, llevándolo incluso al hambre, cada vez más aguda conforme avanzaba la guerra, que causó millones de muertos y heridos.

### Primera revolución, febrero 1917

Recientemente se viene afirmando que la Revolución Rusa es en realidad muchas y diferentes revoluciones: de obreros, campesinos, mujeres, etnias y pueblos,... que se solapan y se apoyan (Casanova, 2017). No obstante, aún siendo cierta esa multiplicidad de movimientos, no lo es menos que van convergiendo en un proceso unitario, cuya columna vertebral es el movimiento de los sóviets. Desde esta perspectiva, en la Revolución Rusa podemos distinguir dos claras etapas, delimitadas por dos momentos fundamentales: febrero y octubre. En realidad se trata de un mismo proceso que da a luz, primero, una revolución de corte liberal (Duma representativa, libertades formales, amnistía política), y después, a partir de los soviets y demás estructuras de poder popular, la revolución socialista. Veamos los aspectos fundamentales de la primera revolución:

**Punto de partida.** La primera revolución surgió espontáneamente. Ya en los meses anteriores a febrero había habido motines del pueblo pidiendo pan, que fueron sofocados por el ejército. Pero en febrero, súbitamente, el pueblo se echó a la calle con una fuerza irresistible. Al decir espontáneamente queremos señalar que no hubo ningún partido o grupo que la organizara, que la preparara de acuerdo a un plan estratégico y táctico; y una vez puesta en marcha, tampoco ningún partido ni organización la dirigió, se puso a la cabeza, la encauzó. Eso vendría después, cuando los partidos empezaran a reponerse de la sorpresa ante los movimientos populares. Pero no queremos decir que surgiera como por arte de magia. Había unas causas muy concretas y de suficiente envergadura: sufrimiento, hambre, opresión, incompetencia y descrédito del gobierno, desmoralización del ejército, descontento de todos, propaganda socialista. Pero ninguna organización en concreto actuó de catalizador para jugar adecuadamente con la situación e impulsar el levantamiento popular.

El movimiento revolucionario empezó en San Petersburgo, que posteriormente cambiaría el nombre por Petrogrado. El pueblo se amotinó como había ocurrido otras veces en diversos lugares de Rusia. Esta vez el pueblo está más indignado y decidido que nunca. Los regimientos se niegan a obedecer las órdenes de represión. Los trabajadores van a la huelga, que se hace general, y salen a la calle en manifestaciones. Hay muchos mítines. La inflación y las protestas de los trabajadores tuvieron como consecuencia un cierre patronal en las fábricas. El efecto no es el esperado por los empresarios, pues los trabajadores en la calle organizan grandes manifestaciones y actos públicos. Hay que destacar el papel de las mujeres en todo el proceso, reivindicando pan y paz y organizándose específicamente como madres y esposas de soldados. Concretamente en estos días la celebración del *día de la mujer trabajadora* lanzó a la calle a miles de mujeres en una gran manifestación a la que se irían uniendo otros obreros. Las huelgas y manifestaciones fueron de nuevo reprimidas duramente. Los soldados se amotinán y se ponen del lado del pueblo: unos entregan las armas a los trabajadores; otros ocupan los edificios clave, aunque sin idea clara de qué hacer. La revolución se extiende a otras ciudades.

Poco a poco las primeras reivindicaciones económicas se van convirtiendo en políticas, pidiendo libertad y la caída del Gobierno. Éste y los partidos representados en la Duma piden al Zar la ampliación de poderes parlamentarios, a lo que éste se niega, rechazando la dimisión del gobierno. Se traen tropas del frente para asaltar Petrogrado, pero los soldados se niegan a reprimir al pueblo. El Zar Nicolás II, impotente, abdica.

**La Duma.** En estas condiciones se decide la creación de un Gobierno Provisional. Hubo en él una participación socialista: mencheviques y social revolucionarios de derecha (Kerenski ocupó una cartera). En sus primeras actuaciones, promulga varios decretos reconociendo los derechos de huelga, asociación, reunión, admitiendo la libertad de prensa y concediendo una amnistía total a los presos y exilados políticos.

El poder está, pues, en manos de la burguesía: el gobierno absolutista del Zar ha dado paso a otro liberal. Pero la burguesía tiene que permitir la existencia legal de los partidos y grupos políticos revolucionarios. Tiene que permitir las armas fundamentales de lucha del pueblo: huelga, asociación, reunión, propaganda. Vuelven muchos de los militantes encarcelados y exilados. Y lo que es más importante y decisivo: el pueblo va creando sus propios órganos de poder, paralelos a los de la burguesía, en los que confía y que van a ser los instrumentos de derrocamiento del reciente orden liberal: los soviets, los sindicatos y los comités.

**Los sóviets** surgen en los primeros momentos de la revolución como cauces de coordinación, afianzamiento y profundización de los movimientos populares. **Son los auténticos órganos de poder del pueblo.** Un poder paralelo al de la Duma, con la que coexiste. En muchas ocasiones se interfieren, pero el pueblo confía cada vez más en sus propios organismos. La eficacia en la gestión de cantidad de problemas y necesidades del pueblo, desde servicios sociales y alimentos hasta la seguridad ciudadana, es la que afianza los soviets.

El primer sóviet surge en Petrogrado a imagen del de 1905, con sede en el mítico edificio del Instituto Smolny (Reed, 1985), que será el Cuartel General de la Revolución. Pronto surgen otros por toda Rusia, singularmente en Moscú y en la base de Kronstadt. Llegan a ser cincuenta en los primeros momentos, en los que obreros y soldados deponen a las autoridades zaristas y crean sóviets por todo el país, también de campesinos y otros colectivos, llegando a constituirse hasta mil quinientos aproximadamente en los momentos álgidos. Los sóviets forman milicias, la Guardia Roja, y consiguen armas en los cuarteles y controlan los medios de producción.

**Los soviets de trabajadores, soldados y campesinos son órganos de democracia popular directa:** el nivel de decisión está en la asamblea de representantes muy numerosa y no en pequeños comités; los representantes (diputados), son elegidos directamente por obreros, soldados y campesinos, son portavoces de las asambleas que los eligen, y son susceptibles de deposición y sustitución en cualquier momento por quien los eligió. Es decir, existe un control real por el pueblo de la gestión del soviet. Esto los hace un instrumento flexible, susceptible de cambiar de actitud según la evolución del criterio de



los trabajadores. Son, por esta razón, además una fiel caja de resonancia de las necesidades y deseos populares lo que hace que tanto trabajadores como soldados tengan una gran confianza en ellos. Por ejemplo, los soldados no obedecían ninguna orden que no estuviese refrendada por el sóviet.

Existen, pues, repetimos porque es de importancia capital, **dos poderes políticos diferentes y opuestos**, aunque en un principio no se declaren la guerra abiertamente y coexistan. Son dos poderes con su propio sistema de principios, de organización, de funciones. Dos poderes que quieren ser universales y que por ello uno ha de morir: no son compatibles. Son las organizaciones de los dos bloques sociales en lucha: burguesía y aristocracia frente al pueblo trabajador. **El instrumento de poder de las clases poderosas, su organización de clase, es la Duma; el instrumento de poder del pueblo, su organización de clase, los sóviets.**

En los primeros momentos no existía casi coordinación entre los sóviets de distintas localidades, pero pronto se dieron pasos en este sentido, primero a nivel regional, después de toda Rusia. En el **Primer Congreso Panruso (de toda Rusia) de Sóviets** —éste es un dato de interés para comprender la evolución de la revolución—, los socialistas más moderados tenían una amplia mayoría. El asunto fundamental que se trató en el I Congreso fue el de dar o no apoyo al Gobierno Provisional. Los mencheviques y social revolucionarios de derecha eran partidarios del «sí»; bolcheviques y social revolucionarios de izquierda del «no». Dada la relación de votos entre ambos bloques y sus partidarios, se decidió dar apoyo al Gobierno Provisional. Se aprobó también —éste es un dato también importante de retener para seguir los hechos de octubre— crear un Comité Ejecutivo del Congreso, encargado de convocar el II Congreso Panruso de Soviets. Este comité estaba mayoritariamente en manos de los mencheviques y sus partidarios.

### **La utopía de los sóviets**

Uno de los objetivos de este texto es mostrar cómo los sóviets, en sus orígenes y a lo largo del 17, se van construyendo como una utopía, en el sentido en que la hemos definido *supra* en los *criterios de demarcación de la utopía*, lo que nos permite estar ya en condiciones de hacer una primera corroboración de ello.

Los sóviets arrancan del descontento y la crítica con el sistema social y político imperante, construido sobre la propiedad privada de los campos y las fábricas. En las primeras huelgas y manifestaciones se pide *pan y paz* y se acusa a los terratenientes, empresarios y políticos de los problemas de hambruna del pueblo y de los desastres humanos que la guerra está generando (Primer criterio).

Pronto se irán ampliando los objetivos, pidiendo la caída del gobierno provisional y el poder para los sóviets y se empezará a ocupar campos y fábricas y a plantearse la colectivización o socialización de todos los bienes de producción, que se entendía como única vía para poder generar una sociedad justa (Segundo Criterio).

Además, comprobamos que su funcionamiento responde a los criterios de la democracia directa participativa. Como hemos destacado, el nivel de decisión está en la asam-

blea de representantes, que son elegidos directamente por obreros, soldados y campesinos y son portavoces de las asambleas que los eligen, siendo susceptibles de deposición y sustitución en cualquier momento por quien los eligió. (Tercer criterio).

Se quería construir una nueva sociedad que, partiendo de la socialización y la colectivización de los bienes de producción, de la democracia y la libertad, pretendía, como se comprueba en pancartas y manifiestos populares, una sociedad sin hambre ni miseria, con paz, igualdad, solidaridad, cultura y libertad, una sociedad nueva de personas libres e iguales. (Cuarto criterio)

Por tanto estamos en condiciones de afirmar que **la estructura y funcionamiento de los soviets se ajusta claramente a los criterios de demarcación** que habíamos elaborado para poder establecer cuándo estamos ante una utopía real.

### **Segunda revolución. Octubre de 1917**

La evolución de los acontecimientos ha ido radicalizando cada vez más al pueblo. Hay diferencias importantes entre la primera revolución y la de octubre. En primer lugar la revolución de febrero condujo a un sistema político burgués, aunque coexistieron con sus instituciones órganos de poder popular; en cambio, la revolución de octubre condujo a un sistema político nuevo, socialista. En segundo lugar, la revolución de febrero fue en gran medida un movimiento espontáneo de las clases populares, mientras que la de octubre estuvo planteada, impulsada y dirigida por el Partido Bolchevique, aunque seguida entusiastamente por los soviets que veían acercarse el poder para el pueblo y el fin de calamidades, injusticias y sufrimiento. Veamos los aspectos más importantes de «octubre», de su gestación desde febrero y los primeros momentos de la revolución consumada.

#### ***Las Tesis de Abril***

Los bolcheviques jugaron un papel decisivo en el octubre revolucionario. Al principio, en febrero, los bolcheviques quedaron bastante fuera de los órganos de poder obrero, mientras en cambio mencheviques y social revolucionarios, junto con sus seguidores, pronto alcanzaron mayoría en ellos. Hasta que no se fue estabilizando el febrero revolucionario, los bolcheviques no tuvieron una audiencia amplia en el pueblo, que ya no dejaría de crecer hasta octubre. Las famosas *Tesis de Abril* de Lenin, consideradas una obra maestra de estrategia y táctica política, recogen todos los elementos teóricos y estratégicos que hicieron posible el viraje del Partido desde su marginación de los órganos de poder obrero hasta alcanzar la mayoría en ellos y, a partir de aquí, dar el paso a la toma del poder. El nuevo planteamiento de Lenin, no fue aceptado de inmediato por el Partido. Sólo lo fue plenamente en octubre, días antes de la toma del poder, y tras meses de discusiones en el seno del Comité Central del Partido. La cuestión que en resumen se debatía era el «sí» o «no» a dar el paso de «todo el poder para los sóviets». Es decir, el «sí» o el «no» al derrocamiento de la Duma y el gobierno provisional, haciendo del sóviet el máximo órgano de gestión política. En definitiva se trataba de emprender o no las accio-

nes para derrocar el régimen burgués liberal dando paso a un sistema socialista. Este planteamiento suponía un cambio radical en la postura que tradicionalmente había mantenido.

Decidir ir a la toma del poder, según Lenin, implicaba: primero, ganar la mayoría en los sóviets; una vez asegurada en ellos la preponderancia de los planteamientos del Partido, habría que ir a la toma del poder por los sóviets, lo que supondría situar en el poder a los bolcheviques, que podrían dirigir desde ahí todo el proceso revolucionario.

Este análisis de las circunstancias políticas de Rusia lo completaba Lenin con otro sobre las posibilidades de éxito de la revolución, que condicionaba a que se produjeran dos circunstancias. En primer lugar, el apoyo del campesinado. Por otra parte, entre los revolucionarios existía el convencimiento de que no podría sobrevivir la revolución en un sólo país. Debería hacerse en toda Europa. Se aceptaba la conclusión a que llegó Marx acerca de que la revolución se daría primero en los países industrialmente más avanzados, desde donde se extendería a los demás. Así pues, la revolución debía comenzar en Inglaterra, Francia o Alemania. Lenin modificó este planteamiento. Seguía creyendo que Rusia no estaba madura para la revolución; pero Europa sí lo estaba. Y las condiciones imperantes en Europa eran favorables para la revolución, especialmente el hecho de la guerra. Rusia podía dar la primera señal a todos los proletarios de Europa. Trotsky estaba de acuerdo con Lenin en casi todo su planteamiento. La diferencia con Lenin estaba en el punto de quién tomaría realmente el poder. Para Lenin sería el partido bolchevique. Para Trotsky, los sóviets como tales. En la evolución de los acontecimientos, Trotsky aceptaría en la práctica el asalto al poder de los bolcheviques y el ejercicio del poder en exclusividad por ellos.

El 10 de octubre el comité central decidía ir a la toma del poder y acordaba el plan táctico. En lo fundamental consistía en dos pasos: convocar el II Congreso de Sóviets que acordaría, valiéndose de la mayoría bolchevique en él, dar el poder a los sóviets; antes del comienzo del Congreso debía provocarse la insurrección armada.

### **La insurrección de julio**

En el entreacto, desde febrero a octubre no dejó de crecer el grado de radicalización y organización del pueblo. En este proceso ascendente, la insurrección de julio marca un hito importante. Los trabajadores y soldados, una vez más, salen a la calle en manifestaciones que duran cuatro días. Piden pan, paz, renuncia del gobierno y, en bastantes voces, el poder para los sóviets. La causa de estos movimientos populares, los más fuertes desde febrero, está en la agudización del hambre y la miseria por una parte; y por otra, en una nueva gran ofensiva militar contra Alemania, a la que se le había dado una gran propaganda y dedicado muchos esfuerzos económicos y nuevas reclutas de soldados, y que terminó en estrepitoso fracaso. Tuvo importantes repercusiones políticas. La fundamental de ellas fue la caída del gobierno provisional, que fue sustituido por otro. La presidencia del nuevo gobierno recayó en Kerenski, ministro en el anterior, de procedencia

---

---

socialista (s.r.d., en concreto). El gobierno de Kerenski, a pesar de la represión sobre los bolcheviques, no fue capaz de desarmar a los obreros ni de disolver el Partido Bolchevique. Tampoco aceptó negociar la paz con Alemania y emprendió una nueva gran ofensiva militar que resultó otra vez un enorme fracaso.

Tras las jornadas de julio, la opinión del pueblo se radicaliza más. Las causas próximas son varias. En primer lugar, una nueva crisis en la marcha de la guerra. En segundo lugar, se agudiza más aún el hambre y la miseria, los problemas de comunicaciones, la distribución de alimentos y bienes. Además, un general, Kornilov, se levanta contra el gobierno; se trata de un levantamiento reaccionario, pero fracasa, gracias en gran parte a la actitud de los soldados de guarnición en Petrogrado que se pusieron del lado del sóviet, opuesto al intento de Kornilov. Este hecho terminó de abrir los ojos al pueblo y a sus organizaciones sobre el peligro de una acción contrarrevolucionaria, que si ahora había fracasado, en otro momento podía triunfar.

Los bolcheviques, poco a poco, junto con sus partidarios, van ganando la mayoría en los soviets, aliados a los social revolucionarios de izquierda. El 23 de septiembre Trotski es elegido presidente del sóviet de Petrogrado. Otros bolcheviques son igualmente elegidos en Moscú y otras ciudades industriales.

### **Los soviets; el poder**

En octubre, los acontecimientos se precipitan. Los bolcheviques, con un plan concreto minuciosamente ejecutado, se alzan con el poder. Veamos los pasos:

Recordemos que el I Congreso Panruso de Sóviets eligió un comité, dominado por los mencheviques, encargado de convocar el II Congreso. Los mencheviques se niegan a convocarlo, temiendo probablemente una mayoría bolchevique en él. El planteamiento de los bolcheviques consiste en que el Congreso de los Sóviets se declarase poder único frente a la Duma. Fracasado el intento de que el Comité del Congreso convocara el órgano máximo de representación popular, había que acudir a otra vía para seguir adelante con el plan. Se utiliza la Presidencia del Sóviet de Petrogrado, el más importante y prestigioso del país, que ostentaba Trotsky, desde donde se convoca el Congreso. La fecha del inicio de su celebración queda para el 25 de octubre.

Paralelamente, los bolcheviques ponen en marcha el plan preparatorio de la insurrección armada. Se crea el Comité Militar de Petrogrado, dependiente del Sóviet, al que se incorpora el ejército, que queda prácticamente sustraído al poder del gobierno. Éste intenta frenar la maniobra mediante un ataque a los bolcheviques, clausurando su periódico. Es el pretexto que esperaban los bolcheviques. El sóviet desafía al gobierno levantando los precintos del periódico. El gobierno intenta detener al Comité Militar del Sóviet, que responde con la ocupación militar de la ciudad: apenas hay víctimas. El levantamiento militar está consumado.

Al día siguiente, el II Congreso Panruso de Soviets se encuentra ante el hecho consumado de la insurrección. La postura de los mencheviques y social revolucionarios de

derecha es muy delicada: si se oponen a la insurrección son tachados de contrarrevolucionarios y traidores; si la aprueban, traicionan sus planteamientos. De todas formas poco iba a contar su opinión en el Congreso: estaban en franca minoría. Los mencheviques y social revolucionarios de derecha abandonan el Congreso en protesta por la insurrección que se les presentaba como hecho consumado. Los social revolucionarios de izquierda y otros miembros independientes también abandonan el Congreso ante la negativa de los bolcheviques a la creación de un gobierno de coalición socialista. Los bolcheviques quedan en mayoría absoluta en el Congreso. Toman las decisiones que terminan de completar el plan de ocupación del poder, proclamando el Poder Soviético en Rusia. Se crea el Comité Ejecutivo Central que actuaría en representación del Congreso en los intervalos entre una y otra de sus sesiones, en el que los bolcheviques obtienen la mayoría.

El mismo 25 se produce el asalto al Palacio de Invierno, donde tenía su sede el Gobierno Provisional. Tras un intento de represión militar del Sóviet en Petrogrado, que fracasó, se extiende la revolución. Los delegados de los sóviets en el Congreso parten hacia sus ciudades y pueblos de origen, extendiendo la revolución por toda Rusia. Inmediatamente después, se gana a los campesinos con el **Decreto sobre la Tierra**, aprobando la ocupación y reparto de tierras que ya habían hecho, aunque el reparto era contrario a los planteamientos de los bolcheviques que entendían que la tierra no debía ser repartida, ya que se conservaba la propiedad privada, sino colectivizada. Con esta decisión, aparte de ganarse a los campesinos, aumentan los bolcheviques su preponderancia en parte del ejército formado fundamentalmente por campesinos.

Los días siguientes, los eseritas de derechas, junto con los kadetes organizaron la contrarrevolución, con ofensivas militares muy crueles sobre Petrogrado, Moscú, Kiev y el Don. Provocan sabotajes en ministerios y servicios públicos. La crueldad de los contrarrevolucionarios hace que las unidades militares que en principio de mantuvieron neutrales, se decanten por los soviets y luchan junto a los obreros. La contrarrevolución es derrotada y Kerensky huye.

Algunas de las primeras medidas de los sóviets fueron las siguientes:

**En noviembre**, el II Congreso Panruso de los Sóviets elige el Consejo (o Sóviet) de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), el nuevo gobierno revolucionario, cuyo primer presidente será Lenin. También aprueba el Decreto sobre la Paz, y se promulga un decreto que establece la abolición de las grandes propiedades de tierras. El gobierno revolucionario establece la jornada laboral de 8 horas y la prohibición del trabajo de niños menores de 16 años. Se promulga la Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia. A finales de noviembre el nuevo Gobierno Revolucionario instaura una seguridad social que cubre desempleo, enfermedad, jubilación o minusvalía. Fue el primer país del mundo en hacerlo.

**Ya en diciembre** se suspenden las operaciones militares en el frente de guerra, se promulga un decreto de nacionalización de los bancos y se proclama la igualdad legal

---

---

entre hombres y mujeres. La medida se desarrollará ampliamente meses más tarde en el primer Código Familiar promulgado en octubre del 18.

Del 23 a 31 de enero de 1918, III Congreso Panruso de los Sóviets, en el que se aprueba la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, que luego será la base para la Constitución de la Rusia soviética aprobada el 10 de julio de 1918.

### **La crisis y caída de la utopía de los sóviets: Su evolución hasta su centralización y dominio definitivo por los bolcheviques**

A partir del 27 de octubre comienza la cadena de hechos que han sido más discutidos, entonces y a lo largo de todo el Siglo XX, y en cierta manera, también actualmente. Ya antes de octubre del 17 hay planes, decisiones y hechos que han sido y son puestos en entredicho en sectores de la militancia obrera y entre las personas comprometidas con una sociedad utópica. Especialmente el decidir la revolución en las reuniones del Comité Central del Partido Bolchevique y no por las organizaciones del pueblo, y ni siquiera por el propio partido en general; también el presentar la insurrección como un hecho consumado; incluso el no permitir la formación de un gobierno de coalición socialista.

Todas estas decisiones tienen, para algunos, una cierta explicación y justificación: las circunstancias del momento. Unos militantes y organizaciones los aprueban, otros los justifican y otros los desaprueban. Pero donde la crítica se hace más uniforme es en los acontecimientos posteriores, en cuyo transcurso los bolcheviques van sometiendo todos los aparatos de producción y gobierno a su dominio, maniatando y dejando sin función real a los órganos de poder popular, sóviets, comités, sindicatos y burocratizando toda la gestión y administración. Veamos los aspectos más destacados de este proceso, especialmente el sometimiento de la revolución a la dictadura del partido, empezando por el dominio bolchevique sobre los sóviets.

Los sóviets fueron unos consejos de gestión popular en los que estaban representados, en la forma en que se expuso anteriormente, trabajadores, soldados y, más tarde, campesinos. Eran, en cada localidad, los órganos supremos de coordinación, control y gobierno del pueblo. Estaban concebidos para funcionar como órganos de gestión autónoma por localidad, coordinándose a nivel regional y de toda Rusia de abajo arriba, estando el poder en la base y en el sóviet de localidad. El Congreso de Sóviets sería el órgano democrático, electo, que desempeñaría directamente esta función a nivel de toda Rusia. Cuando los bolcheviques consiguen la mayoría en los sóviets transforman completamente este esquema, de tal forma que de la estructura y funcionamiento de los primitivos sóviets apenas si queda el nombre y su arraigo popular. El problema central de la Revolución Rusa no está fundamentalmente, como a veces se ha querido ver, en la forma en que los bolcheviques consiguen la mayoría, sino en cómo hacen uso de esa mayoría.

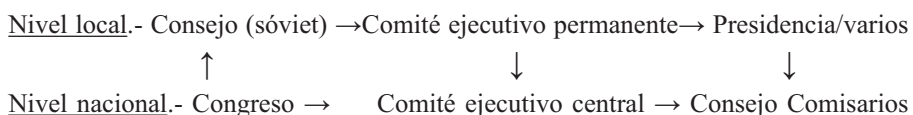
En cuanto al sóviet local, en un primer paso, se provoca que delegue gran parte de sus funciones en un comité ejecutivo permanente, que está por encima de él, quedando reducida la participación. El órgano de decisión ya no es la asamblea amplia de delega-

dos, sino un grupo de ellos, fundamentalmente bolcheviques. En un segundo paso, el poder de decisión pasa del comité ejecutivo permanente a una «presidencia de varios», conformada por miembros del Partido. Con ello se reduce aún más la participación. La razón fundamental que se daba era la de la necesaria rapidez en las decisiones y la claridad en los caminos. Era evidente que el poder local quedaba en manos de unos pocos líderes bolcheviques. La consecuencia inmediata es el desinterés de la base por la marcha de los asuntos públicos, con lo que se reduce el control sobre los dirigentes. Otra consecuencia, también inmediata, es que los cauces de gestión pasan por los caminos de la burocracia en un sentido vertical de arriba abajo. Se pierde, de hecho, el aliento democrático en el funcionamiento del sóviet.

Un proceso paralelo sucede en los órganos de coordinación de los soviets. El Congreso delega su función gestora en un Comité Ejecutivo Central, más reducido en número. Este a su vez en el Consejo de Comisarios del Pueblo, ambos bajo control bolchevique. Al mismo tiempo, los soviets locales pierden casi toda su autonomía, que ceden, a través del Congreso de Sóviets, al Consejo de Comisarios. Es decir, un reducidísimo grupo de personas, los líderes bolcheviques máximos, tienen en sus manos todas las riendas del poder.

Los bolcheviques no han hecho más que aplicar su esquema organizativo interno a la administración de la sociedad. Todo el poder de decisión queda en los organismos centralizados, que antes fueron de coordinación. El centralismo lleva de la mano la transmisión de decisiones de arriba abajo por el cauce de un complejo engranaje burocrático. Los soviets se quedan sin poder real.

### *Esquema de transmisión de poderes en los soviets*



Llegados a este punto estamos en condiciones de plantear la corroboración de la segunda parte de la tesis que planteábamos al comienzo y que es uno de los objetivos principales de este texto: El Partido Bolchevique termina controlando totalmente los sóviets, y posteriormente los consejos de fábrica y empresa y los sindicatos, eliminando el impulso utopista que los creó y desarrolló, convirtiéndolos en unos órganos burocráticos con una mera apariencia de democracia y participación popular.

Continúa el proceso de construcción de unas nuevas estructuras sociales: estatalización de la economía, socialización o colectivización de todos los instrumentos de producción; centralización política y generación de una poderosa burocracia. Se ha dicho que estos procesos son de por sí revolucionarios, pero aunque es cierto que las estructuras sociales cambian y las gentes terminan mejorando sus modos de vida, una revolución debe ser algo más profundo, un cambio en las estructuras pero con democracia, de modo

que las gentes puedan construir su vida personal y social en libertad y cooperación, lo que se fue perdiendo en Rusia a partir de octubre del 17.

### **Evolución posterior: el comunismo de guerra (1918-1921)**

Tras la Revolución, la reacción se organizó política y militarmente frente a ella. Se desencadenó la guerra civil. Ya de lleno en ella, se fue definiendo lo que se denominó el **Comunismo de Guerra**. El planteamiento consistía en que, mientras durase la lucha civil, la organización y funcionamiento de la sociedad tendrían unas características peculiares, aunque transitorias, motivadas por las exigencias de la guerra. Se trata, en realidad, de una etapa de la Rusia pos-revolucionarla bien delimitada en algunas características que durarán hasta la puesta en marcha de la Nueva Política Económica (N.E.P.), acordada en el X Pleno del Partido.

La evolución de Rusia a partir del “comunismo de guerra” supuso un conjunto de fenómenos que acrecientan las características que venimos destacando en la Rusia posterior a la explosión soviética. Las cuestiones fundamentales son las siguientes: 1. **Centralización**. El Partido iba forzando a las instituciones populares a ceder poder a órganos cada vez más lejanos de la representación directa y cada vez más minoritarios, donde dominaban los bolcheviques e imponían su criterio. Las organizaciones e instituciones de base fueron perdiendo autonomía. 2. «**Orden de uno solo**». Es el paso decisivo de la centralización. Se suprime la discusión de las decisiones aún a nivel de órganos minoritarios. No se podía perder tiempo en discusiones y reuniones para decidir sobre asuntos que exigían una rápida respuesta. El poder se personalizó. 3. **Vesenka (Consejo Superior de Economía Nacional)**. Fue el órgano centralizado de la dirección económica. Dependía del Consejo de Comisarios. Sustraía de hecho a los Sindicatos y Comités el poder económico. Su tarea consistía en dirigir el proceso de nacionalización económica y la construcción del capitalismo de estado: una sola empresa económica en el país, que sería el propio Estado. 4. **Militarización del trabajo**. Los trabajadores fueron organizados en brigadas que eran dirigidas como si se tratase de unidades militares, sometidas a una férrea disciplina y a unas duras jornadas. Se inició el posteriormente llamado *estajanovismo* en la producción, paralelo al *fordismo* en el capitalismo occidental. El trabajo se organizaba en cadena, con una división muy especializada de tareas, unos horarios extenuantes y una disciplina muy estricta.

### **Eliminación de los partidos no bolcheviques y de la oposición dentro del Partido**

Los partidos no bolcheviques pasaron por diversas situaciones a lo largo de los años 1918 al 1921: desde la colaboración a la represión, pasando por la tolerancia sin participación en los órganos de poder. Esta ambivalencia bolchevique hacia el resto de los partidos terminó con el X Congreso del Partido, celebrado en 1921, que los hizo definitivamente ilegales. Igual sucedió con la oposición dentro del propio Partido, que fue descalificada en el mismo Congreso.



La eliminación de la oposición obrera bolchevique pasó por varias etapas. Primero fueron separados de los cargos responsables; después, declarados ilegales; y posteriormente, con Stalin, fueron eliminados incluso físicamente.

El progreso en la centralización, en la eliminación de la democracia de base y de la oposición a la dirección del partido, creó profundos descontentos, que incluso llegaron a cuajar en levantamientos populares exigiendo autenticidad socialista. Los más importantes fueron el de los *makhnovistas* a lo largo de toda la guerra civil, y el de Kronstadt, en 1921. La insurrección makhnovista (Taibo, C. 2017, págs. 225-229), de carácter libertario, se desarrolló en Ucrania durante tres años aproximadamente. Recuperaron los soviets de obreros y campesinos, impulsando la democracia de base y las colectivizaciones, poniendo en práctica parte de los planteamientos del comunismo libertario en una zona bastante extensa

Kronstadt era una base naval del Báltico, cuyo sóviet jugó un importante papel en el 17. Los marineros y trabajadores de Kronstadt reimplantaron en 1921 un soviet democrático y comunista, funcionando como en los primeros tiempos. Quisieron extender su movimiento al resto del país. Sus reivindicaciones fundamentales, bajo el denominador común de “soviets libres”, se reflejan en los 15 puntos de la resolución de la asamblea de 1 de marzo (Anweyler, 1971-2, págs. 89-91), muy expresivas de cómo evolucionaba la revolución.

### III. Reflexiones y conclusiones

#### ¿Qué puede dar de sí el pueblo?

A lo largo de estas páginas nos hemos familiarizado con la opinión de Lenin de que el pueblo no puede dar de sí más que una conciencia tradeunionista, nunca una conciencia revolucionaria: *la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista* (Lenin, 1975-a, pág. 31). Vamos a analizar la veracidad de ese criterio. Las razones histórico-sociales desde las que Lenin forjó esta opinión están reflejadas *supra*. No vamos a repetir las. Sí vamos a destacar, en cambio, sus contenidos antropológicos. Es decir, el concepto de ser humano que hay tras ella.

Que el pueblo no sea capaz de dar de sí una conciencia revolucionaria puede ser una conclusión a la que se llegue tras un análisis que puede tomar dos direcciones distintas:

1. Por un lado, puede ser la conclusión de un análisis de circunstancias que diga que en unas determinadas condiciones sociales y políticas el pueblo no tiene una conciencia revolucionaria, pero que tras una labor de concienciación y organización, sí podría dar de sí esa conciencia revolucionaria. Es un análisis que parte de creer en la capacidad de transformación de las personas y de lucha liberadora del pueblo, aunque esa capacidad, en un momento histórico determinado, esté manipulada y reprimida por el sistema imperante.

A la base de este planteamiento tenemos dos bloques de argumentos, uno de carácter antropológico y otro histórico: Por un lado, se apoya en la convicción de que el ser humano, desde su propia necesidad de realizarse como persona, desde la conciencia de su dignidad, aspira a ser libre y que esa necesidad de libertad puede dar de sí una conciencia, una organización y una acción transformadoras capaces de crear una sociedad nueva.

Por otro lado, tiene un apoyo histórico: los momentos en que el pueblo ha creado de por sí y colectivamente cauces revolucionarios, que son muchos históricamente. Por ejemplo: la *Comuna de 1871*, los *soviets* de 1905 y 1917, las revoluciones *consejistas* en Alemania e Italia tras la Primera Guerra Mundial, las *colectividades* de Aragón, Cataluña y Valencia durante la Guerra española, y en cierto sentido, sin llegar a prácticas revolucionarias en sentido estricto, pero sí con una potente autoorganización, el *Mayo del 68* y el *15M*. En todos estos momentos históricos el pueblo ha sabido darse unas formas organizativas de poder frente a las clases poderosas, con características comunes en todas ellas: Por una parte, han sido creación espontánea (no dirigida ni planificada por un grupo concreto), producto de una praxis y una necesidad de cambio; Por otra parte, son formas propias que trascienden a los grupos organizados, aunque estos actúen de animadores en su seno, pero sin preponderancia de ninguno, al contrario, se ven superados todos por el impulso colectivo; En tercer lugar, funcionan en democracia plena directa, con participación de todos en todas las tareas a través de comisiones ejecutivas de las decisiones comunes, comisiones o comités con sus miembros elegidos y revocables en cualquier momento por la asamblea. Estas son las creaciones revolucionarias más genuinas, que el pueblo repite, en sus características fundamentales, cada vez que las circunstancias lo permiten.

2. La otra dirección del análisis, la leninista, afirma que no hay diferencias entre circunstancias y capacidad. Si el pueblo no ha dado de sí una conciencia y organización revolucionarias es que no puede, digamos por «naturaleza», hacerlo. Por ello es necesario el partido de vanguardia que introduzca en la clase la conciencia revolucionaria. También tiene este análisis una base antropológica y otra histórica:

De un lado, el marxismo cree que la conciencia es un reflejo de las condiciones socio-económicas. La clase obrera está manipulada y adormecida por la clase burguesa. Sus ideas son las de la clase dominante que las impone a través de los medios de producción espiritual: filosofía, religión, familia, educación, medios de comunicación, estado. Por ello, concluye Lenin, la clase obrera no puede acceder colectivamente a una conciencia revolucionaria. Sólo unas pequeñas minorías pueden hacerlo. Minorías que en un principio procederán fundamentalmente de los intelectuales burgueses, que pueden ser capaces de subvertir la cultura que el sistema les suministra. Los bolcheviques creerán que al cambiar las estructuras económicas y políticas, cambiarán los marcos de producción de conciencia. Entonces el pueblo estará en condiciones favorables para desarrollar una conciencia revolucionaria y una vida libre.

El apoyo histórico del análisis leninista está en el hecho de que las creaciones colectivas del pueblo más genuinas, los sindicatos, no daban de sí más que una lucha reivindicativa, de defensa y mejora de las condiciones de vida, pero no con objetivos de transformación de fondo de la sociedad.

### 3. ¿Es correcto el análisis leninista?

De hecho, su apoyo histórico puede ser negado, al menos en gran parte, por los ejemplos que antes se ponían: La *Comuna*, los propios *sóviets* en los primeros momentos, etc. Hay en Lenin incluso algunas contradicciones en este punto. En 1905 y 1907 saluda los *sóviets* como ejemplos de la dictadura del proletariado, como en su momento lo fue la *Comuna*. Pero pronto vuelve a la idea de que sin una dirección coherente fracasarían.

En cuanto a su apoyo filosófico cabe hacer algunas consideraciones:

En primer lugar, que el cambio de estructuras económicas no ha producido el pueblo libre. Basta con mirar a la Rusia de hoy y los países surgidos tras la caída de los regímenes comunistas del Este de Europa: ¿Qué sociedad han generado? ¿Con qué tipo de personas nos encontramos? Desgraciadamente no vemos algo sustancialmente diferente de lo que son la mayoría de los ciudadanos consumistas e individualistas del resto del mundo. “El hombre nuevo” no apareció ni se le espera. Volvemos a tener un nuevo tipo de “hombre viejo”.

Por otra parte, podemos decir que hay un fallo en la aplicación del propio método dialéctico: lo nuevo en la historia no aparece de pronto ni por decreto, como nos mostró Marx reiteradamente:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. (Marx, 1970-2, págs. 36-37)

Lo nuevo en la historia requiere un largo proceso de gestación subterránea hasta que aparece a la luz ampliamente. La burguesía creció como clase durante siglos hasta que irrumpió históricamente triunfante a finales del siglo XVIII. De la misma forma, la libertad tiene que ir gestándose en el seno del pueblo para que pueda darse a luz de forma explícita. Esta base del pensamiento dialéctico histórico es negada de raíz por el planteamiento bolchevique.

En tercer lugar, y prolongando el razonamiento anterior, hay que argumentar frente a Lenin que el “hombre nuevo” no puede ser dado a luz inmediatamente por el “hombre viejo”. El ser humano explotado y dominado, negado, en la sociedad burguesa, no puede dar de sí, de golpe, la persona libre. Decíamos que la libertad no puede darla nadie a otro; nadie puede decretar que los demás sean libres. La libertad es una autotarea personal y colectiva. Lo que habrá que hacer por tanto será crear las condiciones por las que esta autotarea pueda desarrollarse.

Como consecuencia de todo lo dicho parece lógico y necesario plantear, como una tarea transformadora básica, una revolución “integral” personal y colectiva (Aguado, 1971), entendiendo por ella, un cambio desde la mentalidad burguesa a la comunitaria (en ideas, valores, actitudes); cambio que sólo es posible al hilo de una tarea colectiva de autoorganización y lucha transformadora. La revolución integral es cambio de conciencia que cuaja en formas organizativas y modos de acción nuevos, en poder real del pueblo. De las prácticas históricas que hemos analizado puede deducirse que el planteamiento apropiado no es tanto la toma del poder burgués, como la construcción de un auténtico poder del pueblo, que garantice el éxito del derrocamiento del orden burgués y al propio tiempo también garantice una sociedad nueva realmente libre, porque en el camino de su preparación ya se construye y se vive la libertad.

### **La alienación del pueblo en la fase de la «dictadura del proletariado»**

En este punto se trata de ver cómo repercute en el pueblo la estructura de la sociedad rusa en la fase de “dictadura del proletariado». El pueblo vuelve a sentir sobre sí unas nuevas (en muchos aspectos, viejas) formas de alienación. Vamos a aplicar, en resumen, el propio esquema marxista de análisis de las alienaciones que sufre el pueblo en el sistema capitalista.

#### **Alienación económica**

En la Rusia posrevolucionaria se dan tanto la alienación del producto del trabajo como la cosificación del trabajo o alienación del acto mismo del trabajo.

El trabajador produce, transformando una materia bruta (por ejemplo, madera) en materia elaborada (mesa). En este proceso de producción la materia aumenta de valor (por ejemplo, de la madera en bruto, 10 unidades monetarias, a la materia elaborada –mesa–, 100 unidades monetarias). Este aumento de valor de la materia tiene su fuente en el trabajo. Pero el trabajador no recibe las 90 unidades monetarias que genera su trabajo al transformar algo de valor 10 en otra cosa de valor 100. Recibe sólo una parte en forma de salario (30 unidades monetarias, por ejemplo). El resto (plusvalía) se lo apropia el estado para costear los servicios y obras públicas (enseñanza, carreteras, ejército...) y para poder montar nuevas fábricas o mejorar las existentes. Pero el trabajador no decide qué parte de las 90 unidades monetarias se debe quedar él como salario y qué parte debe ir a los servicios y al avance industrial. No decide tampoco cómo, cuándo, dónde, se van a utilizar las 60 unidades monetarias que ha producido y no recibe (la plusvalía).

El estado se apropia de la plusvalía y de su gestión sin considerar la exigencia del trabajador de decidir sobre el producto de su trabajo. Sucede igual que en el sistema capitalista donde el empresario hace otro tanto con el trabajador. Ciertamente con una diferencia importante: el capitalista orientará el empleo del beneficio según sus necesidades y criterios individuales, desperdiciando gran parte en el lujo, la publicidad y la competencia. El estado proletario orientará la plusvalía apropiada hacia un servicio social lo

más justo posible supuestamente. Pero de fondo los procesos son equiparables: en ambos casos la gestión de la plusvalía no está en manos del trabajador, sino, en el caso ruso, del Partido y sus dirigentes, y en el capitalismo, de los empresarios y sus ejecutivos. Por otra parte, el trabajador vende su fuerza de trabajo como en el sistema capitalista. El precio de su fuerza de trabajo es el salario, que él no decide. Es cierto que hay diferencias: en el sistema capitalista existe el paro, el despido, etc., en el estado proletario, no.

Por último, el acto mismo del trabajo está cosificado, alienado, como en el sistema capitalista. El trabajador no es plenamente creador, responsable en su trabajo, director de él. No decide qué se ha de producir, cómo, cuándo, qué nivel de división del trabajo ha de existir, qué puesto ha de ocupar él en el proceso de producción y por qué, qué destino tiene su trabajo, para qué sirve, etc. El trabajador que está haciendo tornillos no hace más que tornillos sin saber nada o casi nada más. Como en el sistema capitalista. Y toma miedo y repulsión al trabajo, que se convierte en una penosa obligación, pues otros deciden qué tiene que hacer, cómo, cuándo y cuánto. El obrero no es libre y creador en su trabajo. Le alienan el acto mismo del trabajo.

### **Alienación social y política**

En el sistema de dictadura del proletariado bolchevique se reproduce una cierta división en “clases”, con distinto papel político a las que genera el sistema capitalista, pero con efectos sociales comparables.

La centralización de las decisiones económicas y políticas con la paralela eliminación de la autonomía de las instituciones populares y de la participación directa del pueblo a todos los niveles, provoca que la gente ya no se siente protagonista en su trabajo ni en la vida social y política. Va perdiendo progresivamente conciencia global de la situación, al encontrarse con su vida prefabricada, lo que le conduce a la desmotivación y el abandono de la tarea de desarrollo integral de su persona y de la sociedad. Deja de interesarse en las cuestiones públicas a base de no participar, de no conocerlas, de no discutir las. Va delegando, alienando su propio poder de decisión en los órganos políticos y económicos minoritarios y en la burocracia.

La burocracia es la ejecutora de las decisiones. Las decisiones se toman “arriba” en grandes líneas, y la burocracia las irá concretando según el lugar, la empresa, la institución, las circunstancias, las personas. De tal forma que la burocracia va mediatizando cada vez más el poder, haciéndolo recaer progresivamente en sí misma. Incluso el Partido se le somete, mejor, se funde con ella, llegando a convertirse en su organización política e ideológica. La burocracia se adueña de hecho del poder porque mediatiza las decisiones y las ejecuta después. Mediatiza las decisiones prefabricándolas con los datos técnicos que suministra, forzándolas en su interés (estabilidad, afianzamiento, preponderancia social y política, mejor nivel de vida). La burocracia se convierte en la poseedora del “secreto” del poder: sus mecanismos, sus cauces, su aparato técnico. Por tanto, es en la práctica la detentadora del poder, pues va adueñándose y monopolizando los resortes básicos de la decisión y la ejecución.

Paralelamente, fuera de ella, el pueblo sencillo se siente cada vez más extraño al poder, que, en cambio, recae sobre él. El pueblo desconoce los resortes de las decisiones y se siente separado de ellas aunque las sufre, que es precisamente en lo que consiste la alienación política. La decisión política se convierte en un mito para el pueblo, algo desconocido y poderoso que es distinto de él y que marca sus vidas. Se produce así, en cada persona, la escisión entre el ser humano privado y el ciudadano. Son dos mundos distintos que vive al propio tiempo cada persona concreta: por un lado van su vida íntima, familiar, sus proyectos, sus ilusiones, sus problemas; por otro lado van sus relaciones con las estructuras, su vida “política”.

La burocracia se convierte así en la casta que ejerce el poder. Al propio tiempo es la casta que posee el saber, el mejor nivel de vida, la mayor estima e influencia social. Se convierte en una especie de clase social, diferente de la clase obrera, que Milovan Djilas (1963) denominaría «la nueva clase». «Nueva clase», que tiene además su propia organización político-ideológica: el Partido Comunista. Y que controla el estado, poniéndolo a su servicio.

De todas formas, no se puede hablar, en el sistema bolchevique de dictadura del proletariado, de clases sociales en el sentido estricto, como las que surgen en la dinámica del sistema capitalista. Hay diferencias entre la división burguesía-proletariado y la escisión burocracia-trabajadores. No se puede aplicar el concepto «clase social» en un sentido estricto a la burocracia y los trabajadores de los sistemas de dictadura del proletariado bolchevique, pero sí en un sentido amplio que quisiera significar lo siguiente: Son dos conjuntos de personas con unos modos de vida diferentes, modos de expresión y relación distintos, nivel de vida diferente, estima e influencia social distintas, nivel de ejercicio del poder diferente. Y siempre el mismo conjunto tendría el más en todos los aspectos y el otro el menos.

### **Alienación cultural o ideológica**

Marx, en el conocido párrafo de la *Ideología Alemana*, en que sintetiza magistralmente el núcleo de la alienación ideológica, nos dice que:

las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. (Marx-Engels, 1970, pág. 50)

Marx está escribiendo desde el sistema capitalista, pero podemos aplicar su formulación al sistema bolchevique de dictadura del proletariado. En éste, las ideas dominantes son las del partido-burocracia, pues al tener “a su disposición los bienes de producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios de producción espiritual”. El

partido-burocracia dirige y controla los bienes de producción material: fábricas, campos,... Así mismo dirige y controla los bienes de producción espiritual: sistema educativo, medios de comunicación y propaganda,...

El pueblo es sometido a un adoctrinamiento exclusivo en el marxismo-leninismo, denigrando las demás concepciones del mundo y otros planteamientos sociopolíticos que son excluidos de la vida pública. Se impone la concepción del mundo marxista-leninista como única «científicamente válida», como única descifradora real de todas las claves históricas, sociológicas y psicológicas, convirtiéndola así en dogma, en una suerte de fe incontestable. Se ofrecen al pueblo unas interpretaciones de los hechos a la medida de la teoría, justificando las estructuras imperantes, la situación política, sumiendo al pueblo en la pasividad social. Estamos, pues, ante una estructura política y cultural que aliena el pensamiento de cada persona y de la colectividad, no permitiendo la aparición de otras interpretaciones e imponiéndoles desde fuera una determinada ideología. Si, además, la doctrina sume al pueblo en el conformismo y la aceptación ideológica y práctica del sistema imperante, se transforma en un “opio para el pueblo”. La doctrina, vehículo y núcleo de este proceso de alienación cultural es el marxismo-leninismo, que de doctrina revolucionaria se transforma en opio para el pueblo.

Recapitulando podríamos decir que el sistema de dictadura del proletariado de tipo bolchevique reproduce, de fondo, las alienaciones del sistema capitalista. Las reproduce a distinto nivel, es cierto. A un nivel más global, más colectivizado. En última instancia, la estructura del sistema de dictadura del proletariado es hija del planteamiento teórico, estratégico y organizativo del partido bolchevique. Reproduce sus esquemas. La Revolución de Octubre y su desarrollo posterior son una consecuencia «lógica» del planteamiento leninista.

### **La evolución de la Revolución de Octubre, consecuencia «lógica» del planteamiento leninista**

La Revolución de Octubre y su posterior desenvolvimiento tomaron, de fondo, un rumbo que venía marcado por los propios planteamientos del Partido Bolchevique. Esto queremos decir con que fueron una consecuencia “lógica” del planteamiento teórico, estratégico, táctico y organizativo del Partido Bolchevique.

No se puede dar lo que no se tiene. No se puede proyectar hacia fuera más que lo que se lleva dentro. El que no sabe de carpintero, no puede hacer mesas; el que no sabe la ecuación de segundo grado, no puede resolver sistemas de dos incógnitas. Cada uno hace las cosas según lo que sabe, lo que vive, lo que es. El que sabe economía puede explicar economía; el que vive la abnegación es capaz de la generosidad; el que es diplomático evita los enfrentamientos; el que es pedante presume. El que vive la obediencia, obedece, y la genera en su entorno. El que vive la libertad genera la libertad a su alrededor. No se puede dar lo que no se tiene, no se puede hacer lo que no se sabe.

Con todos estos ejemplos queremos explicar lo siguiente: si el Partido Bolchevique tiene un esquema organizativo centralizado (el “Centralismo Democrático”) la sociedad

que dirija estará centralizada; si piensa que el pueblo no puede dar de sí más que una conciencia reivindicativa (teoría del “partido de vanguardia”), se erigirá en la conciencia directora del pueblo, etc. Una organización como la del Partido Bolchevique conduce, pues, a la pérdida de la libertad y al reino de la alienación. Una libertad que no se lleva dentro no se puede proyectar en la sociedad. Un esquema de jerarquización y disciplina no puede dar de sí el reino de la libertad. Habría que hacer antes, internamente, la libertad y la autogestión para poderlas dar a luz en el proceso revolucionario. Esta es la gran lección histórica que nos ofrece el proceso de la Revolución Rusa: aquello que se quiera ver plasmado en la sociedad hay que vivirlo antes personal y colectivamente a los máximos niveles posibles. Porque sólo se hace lo que se sabe, sólo se da lo que se tiene vitalmente. No se puede hacer lo que sólo se tiene en la mente, en unos supuestos “objetivos últimos” de un programa político que nunca pasan al primer plano y permanecen separados metafísicamente de la vida cotidiana.

El objetivo central del trabajo de transformación de la sociedad es la creación real de la persona nueva cuyo núcleo es la libertad. En otras palabras, ser «ya» en germen lo que se quiere ser a nivel social. Recordemos: no se da lo que no se tiene. Lo que no es «ya» en objetivos, métodos, organización, etcétera, no es nunca. Es pura dialéctica. Nada ha aparecido en la historia de golpe, como nos ha enseñado Marx. Lo nuevo no puede aparecer en la historia por decreto, el gran error bolchevique. Todos los pasos de la humanidad han tenido un largo proceso de gestación. Si se quiere dar a luz la libertad, hay que gestar la libertad, hay que socializar la libertad. ¿Qué cambia en Rusia tras la Revolución, en última instancia?: Indudablemente una mejora de la vida material de los ciudadanos, pero de fondo, desde esta perspectiva de la libertad y la realización de la persona, apenas poco más que formas. En gran medida sigue la contradicción fundamental del sistema capitalista: producción colectiva y apropiación y gestión privadas. No es admisible la justificación de que estas cuestiones se afrontarán «más adelante». Sobre todo si está decretado por una élite minoritaria. El “más adelante” termina convirtiéndose en un “para siempre”. La caída del “muro” lo muestra fehacientemente. Porque no se ha construido el ser humano nuevo, no se ha hecho un cambio profundo de valores, no se ha construido la persona solidaria, la persona emancipada. Un siglo de historia lo corrobora.

Hoy habría que plantear como tarea una revolución **integral**. Que supone trabajo por un crecimiento personal en conciencia y en acción cada vez más profundo y extenso. Este crecimiento debe cuajar en organización del pueblo, libre en sí y que lucha por la sociedad nueva. En la medida en que se da paso a la organización del pueblo, se da paso al poder popular real. No hay que tomar el poder burgués, hay que construir el poder popular. Y en la medida en que éste crezca estará en condiciones de dar una batalla eficaz al orden capitalista. Y, además, dará de sí una sociedad realmente libre, porque ya se construía y vivía la libertad.

Hoy estamos en condiciones de replantear las estrategias, las tácticas, las formas organizativas de aquellos colectivos y personas que buscan la transformación profunda de la sociedad. El motor fundamental tiene que ser vivir y actuar en libertad y por la liber-



dad de todos y todas. En definitiva, aquél **5º criterio de demarcación de la utopía**, que precisamente hemos aprendido reflexionando sobre el fracaso de la utopía en la Revolución Rusa y similares: *Toda utopía va acompañada de medios de organización y actuación para conseguirla, en los que se debe prefigurar y vivir la propia utopía.*

### Referencias bibliográficas

- Aguado Hernández, F. (1976): *La Revolución Rusa y el Partido Bolchevique*, ZYX, Madrid.
- (1978): *La revolución integral*, Ediciones Paideia, Madrid.
  - (2016): *Utopía y Educación*. Nueva Utopía, Madrid.
  - (2017). *La utopía de los sóviets en la Revolución Rusa*. Popular, Madrid
- Amin., S. (2017): *Octubre 1917*. El Viejo Topo, Barcelona.
- Anweiler, O., (Compilador), (1971): *Documentos de la revolución mundial: Tomos I (Democracia de trabajadores o dictadura de partido) y II (Kronstadt)*, Zero, Madrid.
- Carr, E. H. (1969): *La Revolución Bolchevique*. Tomos I y II, Alianza, Madrid.
- Casanova, J. (2017): *La venganza de los siervos. Rusia 1917*. Crítica, Barcelona.
- Djilas, M. (1963): *La nueva clase*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Instituto de Historia de la Academia de Moscú, (1976): *Historia de la gran revolución socialista de octubre*, Castellote, Madrid.
- Kollontai, A. (1976): *La oposición obrera*, Castellote, Madrid.
- Lenin, V.I. (1960): *Tesis de Abril*, en Vol. II de *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso.
- Lenin, V.I. (1975-a): *¿Qué Hacer?*, Akal, Barcelona
- Lenin, V.I. (1975-b): *El estado y la revolución*, Ayuso, Madrid.
- Luxemburgo, R. (1975): *La Revolución Rusa*, Castellote, Madrid.
- Marx, K. (1972): *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza, Madrid.
- Marx, K. (1975): *La Guerra Civil en Francia*, Obras Escogidas, T. I, Ed. Ayuso, Madrid.
- Marx, K. y Engels, F. (1970). *La Ideología Alemana*. Barcelona, Grijalbo.
- Moro, T. (2016): *Utopía*, En: Aguado, F.: *Utopía y Educación*, Madrid. Nueva Utopía.
- Pannekoek, A. (1977): *Los Consejos Obreros*, ZYX, Madrid.
- Reed, J. (1985): *Diez días que estremecieron al mundo*, Orbis, Barcelona.
- Taibo, C. (2017): *Anarquismo y revolución en Rusia. 1917-1921*. La Catarata, Madrid.
- Trotsky, L. (1973): *Historia de la Revolución Rusa*, 2 vol., ZYX, Madrid.
- Wright, E. O. (2014): *Construyendo utopías reales*, Akal, Madrid.

**ANTONIO CHAZARRA  
MONTIEL.**  
PROFESOR DE HISTORIA DE  
LA FILOSOFÍA.  
PRESIDENTE DE LA SECCIÓN  
DE FILOSOFÍA DEL ATENEO  
DE MADRID

## La revolución rusa a un siglo de distancia. Su poderoso influjo cultural e ideológico en el siglo XX

La Revolución Rusa ha sido interpretada de distintas formas. Mientras unos la consideran un movimiento de masas, otros la presentan como el resultado de una estrategia planificada por un reducido grupo dirigente, los bolcheviques. Lo cierto es que se trata de un proceso lleno de promesas incumplidas en el que tras un momento brillante, se instauró el gris opaco de la represión, los gulag y una dictadura policial.

La importancia de los movimientos culturales vinculados a la Revolución Rusa es incuestionable y dejaron una huella profunda, especialmente, en el periodo de entre-guerras. Citemos al cineasta Sergei Eisenstein, quizás el mejor director de la historia del cine o a escritores y poetas de la talla de Mayakovski, Arthur Koestler o Mijail Bulgákov. Muchos de estos creadores simpatizaron con la Revolución y desplegaron sus ansias de libertad, que posteriormente, fueron yuguladas.

Destacan por su pujanza y vitalidad movimientos vanguardistas como el Cubofuturismo, rayonismo o suprematismo y figuras como Kandinsky o Marc Chagall que se vieron obligadas al exilio pero que protagonizaron un momento estelar.

Mención aparte merece lo acaecido con el marxismo. Penetró en Rusia antes de la Revolución con G. Plejánov. Lenin se apoderó de la figura de Marx e impuso su interpretación creando la III Internacional. Más tarde, Stalin estableció los principios de un marxismo rígido y esquemático que estuvo vigente mucho tiempo hasta que surgieron los marxismos heterodoxos, que sin miedo a ser calificados de desviacionistas, revitalizaron y dieron frescura a aspectos relevantes del materialismo dialéctico.

**Palabras clave:** Utopía traicionada Realismo socialista Cubofuturismo. Rayonismo Suprematismo Marxismo ortodoxo. Marxismo heterodoxo Desviacionismo ideológico Revisionismo.

The Russian Revolution has had different interpretations. While, for some, it is a mass movement, others present it as the result of a planned strategy by a leading group: the Bolsheviks. The truth is that it is a process full of unkept promises which, after a moment of brilliance, was turned into the dull gray of repression, the gulags and a police dictatorship.

Nobody can deny the importance of the cultural movements linked to the Russian Revolution. They left a profound imprint, especially between the World Wars. We could mention filmmaker Sergei Eisenstein, perhaps the best director in cinema history or writers and poets such as Mayakovski, Arthur Koestler or Mijail Bulgákov. Many of these creators sympathised with the Revolution and deployed their eagerness for freedom, later to be crushed.

Some avant-garde movements can be highlighted for their strength and vitality for example Futuristic Cubism, Rayonism or Suprematism and personalities such as Kandinsky and Marc Chagall who were forced into exile but were part of a remarkable moment.

What happened to Marxism deserves separate attention. It penetrated Russia with G. Plejanov before the Revolution. Lenin took over Marx's figure, imposed his interpretation and created the 3rd International. Later Stalin established the principles of a rigid, schematic Marxism which stayed in force for a long time until the arrival of heterodox Marxisms, which, not fearing accusations of deviationism, revitalized and brought new freshness to relevant aspects of dialectic materialism.

**Key words:** Betrayed utopia Socialist realism Futuristic Cubism. Rayonism Suprematism Orthodox Marxism. Ideological deviationism Revisionism Heterodox Marxism.

## Introducción Propedéutica

**L**a revista PAIDEÍA va a dedicar en este número una atención pormenorizada a la Revolución Rusa desde diversas perspectivas, interpretaciones y enfoques. Influyó prácticamente en todos los órdenes y puede decirse, sin asomo de exageración, que contribuyó a cambiar el mundo. Quizás no se ha insistido mucho en su influencia en la cultura, las artes y el pensamiento que al menos, en un primer momento, fue sencillamente abrumadora.

Se ha dicho que el siglo XX es el más corto de la historia. Comienza con la Primera Guerra Mundial o Guerra Civil Europea, tan íntimamente relacionada con la Revolución

---

---

Rusa y finaliza en 1989, con la caída del Muro de Berlín y el fin de los Bloques. Probablemente, este enfoque sea adecuado y, desde luego, pone de relieve la importancia de la Revolución rusa en el Siglo XX.

Hoy podemos analizarla con perspectiva. La Revolución rusa ya es historia, sin embargo, no pocas de sus manifestaciones culturales, artísticas, literarias, ideológicas así como sus señas de identidad, forman parte del devenir de la vieja Europa.

La Revolución Rusa cambió la visión del mundo. Pensemos, por ejemplo, en lo que significó la película de Sergei Eisenstein “*El acorazado Potemkin*”. Sus escenas, emblemáticas y terribles del puerto de Odessa, suponen un antes y un después para la historia del cine.

Como es lógico, existen diversas interpretaciones sobre la Revolución de Octubre, que oscilan entre las que ponen el acento en el movimiento de masas y las que son proclives a enfatizar la importancia de un reducido núcleo de dirigentes bolcheviques que se subieron a “un tren en marcha” y que sustituyeron el funcionamiento de abajo a arriba por una férrea dictadura.

En pocos años, se produjo una auténtica y brillante eclosión cultural, con una vertiente épica nada desdeñable... que, posteriormente, dio paso a un inmovilismo y a una esclerosis paralizante, que ejercía un control asfixiante sobre las artes y la cultura y no permitía la más leve desviación de los cánones establecidos. Por consiguiente, también se puede contemplar la Revolución Rusa bajo la óptica de una utopía traicionada.

La Revolución se fue fraguando a fuego lento: la inutilidad de la aristocracia zarista, la ineptitud y corrupción de la administración, una maquinaria imperial envejecida y caduca y unas estructuras feudales, que cada vez se alejaban más de los cambios que se estaban operando en otros puntos de Europa... iban haciendo inevitable un estallido violento.

Una vez más, los escritores intuyeron el desastre y acertaron con su diagnóstico pesimista y brutal. Basta asistir a la representación de algunas obras de Chejov, leer con detenimiento a Leon Tolstoi, Iván Turgénev o Fiódor Dostoievski, que en sus páginas ponen de relieve el atraso, el conformismo, el inmovilismo o la explotación brutal de los siervos, prácticamente sin ningún derecho, para atestiguar esta situación pre revolucionaria.

La Revolución, una vez desencadenada, por extraño que pudiera parecer, improvisó mucho y tomó no pocas decisiones sobre la marcha, lo que no es incompatible con que Lenin y su círculo más próximo hubiera trazado unas líneas estratégicas de actuación que se fueron adaptando al curso de los acontecimientos y que terminaron por imponerse.

Quisiera exponer, a este respecto, una cita de Goethe que Lenin utiliza en una de sus polémicas con Lev Kámenev “*Gris es la teoría, amigo mío y verde el árbol de la vida*” que, desde mi punto de vista, es más significativa de lo que parece.

Las luces, en materia de libertades y en cuanto a creación... se fueron apagando. No tardó mucho en perpetrarse un duro golpe a las Vanguardias en el que influyó el gusto por

lo tradicional de algunos destacados bolcheviques y una visión de la cultura que no puede calificarse sino de conservadora.

¿Puede hablarse de Revolución traicionada? creo que la respuesta es afirmativa. Todo acabó pronto bajo el control de un reducido aparato. Desde centros de decisión influyentes se puso en marcha una censura omnímoda en nombre de un partido burocratizado y domesticado, que decía representar a la clase trabajadora y al pueblo ruso.

### **Sergei Eisenstein “De héroe a sospechoso”**

En una aproximación panorámica sobre la influencia artística y cultural de la Revolución Rusa, una cala obligada es la cinematografía vinculada a Sergei Eisenstein. Para mí es el mejor director de la historia del cine y un artista integral: pintor, cartelista, escritor y director teatral.

El cine es, por encima de todo, un lenguaje. Sus películas están repletas de hondura, pasión, sensibilidad y expresividad. Como algunos otros, puso su arte al servicio de la Revolución. Su film emblemático, *El Acorazado Potemkin*, que ha sido considerado, por los más prestigiosos críticos, el mejor de todos los tiempos, rezuma un espíritu épico y un profundo lirismo capaz de emocionar.

*El Acorazado Potemkin* cumple una función pedagógica y se podría considerar como un documento con finalidad didáctica. Otras de sus películas señeras son *Octubre* y *La Huelga*. Se desplazó a América y allí rodó *Viva México*, regresó a la URSS para filmar *Alexander Nevsky* de una espléndida belleza visual.

Eisenstein es un buen ejemplo de cómo la Revolución devora a sus hijos; primero los utiliza, para reprimirlos posteriormente. Su libertad creadora chocó con los estrictos y dogmáticos límites de la política stalinista en materia cultural; aún así intentó terminar *Iván el Terrible*. De la trilogía concebida inicialmente, sólo pudo concluir las dos primeras y la segunda no pudo proyectarse hasta 1958.

Hay quien califica el cine de Sergei Eisenstein como un cine político. Sin negar este enfoque es mucho más que eso. Como recordarán quienes han podido verlos y disfrutarlos, sus films en blanco y negro, auténticas joyas del cine mudo, van dirigidos a una población mayoritariamente analfabeta. La fuerza de las imágenes es tan sobrecogedora que llegan directamente al interior de quienes las contempla. Su violencia y sensibilidad, a un tiempo conmueven y son prodigiosas.

Es un innovador dotado de una sensibilidad nada común. Proyecta en sus obras una audaz estética vanguardista. Antes de chocar con el muro empobrecedor y mediocre de una visión del cine exclusivamente instrumental, supo como pocos, plasmar en imágenes, por ejemplo un levantamiento obrero y su posterior represión. Más tarde, la cinematografía oficial fue por otros derroteros, caracterizados por su simplismo y sus formas estereotipadas. Eisenstein fue un creador genial que murió amargado al ver la fuerza revolucionaria, esclerotizada en un burocratismo aburrido, torpe y repetitivo que en ningún momento lograba remontar el vuelo.

Sergei Eisenstein es un genio pero es, asimismo, de justicia mencionar a Dziga Vérov pseudónimo de Denis Abrámovich Káufman, director de cine vanguardista soviético, autor de obras experimentales, como *El hombre de la cámara*, que supuso una auténtica revolución en el género documental, así como a Vsévolod Ilariónovich Pudovkin que es quizás, junto a Serguéi Eisenstein, uno de los más prestigiosos realizadores cinematográficos soviéticos.

El impacto del cine soviético en Europa y América fue ostensible aunque a menudo se intente enmascarar su influencia. Toda acción supone una reacción. Al cine propagandístico soviético se opuso, tras la Segunda Guerra Mundial, en plena “Guerra fría”, una filmografía que estaba en sus antípodas ideológicas.

Boris Pasternak escribió su célebre novela *El doctor Zhivago* (1956) poco antes de que le fuera concedido el Premio Nobel, que se vio obligado a rechazar debido a las presiones del gobierno. Al igual que tantas otras obras no pudo ser editada en Rusia hasta poco antes de la caída del muro. Es un texto duro, intenso que pone de relieve la violencia y los crímenes que se perpetraron durante los años de la Revolución.

El director británico David Lean, que ya había dirigido *El puente sobre el río Kwai* o *Lawrence de Arabia*, la llevó al cine en el año 1965. Obtuvo un gran éxito y formó parte de ese cine destinado a ofrecer una imagen brutal de la guerra civil rusa y de los bolcheviques, pese a la sensibilidad de sus imágenes y a su magnífica banda sonora.

Es preciso dar un salto hacia delante de varios años. No sería justo dejar de citar la película *Taurus* de Aleksandr Sokúrov, que se centra en los últimos días de Lenin, valiente y de gran plasticidad. Narra en imágenes la angustia, de un Lenin casi agonizante pero lúcido ante la perspectiva de que Stalin se haga con todos los resortes del poder.

Por último citaré al periodista John Reed, autor de un testimonio de primera mano sobre la Revolución Rusa, *Diez días que conmovieron al mundo* fue llevado a la pantalla por Warren Beatty en la película *Rojos* alcanzando un notable éxito.

Con el paso del tiempo, y tras el hundimiento de la URSS, se han filmado películas centradas en los rusos blancos como Aleksandr Kolchak, protagonista del film *El Almirante*, dirigido por Andrei Kravchuck, en el 2008, que pone de relieve que determinados personajes y hechos han dejado de estar preteridos o demonizados.

### **La literatura: del fervor revolucionario a las represiones y al silencio impuesto**

En las primeras décadas del siglo XX hubo una auténtica pléyade de creadores, algunos de ellos vinculados a las Vanguardias. Simpatizaban abiertamente con las ideas revolucionarias y la libertad estética y supieron plasmar en sus obras estos años convulsos, fecundos e ilusionantes.

Querían ver el mundo bajo un prisma distinto y colorista, construir al hombre nuevo y poner en pie una nueva sociedad en la que el arte y la libertad fueran dos firmes pilares.

Duró lo que duró... de la visión colorista, optimista, revolucionaria e inquieta se pasó a la represión, al estrangulamiento de la disidencia, a considerar sospechoso políticamente a quien tenía una voz propia y a atacar, sin concesiones, a las Vanguardias instaurando una auténtica contrarrevolución en política cultural.

La literatura, como viene expresando la crítica desde el siglo XIX, tiene un nada desdeñable valor sociológico. Más allá de los personajes y sus conflictos, es un reflejo de lo que pasa y de las tensiones que se manifiestan en la sociedad, que se ven obligadas a permanecer ocultas por las prohibiciones, por las escasas o nulas oportunidades de ponerlas de manifiesto.

El fervor revolucionario da paso en literatura a un secuestro, en toda regla, de la libertad. Quienes discrepan, se apartan de las líneas rojas establecidas o caen en desgracia son aplastados inmisericordemente.

El “Telón de acero” supuso un desconocimiento de lo que ocurría al otro lado. Durante décadas, no hemos conocido más que a través del testimonio de los exiliados, las voces que intentaban expresarse o las dificultades extremas para poder abordar ciertos temas o enjuiciar ciertos aspectos. No hemos podido penetrar en este universo cerrado... hermético hasta años recientes, tras la caída del muro. Como en otras ocasiones basta un botón como muestra. Desconocíamos la existencia de Mijail Bulgákov y sus esfuerzos titánicos para hacer llegar a occidente sus obras en forma de textos mecanografiados que tuvieron que salvar, un sinfín de escollos y peligros para poder publicarse.

Se impuso por decreto algo que se dio en llamar el realismo socialista. La creatividad no puede estar sujeta a normas impuestas y es un sin sentido pontificar sobre lo que se puede o no escribir... cómo se ha de pintar... o qué tipo de música es digna de alabanza o cuál queda proscrita.

Un poco más adelante haré algunas reflexiones sobre cómo se valoraron en occidente los cambios que se operaban en la URSS. George Orwell escribió *Animal Farm* (1945) que es algo más que una parodia y que una fábula mordaz sobre la degeneración totalitaria en que había desembocado la Revolución Rusa.

En los siguientes párrafos analizaré, someramente, algunas obras de autores de relieve como Arthur Koestler (astro-húngaro) autor de *El cero y el infinito* y de *El talón de Aquiles*, Isaak Bábel, autor de *La Caballería Roja* o *La Guardia Blanca* o Mijail Bulgákov que junto a Vladimir Maiakowski son exponentes de un nutrido grupo de intelectuales, escritores y artistas que vieron como se desmoronaban sus sueños de libertad y tuvieron que recurrir al suicidio, al ostracismo o fueron encarcelados, torturados, enviados a campos de concentración o asesinados.

En *El cero y el infinito* Koestler con amargura, lucidez y casi desesperación nos habla de Rusbashov viejo militante bolchevique, en el que algunos críticos han querido ver a Bujarín y que sintetiza admirablemente lo ocurrido: purgas, detenciones, torturas y, finalmente el paredón. Por su parte Isaak Bábel narra con viveza y penetración la inhumanidad de la guerra y el terrible baño de sangre. Su historia personal es similar a muchas otras. Fue detenido, torturado, ejecutado y sus obras fueron prohibidas.

Nos hemos referido con anterioridad a Mijaíl Bulgákov que con su fina ironía, amargura, apenas contenida y capacidad crítica no exenta de sentido del humor, describe la brutalidad bolchevique y las atrocidades de la burocracia en *Corazón de Perro*, *Cartas de amor a Stalin* y sobre todo en su obra emblemática *El maestro y Margarita*.

En Rusia los escritores, intelectuales y artistas, durante un tiempo, disfrutaron de una autoridad moral por eso he de mencionar al vanguardista Maiakowski y a Máximo Gorki, que en un primer momento, se unieron con entusiasmo a la Revolución... pero más tarde, tuvieron que recurrir al suicidio o al exilio para escapar de ese infierno en que se había convertido el paraíso soñado.

Con ironía, sutileza, y una fuerte carga crítica resume o sintetiza todo esto George Orwell, escritor y periodista británico, en su célebre parodia *Granja Animal*. Orwell amó la libertad profundamente. Luchó en España como Brigadista durante la Guerra Civil contra el levantamiento militar faccioso. De su estancia en nuestro país nos queda, como testimonio, *Homenaje a Cataluña*. De ideas trotskistas y simpatías libertarias, en toda su obra muestra una defensa de la libertad y un ataque a toda forma de totalitarismo. Ahí está para probarlo su *1984* y su desprecio por todo lo que significa el “Gran hermano”.

*Animal Farm* es una parodia brillante y una fábula mordaz que describe las diferentes etapas por las que atravesó la Revolución Rusa. En una granja propiedad de Mr. John los animales, dirigidos por los cerdos, planifican y llevan a cabo una Revolución en nombre de la igualdad, para evitar que otros se apropien del fruto de su trabajo. Es admirable la forma en que ese impulso de libertad e igualdad va degenerando en una dictadura, que puede advertirse en la frase llena de sentido: “Todos los animales son iguales... pero unos animales son más iguales que otros”. ¿Quién se oculta bajo el cerdo “Napoleón” o “Bola de nieve”? Los cerdos se apoderan de los huevos de las gallinas, duermen en la cama de Mr. John y los animales que muestran alguna disconformidad son ejecutados *tras verse obligados a hacer autocrítica*. Algunos ven venir los peligros pero como el burro, aprenden a callar a tiempo, otros, como el noble caballo, tras dedicar todos sus esfuerzos a la causa acaba en el matadero. Me sigue pareciendo de una gran penetración la figura del cuervo que representa el poder eclesiástico o los perros sanguinarios, convenientemente adiestrados, utilizados como policía política.

Orwell escribe su obra por un impulso ético: ejercer valientemente su derecho a la crítica. Los agentes del stalinismo procuraron silenciarlo y evitar que se propagara pero no pudieron impedir que alcanzara un importante eco en Europa y América. Con habilidad pone de manifiesto cómo se vuelven del revés todos los principios e ideales por los que la Revolución Rusa se había puesto en marcha.

### **¡Qué fue de las Vanguardias! El salto atrás**

La tesis que venimos sosteniendo es que la Revolución Rusa que tuvo unos comienzos repletos de energía creativa, brillantes y estelares fue más tarde traicionada, es decir, se



adentró por unos derroteros que frustraron las expectativas liberadoras y participativas que la habían iniciado. La utopía, y hasta la épica, dieron paso a un burocratismo gris y la cultura experimentó un inequívoco retroceso, donde todo lo foráneo era visto con recelo o prohibido y se volvió a un tradicionalismo nacionalista que se presentaba como fiel exponente del “alma rusa”.

Quienes soñaron con crear un arte soviético, un arte proletario se encontraron con unos cánones burocratizados y serviles que impedían toda creatividad. Estamos ante otro ejemplo de Revolución traicionada donde unos comienzos brillantes terminan en una situación asfixiante. De ahí, los postulados de quienes sostienen que cuando el “bloque soviético” se desmoronó en 1991, la pregunta que había que hacerse no es tanto por qué se hundió, por qué se vino abajo sino cómo es posible que resistiera tanto tiempo...

Las Vanguardias disfrutaron de unos años magníficos, fecundos y brillantes. Quizás no es suficientemente conocida esta etapa pero bastan unos cuantos nombres para poner de relieve su importancia. Vassily Kandinsky, Marc Chagall, Ígor Stravinsky... contribuyeron a ese desconocimiento el que alguno de los artistas más representativos se vieron obligados a exiliarse y son más conocidos como representantes, cualificadísimos, de las Vanguardias europeas que como rusos.

Mientras hubo posibilidad de experimentar, de plasmar sueños, de romper con los moldes figurativos, de adentrarse en los caminos llenos de posibilidades del arte abstracto... lo hicieron. Contribuyeron con sus obras a forjar uno de los momentos más señeros y espectaculares de la llamada Cultura de entre-guerras.

Este arte moderno en muchos de estos creadores va estrechamente vinculado al compromiso político y revolucionario. Es ineludible hacer una referencia al color, por ejemplo, destacan las múltiples variaciones del rojo, rompen con las formas tradicionales y con frecuencia, llevan una amplia variedad cromática al propio título de las obras.

Incluso, es frecuente esa búsqueda de posibilidades expresivas más allá de los canales establecidos como muestra el *Cubo-futurismo*, principal escuela del vanguardismo ruso, síntesis de elementos cubistas, futuristas y primitivistas que se venían manifestando en distintas artes. Lo mismo podría decirse del Rayonismo como fusión de istmos en un intento colorista por explorar universos poco transitados. No es posible detenerse en aspectos concretos y singulares. Me atrevo a destacar, no obstante, algunos de los logros expresivos de estos artistas como Kandinsky, cuando comenta que el color expresa sentimientos.

Sólo es posible hacer una breve mención de destacados vanguardistas, que merecerían una atención más pormenorizada. Es el caso, por ejemplo, de Kazimir Malévich que evoluciona desde una pintura realista hasta el Impresionismo y se propone dar forma a un nuevo lenguaje plástico que denomina Suprematismo. Finalmente, me referiré al pintor y poeta Pável Filonóv creador del Realismo Analítico, que reacciona contra una interpretación del Cubismo, por representar elementos del mundo exterior, cuando conveniría adentrarse en el alma interior de los objetos. El burocratismo imperante prohibió una exposición de sus obras. Murió de inanición en el Sitio de Leningrado.

Finalmente, haré una breve mención al Constructivismo, movimiento que cobra auge, tras la Revolución del 17, aunque se había iniciado unos años antes. Está fuertemente vinculado a las ideas revolucionarias y a su difusión mediante carteles, fotografías... predomina en este movimiento la tridimensionalidad así como la utilización de formas geométricas arriesgadas y de colores fuertes de una gran plasticidad.

Quizás, quien mejor resume el final trágico de las Vanguardias fue Marina Tsvetáyeva pues su vida está marcada por el sufrimiento y la represión. Padeció el exilio, el internamiento en un gulag y finalmente se ahorcó, al no poder resistir tantas humillaciones que atentaban profundamente a su dignidad como ser humano.

Al momento de auge y esplendor de las Vanguardias, sucede una etapa gris y siniestra, donde las innovaciones y el espíritu que ha colocado a los creadores rusos a la cabeza de los movimientos más arriesgados y fecundos, es sustituido por el denominado Realismo Socialista que supone toda una involución y que impone, por decreto, lo que está permitido o no, a los artistas y qué modelos tienen que seguir, sin apartarse un ápice de las líneas rojas trazadas por la burocracia de un estado policial.

Las Vanguardias habían sabido fusionar la cultura europea con la cultura tradicional del campesinado ruso. El progresivo control del stalinismo, va echando cerrojo tras cerrojo e imponiendo un oficialismo que acaba por ahogar toda manifestación artística de interés.

Con anterioridad habían existido enfrentamientos entre artistas e intelectuales y el poder establecido. Bajo una dictadura controladora y absorbente, los creadores con voz propia o quienes se atreven a denunciar, aunque sea de forma encubierta, los abusos y las represiones, pasan a constituir una auténtica amenaza. Se desconfía abiertamente de toda influencia extranjera y se impone, bajo la denominación de Realismo Socialista, un control omnímodo de toda creación que se aparte de los cánones establecidos. Así, toda expresión original acaba reducida a fórmulas estereotipadas, tópicos y constantes alusiones al alma rusa, unidos a una enorme desconfianza hacia todo lo foráneo que pasa a ser considerado como envilecedor y contaminador de la pureza prístina. En este ámbito, también, asistimos a un triste final de un entusiasta y prometedor comienzo.

Una breve referencia de carácter hermenéutico. El historiador británico, Orlando Figes, recientemente nacionalizado alemán y uno de los especialistas más sagaces de la cultura rusa, como demuestra en sus obras *El baile de Natacha: Una historia cultural rusa* (Edhasa 2006) y *Los que susurran: La represión en la Rusia de Stalin* (Edhasa 2009), pone de manifiesto como los creadores y artistas son los primeros en advertir los cambios sociales que se avecinan. Figes señala que hay que leer, bajo la superficie, la hondura de los mitos de identidad y los conflictos de valores que se van poniendo de manifiesto en las distintas “Rusias”, que solamente una simplificación puede reducir a una que las engloba a todas. Por el contrario, hay que saber tirar del hilo y encontrar los conflictos de valores que enriquecen un momento histórico... y las consecuencias de eliminarlos de un plumazo o reducirlos a meros esquemas con frecuencia maniqueos.

Regresar a las tradiciones nacionalistas no es sólo una involución reaccionaria sino un peligro. No se puede vivir de cantar las excelencias del pueblo campesino, ni elevar el folclore tradicional a principal manifestación del ama rusa, reprimiendo y silenciando cualquier asomo de disidencia o desviación.

Las consecuencias son ostensibles. Un cine insoportable y maniqueo, una literatura repleta de lugares comunes que ensalza tópicos vacíos y manifestaciones artísticas desvaídas y sin fuerza que repiten una y mil veces las escenas campestres de la Rusia tradicional. Pese a este control férreo fuera de las esferas oficiales se producen obras de mérito, que a cuenta gotas llegan a Occidente donde son reconocidas y valoradas.

### **El secuestro de Karl Marx. Del marxismo ortodoxo a los marxismos heterodoxos**

Durante la segunda mitad del siglo XIX las teorías de Karl Marx fueron ganando influencia. El Viejo de Treveris tiene un pensamiento asombroso. Sus conocimientos filosóficos, económicos, históricos y científicos fueron realmente muy completos y bien estructurados.

Marx, sin embargo, no puede ser mitificado. Sus teorías tienen límites y junto a sus hallazgos cometió, también, errores y desenfoces. Citemos, por ejemplo, su convencimiento de que la Revolución tendría lugar en primer término en países desarrollados y, sin embargo, fue en el feudal y atrasado imperio zarista donde triunfó por primera vez.

Las teorías del Viejo de Treveris fueron asumidas, a finales del XIX y principios del XX en Rusia, por personajes tan diversos y dispares como Gueorgui Plejánov, Vladímir Ilich Uliánov (Lenin) o Lev Davidovich Bronstein más conocido como León Trotsky. Los bolcheviques basándose en las teorías marxianas tuvieron que adaptar, precipitadamente, los principios a la práctica revolucionaria que estaban imprimiendo. Especialmente Lenin, aunque también hay aportaciones de otros, crearon un marxismo de nuevo cuño que en no poca medida, es una interpretación personal y que difiere en aspectos de calado de los planteamientos defendidos por Karl Marx.

Cuando se cumple un siglo de la Revolución Rusa hay que leer, sobre todo, *Estado y Revolución* (1917) así como el opúsculo *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* (1920). Lenin fue el forjador de un nuevo concepto de estado y para ello tuvo que transitar de una teoría del Estado a una toma del Estado. Su marxismo-leninismo es una creación de un nuevo tipo de pensamiento y de acción política; de ahí que se viera obligado a crear la III Internacional como enseña y bandera de una nueva forma de concebir la política que se vio, en cierto modo, obligada a reinterpretar a Marx, a secuestrarlo y a sustituirlo por una línea de acción que se separaba, abiertamente, de la del autor de *El Capital*.

Dio los primeros pasos para crear una dictadura imponiendo un sistema de dirección con un funcionamiento rígido de arriba a abajo al que denominó Centralismo democrático. Limitó muchísimo las vías de canalización de la democracia interna. Es célebre e

ilustrativa su polémica con Rosa Luxemburg en este sentido y en otros. Pese al respeto que sentía por su capacidad organizativa y su ardor revolucionario.

También en el campo ideológico y en cuanto a la forma de tomar decisiones, puede hablarse de una gran decepción, de una Revolución traicionada que tira por la borda cualquier intento de funcionamiento de abajo a arriba y de todo control y participación de las bases en la toma de decisiones.

Una vez que Stalin asume el poder, la ideología se esclerotiza, el aparato del Partido se apodera de todos los resortes de control y el marxismo se burocratiza y pasa a ser un corpus cerrado, el denominado “marxismo ortodoxo o escolástico” de carácter dogmático, donde se sacralizan los textos de los fundadores y donde sólo es posible el ejercicio de una exégesis ritual.

Podría decirse que el Marx, más incomodo, es arrinconado y secuestrado. Imponiéndose los ukases como verdades incontrovertibles que no daban lugar a la más leve crítica. En este ambiente se van imponiendo “las purgas” y las acusaciones de desviacionismo o revisionismo aplicadas a cualquier intento de apartarse de la línea ortodoxa.

Me veo obligado a simplificar mucho, con los riesgos que esto conlleva. Esta situación se mantiene hasta 1956 cuando se celebra el 20º Congreso del PCUS y Nikita Krushev inicia un deshielo que dará sus frutos, aunque momentáneamente, se vuelva a una rígida ortodoxia.

Lentamente van surgiendo y encontrando canales de expresión, los denominados marxismos heterodoxos, que son capaces de poner énfasis, en problemas largo tiempo silenciados, referentes a interpretaciones sobre el joven Marx, cuyos *Manuscritos económicos-filosóficos* (1844) fueron largo tiempo silenciados cuando no guardados bajo siete llaves. Hay quien se atreve a no hacer una lectura, únicamente economicista y a poner en valor la importancia de la superestructura ideológica y los problemas culturales.

Disponemos, a este respecto, de una obra de referencia de Leszek Kolakowski “*Las principales corrientes del Marxismo*” (3 vol. Madrid. Alianza, 1976), que no se limita a describir las diferentes corrientes sino que da una visión ágil, completa y crítica, poniendo en valor la pujanza y vitalidad de los marxismos heterodoxos para interpretar nuevos problemas y para adentrarse en las nuevas realidades surgidas.

*La alienación, el concepto de explotación y sus diversas formas o la plusvalía* son pilares sobre los que construir cualquier análisis. Kolakowski describe el capitalismo como un mundo deshumanizado y pone énfasis en las contradicciones del capital, realizando un análisis brillante en las páginas destinadas a describir las fuerzas motrices del proceso histórico y la dialéctica de la naturaleza. Me limitaré a citar, someramente, aspectos que me parecen de notable interés, como al enfrentarse a la figura del italiano Antonio Lebricola, su concepto de “ortodoxia abierta”. Sabe valorar la importancia de Gramsci, su crítica al economicismo, la importancia de la superestructura ideológica y el concepto de hegemonía.

Es poco conocida la figura de Karl Korsch con sus intentos de redefinir o dar una nueva definición del marxismo, que lo convierten en un autor de referencia al que merece

la pena releer o repensar. Se enfrenta, con una notable falta de prejuicios a la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, a su dialéctica negativa y a su freudomarxismo que habían sido descalificados y hasta demonizados. Buen conocedor de las revueltas estudiantiles y de las protestas contra el Apartheid o la Guerra del Vietnam, llega, incluso, a realizar una aproximación a la “new left” o nueva izquierda, sin abdicar sus convicciones marxistas.

Hoy, cuando asistimos a un cierto reverdecer de algunas teorías marxianas, no demos ni debemos olvidar las aportaciones de Kolakowski, liberando a K. Marx de las ataduras burocráticas que lo anclaban en un inmovilismo inane; así como su enaltecimiento de los marxismos heterodoxos, su apuesta por las libertades y su visión comprometida, desalienadora y esperanzada.

Al conmemorarse el Centenario de la Revolución Rusa, he querido cerrar este apartado señalando la vigencia y la apuesta por la utopía de Leszek Kolakowski. Señala, de forma crítica y contundente, como el stalinismo y su control férreo sobre la ideología marxista la anclaron en el mar de los sargazos.

Cuando hoy podemos reivindicar, sin complejos, la aportación del marxismo a los procesos de liberación del ser humano, lo hacemos gracias a la vitalidad e impulso de los marxismos heterodoxos, descalificados y silenciados por todos los medios, pero que supieron luchar contra la explotación y la alienación, abandonando “los corsés” ideológicos y políticos que lo habían convertido en una insostenible casuística y en una repetición circular, sin espacio alguno para comprender y analizar críticamente, las nuevas realidades a las que hemos de enfrentarnos.

### **Cierre provisional e inconcluso**

Los hechos históricos pueden e incluso deben conmemorarse. Quizás, en el siglo XX, el de más calado, fuera la Revolución rusa. Desde un punto de vista histórico, los grandes hechos acaecidos cuando se apagan las luces de las celebraciones, siguen ahí con contumacia. Son susceptibles de ser reinterpretados y analizados desde una pluralidad de enfoques. El análisis sobre la historia es algo vivo, lo que en cierto modo, resulta apasionante.

Las páginas que anteceden son una aproximación parcial, incompleta y a vista de pájaro de aspectos vinculados a la Revolución soviética. Su leitmotiv es que de la misma forma que otros acontecimientos históricos de relieve, supuso una utopía traicionada, unos anhelos truncados y unas promesas incumplidas, que tras un breve periodo de libertad creativa, brillantez y fulgor dio paso a un régimen totalitario y policial empeñado en controlar hasta la vida privada.

Si la autocracia zarista había significado siglos de sometimiento para el pueblo ruso, tras un momento inicial liberador, se pasó, en pocos años, a otro presidido por el miedo y el terror. El aparato dictatorial necesitaba para perpetuarse inventar constantemente conspiraciones y enemigos externos que sirvieran de justificación a sus téticas actuaciones.

Con motivo del Centenario las librerías están repletas de publicaciones sobre la Revolución rusa y, también, de reediciones que podríamos catalogar como clásicas de y sobre la Revolución. Naturalmente, estas obras son de interés dispar y es un sabio ejercicio el ir separando el grano de la paja.

Aquellas más oportunistas y coyunturales pasarán, pero otras, quedarán como testimonio de que el mejor homenaje que puede hacerse a un acontecimiento histórico es analizarlo con profundidad, rigor y perspectiva.

No es baladí, en absoluto, formularse la siguiente pregunta ¿qué idea van a tener las generaciones jóvenes del siglo XXI de este magno y controvertido hecho histórico? Se dirá que gracias a ella o como reacción contra ella mejoraron las condiciones de vida de la clase trabajadora en Occidente... hay múltiples interpretaciones. Algunas de ellas la vinculan con los procesos de descolonización del tercer mundo.

Me ha parecido, de singular importancia, analizar la transcendencia en el ámbito cultural y artístico de manifestaciones relevantes en el campo de la cinematografía o de las Vanguardias, que posteriormente fueron silenciadas y yuguladas en los años de obscurantismo y de silencio impuesto.

Todo lo que acaecía tras el denominado telón de acero corría el riesgo de ser ignorado. Por eso y, pese a la aproximación fragmentaria y parcial, me ha parecido útil analizarlos someramente.

Naturalmente me he visto obligado a elegir y a seleccionar. Algunos ámbitos significativos han quedado sin explorar. Confío humildemente, eso sí, en que sirvan como acicate para despertar la curiosidad y para propiciar un acercamiento más completo y global que vaya más allá de esta aproximación liviana.

## Referencias bibliográficas

- Aguado, F. (2017) *La utopía de los sóviets en la Revolución rusa*. Editorial Popular.
- Carr, EH (1985) *La Revolución bolchevique (1917/23)* (3 Tomos). Alianza Editorial.
- Eisenstein, SM (1997) *El sentido del cine SIGLO XXI – Méjico*.
- Eisenstein, SM (1999) *El acorazado Potemkin, Estudio crítico* Paidós Ibérica.
- Faraldo, J.M. (2017) *Revolución rusa: historia y memoria*. Alianza Editorial.
- Figes, O (2002) *Baile de Natasha: Una historia cultural de Rusia*. Edhasa.
- Figes, O (2007) *Los susurradores: vida privada en la Rusia de Stalin*. Edhasa.
- Harris, J. (2017) *El gran miedo*. Crítica.
- Ilich, V (Lenin), (2006) *El estado y la Revolución*. Alianza Editorial.
- Ilich, V (Lenin), *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. Editorial Rubiños.
- Kolakowski, L. (1976) *Las principales corrientes del marxismo* (3 vol.). Madrid Alianza.

Luxemburg, R (1975) *La Revolución Rusa*. Editorial Anagrama.

Milosevich, M. (2017) *Breve historia de la Revolución rusa*. Galaxia Gutemberg.

Munis, G. (1999) *Revolución y contrarrevolución en Rusia*, Edic. Muñoz Moya.

**MARÍA RODRÍGUEZ GARCÍA.**  
 PROFESORA DE FILOSOFÍA.  
 DEPARTAMENTO DE  
 GEOGRAFÍA, HISTORIA Y  
 FILOSOFÍA. FACULTAD DE  
 HUMANIDADES.  
 (UNIVERSIDAD PABLO DE  
 OLAVIDE, SEVILLA).

## Hegel, Ortega y la Revolución rusa: ¿Es posible una historia universal?

La Revolución rusa fue un momento esencial en el desarrollo de la historia contemporánea. El derrocamiento del gobierno del zar abrió nuevas posibilidades para la consecución de un nuevo orden social, político, cultural y económico. La historia ya había cambiado, pero ¿Qué sucede con la idea que de la historia tenemos? El presente trabajo pretende ahondar en la visión de la historia como disciplina y escenario de cambio. Para ello, el movimiento revolucionario ruso se presta como escenario idóneo de análisis, pues es a partir de periodos convulsos como reescribimos la historia. Como nexo de todo este proceso nos acercamos a las perspectivas que sobre la materia nos expusieron Hegel y Ortega. Para ambos autores, el estudio de lo histórico es primordial y consideran los periodos revolucionarios como acicate para el desarrollo de las civilizaciones. Desde este dualismo pretendemos arrojar luz sobre un episodio clave en la historia del siglo XX y, por qué no decirlo, en nuestra actualidad.

**Palabras clave:** Revolución Rusa, Hegel, Ortega y Gasset, Filosofía, Historia.

The Russian Revolution was an essential moment in the development of contemporary history. The overthrow of the Tsar's government opened new possibilities for the attainment of a new social, political, cultural and economic order. The story had already changed, but what of the idea we have of history? The present work aims to delve into the vision of history as a discipline and scenario of change. For this, the Russian revolutionary movement lends itself as the ideal scenario for analysis, because it is from convulsive periods as we rewrite history. As a link between all this process, we approach the perspectives that Hegel and Ortega presented on the



**subject. For both authors, the study of the historical is primordial and considers the revolutionary periods as an incentive for the development of civilizations. From this dualism we seek to shed light on a key episode in the history of the twentieth century and, why not say it, in our present day.**

**Keywords:** Russian Revolution, Hegel, Ortega y Gasset, Philosophy, History.

## Introducción

**M**arzo de 1917 fue un momento clave en la historia de Rusia y de nuestra contemporaneidad. Por aquellos días, el gobierno del zar fue derrocado tras una revolución en la capital que, también, fue seguida por el resto de provincias. La dinastía de los Romanov desapareció e inmediatamente después se nombró un gobierno provisional que tenía representantes liberales y conservadores. Dichos representantes, que no habían sido los protagonistas ni autores de la Revolución, se ocuparon de poner cierto orden tras la abdicación del zar. Lo que sucedió después nos lo ha contado sobremanera la historia: el poder de los “soviets” en Petrogrado, Moscú y otras ciudades que actuaron como segundo gobierno y que propiciaron la consumación de derechos y libertades. En este momento también regresan del exilio y salen de las cárceles los dirigentes revolucionarios que habían estado, durante estos años, en la sombra. El papel que en este contexto jugaron Lenin y Trotsky lo conocemos harta manera, así como el desarrollo de la revolución. No obstante, sirvan estas líneas previas para ponernos bajo un marco complejo a la par que determinante para el desarrollo de la historia contemporánea. En este sentido, el presente trabajo, tiene por objeto rastrear la idea que de la historia se desprende de la Revolución Rusa.

Dicha tarea hermenéutica la vamos a desarrollar desde una perspectiva dual. Por un lado, nos introduciremos en la visión que de la historia nos presentó Hegel. La filosofía de la historia hegeliana posee una dimensión universal que pretende acotar todo acontecimiento posible. Influida por el ideario de la Revolución francesa, Hegel nos ofrece una historia racional que se deriva del espíritu pensante que la interpreta.

La filosofía de la historia de Hegel trata de explicar la historia entera, entendiéndose ésta como un saber absoluto que todo abarca. La historia no puede explicarse como una disciplina que acumula datos sin más, sino que debe ser producto de una interpretación racional. La historia universal de la que nos habla el autor alemán contempla una racionalidad procedente del espíritu pensante que la interpreta. Dicho espíritu es lo que conocemos como “despliegue de la razón”, que se dirige hacia un estadio completo de la humanidad. El espíritu se comporta entonces de manera “vital” y se renueva mediante las

leyes y el Estado. Esta visión genérica de la filosofía de la historia hegeliana nos lleva a comprender la misma como una manera de explicar el caos de los acontecimientos, lo cual en cierta manera casa con la visión de la historia de Ortega.

En el caso de Ortega, cuyos cimientos filosóficos se fraguan en los años previos a la revolución rusa, la cuestión de la historia se torna uno de los epicentros de su pensamiento. El filósofo alude a una historiología frente a una filosofía de la historia de corte estrictamente racional. La historia ha de hacerse, por lo que su dimensión aperturista le confiere una perspectiva de libertad y creatividad.

Para el filósofo español también era preciso entender el caos de los acontecimientos, si bien la forma de tratar esta pretensión era algo diferente a lo que Hegel nos tenía acostumbrados. Ortega dedicó gran parte de su obra al tratamiento de la historia, una disciplina que debe ocuparse de entender el discurrir de los tiempos. El filósofo madrileño nos habló de la razón histórica, que grosso modo puede explicarse como el compañero inseparable de la razón vital. Esto es, la historia es vital, es humana, y no puede comprenderse desde una racionalidad absoluta sino desde una razón que tiene en cuenta los avatares de la vida.

Pese a que podamos pensar que el pensamiento orteguiano está en las antípodas del hegeliano, lo cierto es que el filósofo español se encuentra ampliamente influenciado por su colega alemán en lo que al pensamiento sobre la historia se refiere. En su obra, Ortega dedicó algunos escritos a la filosofía de Hegel, deteniéndose especialmente en aquellos que versaban sobre la historia y su problemática.

La presente comunicación tiene por objeto rastrear las huellas de la filosofía de la historia hegeliana en el pensamiento de Ortega. El filósofo español se ocupó de pensar la historia como uno de los estandartes de la sociedad de su tiempo y, añadimos nosotros, de la actualidad. Los orígenes de este planteamiento, que nos lleva hasta Hegel, se tornan esenciales para comprender la pervivencia del ideario hegeliano así como su adaptación en el pensamiento español y su importancia en la elaboración del ideario actual en torno a la historia. Es por ello por lo que de la conjunción Hegel-Ortega puede surgir una completa visión del sentido de lo histórico en nuestro contexto más inmediato.

En este contexto, el estudio de la Revolución Rusa como período determinante de la historia contemporánea nos ofrece una interpretación dual de la realidad de nuestros días. De la idea que tengamos de la historia como concepto y disciplina podemos deducir el sentido y significado de sus períodos revolucionarios. En el caso de la Revolución Rusa, la perspectiva de Hegel nos ayudará a situarnos en una interpretación previa, mientras que Ortega nos acerca a su actualidad y posible pervivencia ideológica.

### **En torno a una visión racional de la historia**

En su ensayo sobre la Revolución Rusa<sup>1</sup>, Christopher Hill se ocupa de rastrear, en profundidad, el papel que Lenin jugó en el desarrollo de los acontecimientos y la dimensión

histórica y social de la revolución. Su ensayo parte de una pregunta que se torna esencial en nuestro trabajo: “¿por qué tardó tanto en producirse la Revolución en relación con el resto de países europeos?”<sup>2</sup> Según afirma Hill, la Revolución Rusa puso fin a la Edad Media del pueblo ruso, al igual que en su día hicieron los ingleses (1640) y los franceses (1789). Si en Rusia este proceso fue tardío se debió a la ausencia de una clase media independiente. Dicha tesis, sostenida por Hill, justifica la carencia de raíces sociales que, en su momento, tuvo el liberalismo en Rusia. Tras la Guerra de Crimea (1853-1856) y las derrotas acaecidas, se comprendió que no era posible ganar una guerra sin una industria moderna y acorde a las necesidades de la época. Este hecho junto a la abolición de la servidumbre (1861) así como el acercamiento a ciertas técnicas occidentales, fueron caldo de cultivo del desarrollo posterior.

En las últimas décadas del siglo XIX se produjo un importante desarrollo industrial que, de forma pareja, estuvo acompañado de cambios sociales; tales como el nacimiento del movimiento obrero, consecuencia natural de la industrialización. Todo este devenir histórico, expuesto a grandes rasgos, nos convierte en espectadores de un importante proceso de dinamización social, cultural, político e histórico. Es entonces cuando nos preguntamos por el papel que la razón como tal juega en la historia. ¿A qué tipo de racionalidad responden los orígenes de la Revolución Rusa? ¿Qué visión de la historia, en un sentido previo, podemos establecer de su estudio? ¿Hasta qué punto esa hermenéutica de lo histórico incide en el surgimiento tardío de la Revolución?

Hasta ahora hemos visto a grandes rasgos cuestiones relativas a la Revolución Rusa desde una perspectiva impersonal. Una dimensión humana aporta, en cambio, una visión integrada del contexto histórico y la experiencia personal ante el mismo. La revolución precisaba de mecanismos de orden, al menos dentro de sus posibilidades. Es así como lo manifestó Lenin con la “ley fundamental de la revolución”. Según recoge Hill en su estudio, la propuesta de Lenin afirmaba que:

No basta para la revolución que las manos explotadas y oprimidas comprendan la imposibilidad de vivir a la manera de siempre y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores sean incapaces de vivir también al modo tradicional... De donde se deduce que para la revolución es esencial, primero, que una mayoría de trabajadores (o, al menos, una mayoría de los que tienen conciencia de clase, de los obreros activos mental y políticamente) hayan comprendido plenamente que la revolución es necesaria y estén dispuestos a sacrificar sus vidas por ella; segundo, que las clases dirigentes estén en un estado de crisis gubernamental tal, que ello empuje incluso a las masas más atrasadas a la política (un síntoma de toda auténtica revolución es el rápido incremento, multiplicando por diez y hasta por cien, del número de representantes salidos de las masas oprimidas y derrengadas por el trabajo –apáticas hasta ese momento– y capaces de lanzarse con rigor a la lucha política) una crisis que debilita al gobierno y permite a los revolucionarios derribarlo rápidamente. (Hill, 2017, pág. 38)

La perspectiva personal de la que dotamos a la Revolución rusa es crucial para entender su sentido y alcance. Y es que, la historia no es un proceso cuyo desarrollo se

efectúa al margen de la acción del individuo. No así lo creía Hegel, al menos desde la concepción que tenía del individuo y su papel en el curso de los acontecimientos.

La filosofía de la historia de Hegel responde a un contexto complejo en el que la razón moderna quedaba erigida como juez garante de toda verdad posible. A este respecto, podemos traer a colación, para situarnos en el contexto problemático en el que nos encontramos, las reflexiones de Odo Marquard<sup>3</sup>, uno de los teóricos que con más acierto se ha referido al carácter problemático de la modernidad que se mantiene hasta la actualidad. Pese a que podamos considerar el fin de la modernidad y la inauguración de nuevos aires filosóficos, Marquard nos remite a la razón moderna como filtro por el que ha de pasar todo ápice de realidad. Es lo que el autor denomina “hipertribunalización de lo real”. Dicho mecanismo se remonta a los albores de la filosofía moderna, momento en el que autores como Descartes o Leibniz ensalzaron la razón como garante último de explicación, incluso, en lo que a la justificación de Dios se refiere. La modernidad hereda el problema de la vieja teodicea, la misma que con Leibniz redimió de toda culpa al creador y nos indujo a pensar que nos encontramos en el mejor de los mundos posibles. En este punto podemos traer a colación la historia de Cándido<sup>4</sup>, de Voltaire. Dicha obra es una metáfora literaria-filosófica sobre el optimismo racionalista y su plasmación en “el mejor de los mundos posibles”, donde todo ocurre según el principio de razón suficiente así como siguiendo la lógica de la relación de causalidad<sup>5</sup>. Y todo ello aderezado por la asunción del método como fundamento del pensamiento moderno<sup>6</sup>. Pero dicha obsesión por la metodología pierde su dirección con la llegada de la postmodernidad.

El método es la mediación que contribuye a favorecer la hegemonía de la razón. Nos encontramos ante un proceso restaurador: si bien en épocas pretéritas era Dios el fundamento último, ahora dicho privilegio lo ostenta la razón. El problema de esta restauración es continuar negando modelos alternativos de comprensión, que no casa con la fragmentación inherente al desarrollo de la razón moderna. En el momento en el que la razón comienza a mostrar el deslinde de sí, se suceden las disciplinas del conocimiento que, lejos de respetar cada una de ellas sus límites, tienden a buscar la unidad originaria. Es así como cobran protagonismo los grandes metarrelatos que se presentan como contra respuestas a los intentos resacralizadores, tal y como sucede, por ejemplo, con el decadentismo. Éste es un claro ejemplo de la realización de la metafísica o, lo que es lo mismo, de su consumación.

Cuando Hegel nos remite a su filosofía de la historia, lo hace considerando a ésta desde una condición pensante. Como bien explica en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, la filosofía posee unos pensamientos propios que dirige a ofrecer una visión de la historia. Desde esta perspectiva podemos figurarnos a la disciplina filosófica como una suerte de halcón que divisa todo el transcurso de la historia y le confiere una explicación acorde con los acontecimientos. Pese a los reproches que se le puedan hacer a la filosofía (a saber, que condiciona con su reflexión el discurrir de los hechos), Hegel rompe una lanza a su favor y afirma que el pensamiento de la razón es lo que rige

el mundo, de lo que se deduce que la historia universal ha transcurrido racionalmente. Al mismo tiempo, la razón no es un atrezzo de la filosofía, sino que es su propia sustancia. La conjunción entre filosofía e historia no es algo casual como podría parecer, sino que es estrictamente necesario en tanto que la propia razón no solo explica sino que se revela en la historia universal.

Todo este juego de palabras y relaciones entre la razón, la historia universal y la filosofía podemos resumirlo con la siguiente cita de Hegel:

La consideración de la historia universal ha dado y dará por resultado el saber que ha transcurrido racionalmente, que ha sido el curso racional y necesario del espíritu universal, el cual es la sustancia de la historia. (Hegel, 2001, pág. 44)

El espíritu universal hegeliano es el individuo de la historia. Pese a que pueda parecer contradictoria la relación entre el concepto “universal” e “individuo”, lo cierto es que no es así, puesto que la propuesta de Hegel pasa por presuponer que los puntos de vista no se obtienen por abstracción de otros puntos de vista generales, es decir, que se toma como principio espiritual la totalidad de los puntos de vista. Esto supone que la razón es capaz de resaltar lo importante en la historia, teniendo en cuenta que ésta es universal y que el espíritu permanece en ella eternamente. Esta reflexión nos lleva a preguntarnos si acaso no hay lugar para el cambio o la evolución de los individuos dentro de la historia. Para hacer frente a esta cuestión, Hegel nos habla de la “variación”.

Este concepto alude a la posibilidad de cambios en el individuo, los pueblos y los Estados. De este modo introducimos un cierto dinamismo en el propio acontecer histórico, lo cual nos lleva a entender, además, que el espíritu se manifiesta en múltiples aspectos en la historia y se va renovando constantemente. Dicho dinamismo es el propio de la filosofía del espíritu hegeliana que se explica mediante el ya conocido esquema dialéctico: la confluencia entre la tesis, antítesis y síntesis o, lo que es lo mismo, entre el espíritu subjetivo, el objetivo y su posterior reencuentro en el espíritu absoluto.

A grandes rasgos, la visión de la historia de Hegel pasa por una racionalización de la misma con la búsqueda de un fin universal como uno de sus principales objetivos. Todo ello, teniendo en cuenta que la historia no debe apartarse de su cometido esencial: recoger con rigor y pulcritud lo que ha sido, los acontecimientos y los actos.

El dinamismo del sistema hegeliano nos lleva a afirmar que, pese a estar ante un constructo férreo que admite poco cambio convulso, lo cierto es que el acontecer y su irrupción se imponen sobremanera, incluso cuestionando la búsqueda de un fin universal. Desde la perspectiva hegeliana, las revoluciones son momentos propios del proceso dialéctico que permiten el cambio de estadio y la propia evolución de la historia.

Así pues, con Hegel contemplamos la historia desde una perspectiva de halcón que conlleva un cierto problematismo. ¿Cuál es el lugar del azar? ¿Es posible conocer de antemano las revoluciones y sus consecuencias? ¿Qué esquema de comprensión podemos construir de la Revolución rusa desde esta perspectiva? La Revolución rusa sería entonces una respuesta necesaria y previamente contemplada en el curso de la historia del pue-

blo ruso. Las circunstancias que la originaron y determinaron estarían preconcebidas con una férrea determinación. Esta visión de la historia tendría un punto perverso en tanto en cuanto sus consecuencias más censurables serían permitidas. Es por ello por lo que la visión racional de la historia aporta un buen caldo de cultivo para el estudio de su totalidad pero, al mismo tiempo, reduce sus posibilidades de acción. La perspectiva hegeliana contrasta, como veremos a continuación, con la propuesta de José Ortega y Gasset.

El filósofo madrileño apuesta por una visión de la historia como proceso de construcción, algo en lo que el papel del individuo se torna fundamental. Es por ello por lo que prefiere hablar de la historia como historiología, esto es, como estudio de su curso, desarrollo y evolución. La perspectiva orteguiana acoge los procesos revolucionarios como parte intrínseca de la historia. El individuo, en aras de remodelar el curso de los acontecimientos, propicia momentos de cambio que reconducen el sino de los tiempos. En la perspectiva orteguiana, el azar sí es posible y se manifiesta en la actitud que tiene el hombre con sus circunstancias.

Visto desde este prisma, la Revolución rusa sería un episodio necesario de la historia, cuyo desarrollo iba más allá de la economía política y pasaba a ser entendida como una necesaria manifestación del sino y cambio de los tiempos.

### **Frente a la Filosofía de la Historia la Historiología**

El estudio de la historia es uno de los baluartes del pensamiento de Ortega y Gasset. El filósofo español ha dedicado numerosos estudios sobre el tema, siendo quizá *Historia como sistema* el que más resuene para la mayoría. Pero no es el único, como decimos, ni el que concentre toda su visión de la historia. Dicho pensamiento pasa por la revisión de la historia en su sentido moderno a través de las propuestas de Hegel. Así, a este respecto contamos con una serie de artículos con los que el filósofo español nos muestra su visión de la historia en relación con la filosofía de la historia hegeliana. Los artículos a los que nos referimos son los siguientes: “La Filosofía de la historia” de Hegel y la “historiología”, que fue publicado en la *Revista de Occidente* en 1928 y que fue creado, inicialmente, como prólogo de la traducción que José Gaos realizó de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel. Otro de los artículos que Ortega dedicó al pensador alemán fue “Hegel y América”, también de 1928 aunque publicado dos años más tarde en *El Espectador VII*. El tercer y último artículo se titula “En el centenario de Hegel”, publicado a comienzos de 1932 en *La Nación* de Buenos Aires y que luego pasó a formar parte de *Ideas y creencias* de 1940. Este último artículo es una revisión de una conferencia que el filósofo español impartió en el Instituto Internacional de Señoritas el 14 de diciembre de 1931 con el título de “Hegel y la filosofía de la historia”, y que fue reproducida, al día siguiente, en *El Sol*. Estos son los artículos en los que Ortega recoge la visión hegeliana de la historia, no obstante, no podemos olvidarnos de unas notas de trabajo sobre Hegel editadas por Domingo Hernández Sánchez<sup>7</sup> y que son una muestra palpable de

la lectura orteguiana del idealismo hegeliano que repasa, con detenimiento, la filosofía de la historia del autor alemán.

La propuesta de Ortega pasa, a grandes rasgos, por la comprensión de la historia desde su ser en construcción. Esta característica le confiere una dimensión vital que, desde la perspectiva orteguiana, no se encuentra tan explícita en la exposición hegeliana. Según Ortega, si aplicamos la filosofía de la historia de Hegel a nuestra vida, podemos comprobar que cada pueblo posee una interpretación y justificación de la vida, por lo que cada pueblo “es” la idea que tiene del espíritu. Esta caracterización implica una semejanza al tiempo que una diferencia entre el planteamiento de la historia de ambos autores. Ortega y Hegel nos remiten a una historia que es dinámica, en la que los pueblos se van realizando y desarrollando dentro de su propio marco contextual. Sin embargo, la visión de Ortega no pasa por una consideración de la historia desde su aspecto universal sino desde su dimensión intrahistórica. Así dice, en *Abenjdún nos revela el secreto*, de 1928:

No hay historia, hablando en serio, si no hay una doctrina genérica de la sociedad humana, una sociología. Ya como este último nombre se ha angostado con un uso suficiente, diremos que no hay historia sin metahistoria. Necesitamos conocer la estructura esencial de la realidad histórica para poder hacer historias con ella. Y mientras falte ese conocimiento y el tipo de hombre capaz de poseerlo y ejercitarlo, será vano hablar de “ciencia histórica”, por mucho embutido filológico que se fabrique y muchos gestos de archivero mandarían que se hagan. (Ortega y Gasset, J., 2005, pág. 765)

Ortega nos habla de la historiología como disciplina que potencia la estructura de lo subjetivo transindividual. Una de las diferencias con la filosofía de la historia de Hegel es que, con Ortega nos referimos al logos de lo histórico de la realidad, no del pensamiento que aplicamos a lo histórico. Digamos que, con el filósofo español se torna esencial retroceder a la realidad vivida en lugar de centrarnos en lo objetivado que, para Ortega, es siempre incompleto por definición (tomemos como ejemplo el arte, el Estado o la religión). Lo importante no es tanto la historia universal (que según Ortega trascendería la historia y la haría metafísica) sino el proceso intrahistórico, comprobar cómo la realidad histórica está en continua construcción y cómo para ello tiene en cuenta la presencia del pasado. La historia tiene que hacerse.

En sus notas de trabajo, Ortega se muestra crítico con la filosofía de la historia de Hegel y señala sus defectos. Ortega señala su carácter hermético, algo que desde la perspectiva del curso de la Revolución rusa sería, precisamente, un inconveniente. Si hablamos de un constructo cerrado y con escasas opciones de contemplar cambios, un movimiento revolucionario tiene una cabida justa en él. La Revolución rusa pone en suspenso el esquema hegeliano y, desde una hermenéutica de sus principios, encaja mejor en el marco teórico orteguiano. Todos ellos giran en torno a una misma idea, a saber: se trata de un sistema cerrado para el que no hay lugar para el futuro y en el que el individuo es un elemento externo, que visualiza e interpreta lo histórico. Para Ortega es al revés. El individuo es esencial en el desarrollo de la historia, pues es él quien la construye. La his-

toria está formada de verdades parciales, y las teorías de la historia son verdades abstractas parciales, no universales. Según el filósofo madrileño, Hegel parece saber de antemano qué es lo que va a suceder en la historia y sus teorías pretenden comprobar si la evolución humana se ha ajustado a esa verdad absoluta.

En el fondo, la perspectiva sobre la historia que desarrolla Ortega depende de su teoría del perspectivismo que, revisada en numerosos escritos, tuvo sus primeros esbozos en la juventud y asomaba en *Meditaciones del Quijote*<sup>8</sup>, de 1914 con su discurrir sobre la circunstancia. El hombre individual, el mismo al que Ortega otorgó protagonismo, queda inserto en Hegel en el espíritu de su pueblo, que es la interpretación que el espíritu universal se da de sí. En el caso de Ortega, la categoría “pueblo” es interpretación de la vida y esta definición se entiende como algo dinámico, que cambia y evoluciona, que se construye.

La historiología expresa una visión de la historia como descubrimiento de realidades (alêtheia) que implica que ante todo es construcción, no solo descripción de datos. Y es que, la vida o realidad histórica es para Ortega una tríada en la que entran en consonancia el “yo”, el “otro” y la “vida social”. Este último concepto nos remite a la sociedad como realidad sobreindividual, se trata de las ideas, normas, emociones anónimas que se entienden como secciones de un todo vital amplísimo. En esas secciones nos encontramos al “yo” y al “otro”, que deben convivir entre sí y desenvolverse en una vida que ahora es interindividual. Antes que sujetos psíquicos somos sujetos sociológicos, por lo que tenemos que habérmolas entre nosotros y con nuestro entorno, conviviendo en constante dinamismo tres generaciones: pasado, presente y futuro.

## Consideraciones finales

La Revolución Rusa fue un acontecimiento determinante en nuestra historia más reciente. Supuso el fin de la Edad Media para el pueblo ruso y su acercamiento a la industrialización así como, en cierto sentido, el modo de vida europeo. En el presente trabajo hemos adoptado una perspectiva hermenéutica de dicho período revolucionario en base a una interpretación filosófica de la historia, pues según la idea que de ella tengamos así entenderemos sus momentos complejos y convulsos. La visión acerca de la historia de Hegel, por un lado, y la de Ortega, del otro, han sido el acicate de la reflexión que acerca de la Revolución Rusa hemos desarrollado en el trabajo que nos ocupa.

La filosofía de la historia de Hegel nos presenta un tratamiento del curso de los tiempos en el marco de un férreo sistema cuya evolución, interna, depende de un marcado esquema dialéctico. Dicho constructo se erige en aras de garantizar el propio desarrollo del Espíritu en el curso de la historia. Desde este esquema teórico, los períodos revolucionarios se comprenden como movimientos necesarios para la evolución de los tiempos. Pese a que nos encontramos en un sistema hermético, Hegel contempla el dinamismo de la historia desde la constitución interna propia del sistema dialéctico.



La ya conocida tríada “tesis-antítesis-síntesis” pone de manifiesto la comprensión de la historia como proceso evolutivo, no significando por ello que el individuo tenga un papel determinante en el mismo, pues, si recordamos, el espíritu hegeliano es el individuo en la historia. Una abstracción que elude la personificación a la que sí nos remitirá Ortega.

El filósofo español considera la historia como uno de los epicentros para la comprensión del individuo y sus relaciones con la sociedad. Protagonista de muchos de sus escritos, el sentido de la historia es comprendido por Ortega desde la historiología. Para Ortega, Ranke es el historiador por antonomasia. Para éste, la misión de la historia es “tan sólo decir cómo, efectivamente, han pasado las cosas”. Según Ortega, esta frase supone una declaración de guerra contra Hegel y su filosofía de la historia. El filósofo español está de acuerdo en que la historia no es filosofía pero, ¿qué es realmente la historia?

Solemos asociar la disciplina histórica con la acumulación de datos, pues su base científica nos lleva a pensar de este modo. No obstante, dicha labor de recopilación se basa en acontecimientos vividos, en experiencias, no en hipótesis de laboratorio. La Revolución rusa no fue un período gestado cual motor divino que crea realidades. Fueron momentos originados por unas causas vividas, reales y acaecidas en un contexto complejo cuya explicación comprende múltiples perspectivas. En este sentido, hablamos de la historia desde el prisma orteguiano, esto es, como historiología. Dicha afirmación supone que la historia, al igual que le sucede a cualquier otra ciencia empírica, tiene que ser ante todo una construcción, no solamente la mera descripción de datos.

El tratamiento de la historia es esencial para el conocimiento de una sociedad. Cómo se comprenda es determinante para la educación de las nuevas generaciones, pues de lo contrario nos encontramos con una vida en construcción (siguiendo por semejanza la terminología orteguiana) cuyos cimientos son inciertos. Pese a que encontremos divergencias entre los planteamientos de Hegel y Ortega, el filósofo español destacó como acierto del pensador alemán la consideración del ser como histórico, pues su substancia es sentido, logos, razón que se dirige hacia una comprensión de la vida. Al mismo tiempo este ser histórico es consciente que cada época o pueblo aporta una nueva idea de qué sea la vida. La actualidad de nuestro tiempo nos exige tener una conciencia histórica firme para poder construir, no solo reconstruir ni destruir. Como afirmara Ortega en *Historia como sistema*, la vida humana es nuestra realidad radical. A ella se refieren todas las demás realidades. Nos encontramos de pronto en ella, en nuestra vida, y tenemos que hacerla. Para ello hemos de tomar decisiones, las mismas que provienen de nuestras convicciones, nuestras creencias. Éstas pueden ser contradictorias, pues el hombre en sí mismo lo es, pero es precisamente en base a esas diferencias y contradicciones como, en parte, ha avanzado la historia. De hecho, él mismo, que anteriormente reconoce las virtudes del pensamiento hegeliano, ahora muestra una propuesta inversa a la del filósofo alemán:

Hegel inyecta en la historia el formalismo de su lógica (...) Mi propósito es estrictamente inverso. Se trata de encontrar en la historia misma su original y autóctona razón.

Por eso ha de entenderse en todo su vigor la expresión “razón histórica”. No una razón extrahistórica que parece cumplirse en la historia, sino literalmente, lo que al hombre le ha pasado, constituyendo la sustantiva razón, la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías. (Ortega y Gasset, J., 2006)

Quizá para Ortega era demasiado ambicioso hablar de una historia universal, pero sí es importante que destaquemos su aportación en lo que al papel del individuo en la construcción de los pueblos y Estados se refiere, pues no es un sujeto del espíritu sino que tiene voz propia y relata lo que le ha pasado, revelando unos acontecimientos que construyen una vida y que forman parte de una época y de una sociedad. En este contexto, la interpretación orteguiana de la historia nos la muestra como algo por hacer, una comprensión que acoge la importancia del individuo en el desarrollo de los hechos y las ideas. Desde esta perspectiva, la Revolución rusa sería un acontecimiento desarrollado por los individuos de una sociedad. El ser humano vive con, por y para otros, y la cuestión de la alteridad es esencial para comprender la evolución de los pueblos. Desde una perspectiva orteguiana, la vida o realidad radical contempla un carácter histórico determinante. Se trata de una tríada en la que el “yo” ha de convivir con el “otro”. Estamos ante la trascendencia de la vida individual que conforma la vida social, anónima, entendiéndose la sociedad como una realidad sobreindividual. Antes que sujetos psíquicos somos, según Ortega, sujetos sociológicos. Y es por ello por lo que los períodos revolucionarios (en este caso, lo referido a la Revolución rusa) se tornan acicate de una realidad compleja que necesita avanzar. Cómo hacerlo depende de los hombres que, como sociedad, conviven y construyen su propio tiempo histórico, tal y como se hizo con el nuevo orden surgido tras la Revolución rusa. La razón histórica de la que nos habla Ortega (y que se erige como base en todo el proceso historiológico) es, por tanto, una razón que está viva y cuya llama debemos avivar para fortalecer unos cimientos sociales basados en el concepto, en los períodos revolucionarios y en el rigor de los acontecimientos. Lo contrario es hartamente conocido y llamativo en nuestro tiempo.

### Referencias bibliográficas

- Hegel, G.W.F (2001): *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza.
- Hill, C. (2017) *La Revolución rusa*. Barcelona: Ariel.
- Marquard, O. (2000): “*Descargos, motivos teodiceicos en la filosofía moderna*” En *Apolo-gía de lo contingente*, Valencia: Diputación de Valencia. Institució Alfons el Magnanim.
- Ortega y Gasset, J (2005): *Abenjaldún nos revela el secreto*. En *Obras Completas, Vol. IV*. Madrid, Taurus.

Ortega y Gasset, J (2004) “*Descartes y el método trascendental*”, En *Obras Completas, Vol. I*. Madrid, Taurus.

Ortega y Gasset, J. (2007): *Hegel. Notas de trabajo*. Ed. de Domingo Hernández Sánchez. Madrid, Fundación Ortega y Gasset-Abada editores.

Ortega y Gasset, J (2006): *Historia como sistema y Del Imperio Romano*. En *Obras Completas, Vol. VI*. Madrid, Taurus.

Ortega y Gasset, J (2004): *Meditaciones del Quijote*. En *Obras Completas, Vol. I*. Madrid, Taurus.

Voltaire (2014): *Cándido o el optimismo*. Barcelona: Blackie Books.

## Notas

<sup>1</sup> Hill, C. (2017).

<sup>2</sup> *Ibid.* pág. 21.

<sup>3</sup> Para desarrollar estas ideas nos hemos basado en el ensayo de Marquard, O. (2000).

<sup>4</sup> Voltaire (2014).

<sup>5</sup> “Está demostrado –decía– que las cosas no pueden ser de otro modo: pues si todo ha sido hecho para un fin, necesariamente todo es para el mejor fin. Obsérvese bien que las narices se hicieron para llevar anteojos. Evidentemente, las piernas están destinadas a llevar calzas, y llevamos calzas. Las piedras se crearon para ser talladas y para hacer con ellas castillos; y así es como monseñor tiene un hermosísimo castillo: el primer barón de la provincia debe ser el que habita en la mejor mansión, y como los cerdos se hicieron para ser comidos, comemos carne de tocino todo el año. Por consiguiente, los que han dicho que todo va bien, han dicho una necedad: hubieran debido decir que todo va del mejor modo posible”. *Ibid.* Pág. 7.

<sup>6</sup> Respecto a la obsesión moderna por el método se pronunció Ortega en su artículo “*Descartes y el método trascendental*”. “¡El método! He aquí, señores, la palabra revolucionaria. La prima philosophia no es la Metafísica, sino la méthode. ¿Y qué es esto del método? Las palabras citadas lo dicen claramente: el método es el contenido de la investigación acerca del ser del conocimiento; es, pues, con éste y una misma cosa”. Pág. 393.

<sup>7</sup> Ortega y Gasset, J. (2007).

<sup>8</sup> Ortega y Gasset, J (2004).

A U L A

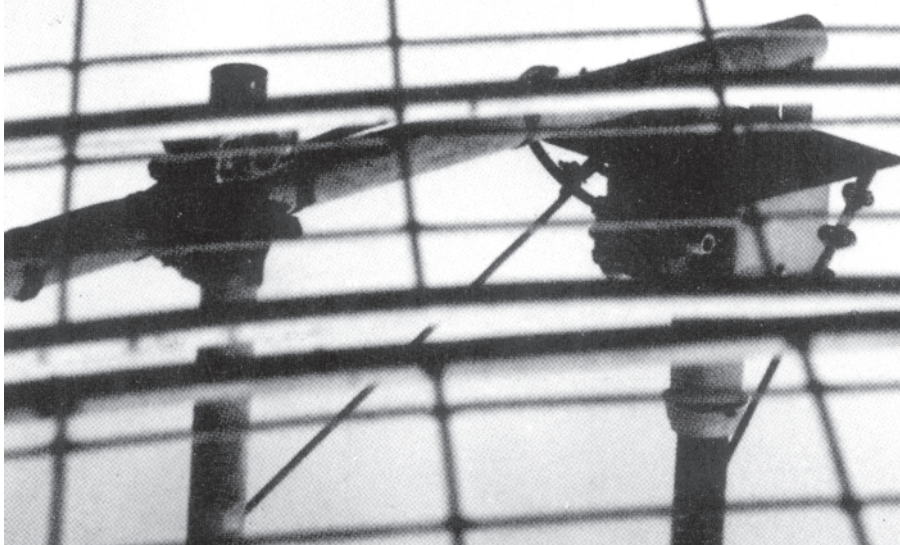
A B

I

E

R

T A S



MARÍA AGUADO MOLINA.  
PROFESORA DE DIDÁCTICAS  
ESPECÍFICAS GEOGRAFÍA E  
HISTORIA. FACULTAD  
PROFESORADO UAM

# Utopías para aprender y comprometer. Una actividad didáctica con alumnos de ESO sobre la Utopía de T. Moro

Este Trabajo pretende exponer cómo utilizar la obra de T. Moro, *Utopía*, para la educación de nuestros adolescentes. Presenta una actividad didáctica concreta, desarrollada con alumnos de 4º de ESO, sobre la obra planteando, además de su desarrollo, cuestiones relativas a la idoneidad de trabajar la noción de Utopía con adolescentes así como la propuesta metodológica de pedirles diseñar su propia sociedad ideal a partir del conocimiento de la primera Utopía escrita en el Renacimiento.

**Palabras clave:** Utopía, recurso didáctico, aprendizaje significativo y activo, implicación y compromiso personal.

**This papers tresses how to use the T. Moro's Utopia as a didactical resource in order to educate teenagers. An specific didactical activity is developed and also is introduced a reflection on how useful is to introduce the notion of utopia in their learning process. Beside that, this paper shows the possibilities offered by the methodology of personal implication of students in their own learning by writing their ideal society view.**

**Key words:** Utopia, didactical resource, significative learning, active learning, personal implication.

## Introducción

**H**abiéndose celebrado en 2016 la conmemoración de la publicación del libro “Utopía” de T. Moro, considero de especial relevancia transmitir a la comunidad docente las experiencias educativas desarrolladas a partir de la obra de este singular humanista que abrió el camino del pensamiento alternativo y de la búsqueda de la sociedad ideal. Su obra sirvió como referente a pensadores de épocas posteriores, pero también tuvo un componente formativo fundamental para generaciones enteras y por ello es indiscutible su valor como herramienta didáctica, tanto ayer como hoy día.

De entre aquellas experiencias que puedan resultar pertinentes, quiero desarrollar aquí la que llevé a cabo como profesora de secundaria en el año 2010 con un grupo de Ética de 4º de la ESO y que acabó plasmándose en unas interesantes cartas escritas por los alumnos para explicar su propia visión de un mundo mejor y su papel en él.

### **Contexto**

La actividad se desarrolló en el último trimestre del curso, correspondiendo con la programación para la docencia en el aula de la última Unidad Didáctica, sobre los Derechos Humanos. Al plantear éstos, introduje su génesis y evolución a través de una revisión histórica de la noción de utopía y por ello, trabajamos en el aula la primera utopía redactada, ya en el s. XVI.

El grupo estaba constituido por 20 alumnos, de entre los que no destacaban casos de necesidades especiales, pese a que el contexto educativo del Centro, el IES Alarnes, de Getafe, sí presentaba condiciones de especial dificultad por la abundancia de alumnado procedente de entornos familiares desestructurados y de un barrio de extracción socioeconómica baja.

### **Referentes pedagógicos**

El papel que juega la utopía en la enseñanza de la filosofía en general y de la ética en particular es indiscutible. Pero también lo es en la enseñanza de la historia, porque constituye el motor de las grandes transformaciones sociopolíticas de la edad contemporánea. Esto implica que se trata de un concepto con una gran potencialidad didáctica, utilizable como eje estructurante de muchos otros aprendizajes necesarios en la formación básica de nuestros adolescentes.

Para aprender historia es una noción fundamental, pues remite al progreso de las sociedades conforme a unos ideales de mejora y superación de desigualdades y explotación que han estado presentes en el imaginario colectivo en occidente desde la época clásica. Para el análisis histórico es importante comprender qué es una utopía y su evolución, los logros de cada utopía histórica alcanzados en épocas posteriores y presentes en nuestro modelo actual de sociedad, porque ello permite a los alumnos entender los procesos de cambio, especialmente algunas de sus causas (las pertenecientes al ámbito de la ideología y la mentalidad).

Ayuda de forma más concreta a encuadrar los orígenes y el desarrollo en época contemporánea del pensamiento socialista y anarquista y por ello, es un contenido esencial en el marco del estudio del movimiento obrero y el desarrollo y consecuencias de la Revolución industrial.

Finalmente, su proyección en el mundo actual sigue presente. La sociedad de hoy día, en la que viven y para la que se preparan como futuros ciudadanos nuestros alumnos, está tan necesitada de utopías como las de siglos anteriores y por ello, conocerlas,

comprenderlas, relacionarlas e incluso participar en su diseño es crucial en la formación que reciban desde el punto de vista histórico y sociológico.

Para aprender valores es aún más útil si cabe. La reflexión sobre la utopía en el aula permite identificar los valores que defiende la ética contemporánea (según recogen los DDHH), ayuda a valorarlos y a adoptar posturas personales, desarrollando una ética autónoma (en terminología de Piaget, 1971).

Así pues, trabajar en el aula con la utopía como contenido específico, facilita el desarrollo activo de los *valores de decisión personal* (siguiendo la terminología de Oller, 1996), dentro del modelo de enseñanza de valores basado en la construcción de una personalidad moral. En dicho modelo (como indican Santiesteban y Pagés, 2011), ésta se construye por parte de los alumnos, mediante el diálogo interior y con los demás, para hacer frente a la sociedad con unos mecanismos de actuación coherentes con su propio razonamiento. Al tiempo que se definen a sí mismos, consiguen una reflexión sobre temas conflictivos en valores y un posicionamiento ante ellos (según la teoría del juicio moral de Kohlberg, 1966), que culminaría con la reflexión individual a partir del juicio de diversas alternativas al problema (Durkheim, 1963). Cualquier utopía presenta siempre los problemas éticos de la sociedad que pretende mejorar, para, a partir de ahí, plantear soluciones y alternativas a los mismos, por lo que se convierte en la mejor propuesta para la aplicación del citado modelo de enseñanza de valores en la escuela.

Por último, cabe destacar la especial potencialidad de la Utopía de T. Moro, como primera utopía escrita, para abordar todos estos ámbitos mencionados. La propuesta metodológica de F. Aguado (1999 y 2016) para trabajar sobre éste y otros textos con objeto de ofrecer a los alumnos un apoyo y punto de partida para el diseño de su propia sociedad ideal es el referente principal a nivel didáctico para la actividad que se presenta aquí. En su obra, este autor destaca los valores intrínsecos de la utopía de Moro como referente de todas las demás construcciones ideales de sociedades hasta las más recientes, ya en el s. XX, así como su relativa sencillez, pese a estar escrita en el Renacimiento. Destaca también su adaptabilidad y la flexibilidad con la que puede analizarse, aspectos que la convierten en un texto útil para trabajar en aulas de secundaria, aparte de todas sus aportaciones conceptuales. Pero la principal propuesta didáctica de este autor es la de concluir la comprensión del texto de Moro con una utopía personal, redactada por cada alumno. Este ejercicio práctico permite tanto aplicar las nociones aprendidas en las fases previas de trabajo con el texto como desarrollar una postura personal de selección de valores, situaciones y actitudes de entre las analizadas y de construir al tiempo otras nuevas basadas en su propio contexto. Con ello, se potencia considerablemente el desarrollo de la moral autónoma que comentamos anteriormente, añadiendo al proceso de aprendizaje del alumno un procedimiento más de trabajo, complementario con la metodología clásica (que incluyen normalmente role-playing, propuestas de gestión de dilemas morales y resolución de conflictos o los ejercicios de comprensión crítica de su realidad cotidiana).

Pedir a los alumnos de secundaria que proyecten un mundo mejor no sólo para ellos, sino para el conjunto de la sociedad y que lo hagan de forma sistemática y coherente supone un ejercicio completo y estimulante, que les exige reflexión madura, toma de postura autónoma y creatividad a la vez. Se trata a mi juicio de un enorme acierto y por ello escogí dicha propuesta para desarrollarla en ese curso, con alumnos de 4º de Ética.

### **Desarrollo de la actividad**

La actividad consistió en el trabajo individual sobre un resumen de la Utopía de Moro (previa presentación del libro completo y su contexto de publicación –época, situación del autor, etc.) y la posterior redacción de un resumen– valoración del mismo, junto a una carta en la que los alumnos debían exponer las características de su propia sociedad ideal (que fue puesta en común).

Los Objetivos específicos a lograr fueron:

- Identificación de la noción de utopía: significado del término y sentido
- Comprensión de su papel como referente para proyectos políticos (planteamiento al que tienden las ideologías de izquierda)
- Comprensión de su papel en el desarrollo y la consecución de los derechos humanos en la sociedad contemporánea.
- Comprensión de su papel como referente para sus propias actitudes personales ante la sociedad.
- Conocimiento de diferentes tipos de utopías y de su evolución en el tiempo.
- Conocimiento de la de T. Moro: carácter, contenido de las propuestas del autor, valoración crítica.
- Aplicación de nociones del diseño de una sociedad utópica general a su propio contexto personal: ser capaces de proyectar una sociedad ideal original, conforme a sus intereses y convicciones, así como a los principios básicos de los DDHH.
- Comprender los componentes básicos de una sociedad para incluirlos todos en su diseño personal de sociedad ideal: economía, grupos sociales y sus relaciones, política, cultura.

Respecto a los Contenidos, no avanzaremos aquí en un nivel de concreción mayor de los mismos por no tratarse del desarrollo de la Unidad Didáctica en sí, pero mencionaremos que, en términos generales, y como es obvio, esta actividad de enseñanza-aprendizaje se centró fundamentalmente en la noción de Utopía. En relación a ella, se trabajaron el significado del término, su origen, la evolución del concepto a lo largo de la historia (diferentes tipos de utopías, comenzando en el s. XVI con la de Moro y durante el ss. XVIII, XIX y XX: socialista, comunista, anarquista...). Así mismo, se detallaron las nociones de distopía o anti-utopía por contraste. Otras nociones básicas trabajadas fueron también las de las categorías en las que se clasifica en diseño de toda organización social: economía (producción, propiedad y trabajo), grupos sociales y sus relaciones



de igualdad, relaciones interindividuales, sistema político (distribución del poder), mentalidad y cultura. Así mismo, se trabajaron las nociones de Derechos Humanos y actitudes éticas fundamentales relativas a la organización social y la convivencia.

Método: partimos del marco general de la metodología constructivista, que busca la implicación activa del alumno, su protagonismo en la construcción de su conocimiento, la atención a sus características y necesidades específicas y la búsqueda de significado a ese conocimiento procesado desde la combinación de diversas estrategias de enseñanza-aprendizaje (la denominada teoría del aprendizaje significativo, de Ausubel).

La actividad se planteó como un proyecto individual en el que cada alumno realizó su resumen de la lectura y proyectó a continuación, de manera creativa su personal visión de una utopía contemporánea.

Las principales estrategias aplicadas, en consecuencia, fueron de análisis y síntesis en la primera parte del trabajo y de proyección de conocimientos a un escenario nuevo, el de su propia situación en la sociedad actual, en la segunda parte del mismo.

El material utilizado como recurso didáctico base fueron los resúmenes de la Utopía de Moro editados en dos obras de referencia: *Utopía. Historia de una idea* (Claeys, G. 2011), capítulo 4 “La delimitación del género. La utopía de Tomás Moro”, págs. 59 a 66y *Utopía. Ética para jóvenes*, de Felipe Aguado (1999), capítulos 6, 7 y 8.

Como se indica anteriormente, las fases de trabajo fueron dos: una inicial de análisis de los textos, (desarrollada en clase y como trabajo personal) con una puesta en común de ideas iniciales, una explicación de contexto combinada con la lectura de los textos de la segunda obra citada (Aguado, 1999) y la realización de los resúmenes. A estas tres actividades se les dedicaron tres horas de clase presencial. La siguiente fase consistió en la redacción por parte de los alumnos de su visión de la sociedad ideal en forma de carta. Esta cuarta actividad se llevó a cabo en casa y en otra sesión de clase para poner en común algunas de sus creaciones y concluir la reflexión acerca del significado de la utopía en el mundo actual.

Resultados: El proyecto sobre la utopía se evaluó de forma específica, con puntuación para el resumen y la carta (entregados ambos como trabajo de clase). Los principales criterios de evaluación fueron la capacidad de síntesis a la hora de redactar el resumen, la claridad expositiva y la inclusión de reflexiones personales maduras acerca del contenido de los textos analizados. En cuanto a la carta, el criterio básico fue la inclusión de categorías referentes a condiciones de vida y organización social, económica y política en su definición del mundo ideal.

En términos generales, pude concluir en su momento que los resultados fueron satisfactorios, tanto por el grado de cumplimiento de los criterios de evaluación (con un 80 %, porcentaje mayor que en el caso de la prueba escrita para el trimestre) como por el de satisfacción de los propios alumnos con el trabajo realizado, ya fuera en clase o con la redacción de sus cartas. Les resultó novedoso y lo definieron como un reto al que no se habían enfrentado y que les había hecho pensar.

## Valoración

En términos generales, la valoración de esta experiencia educativa es muy positiva. Al evaluarla desde el punto de vista docente, detecté algunos aspectos mejorables, tales como el tiempo dedicado a la explicación inicial del libro de Moro o el grado de definición y precisión con el que terminaron los alumnos de diseñar su propia Utopía, quizá algo escaso por no haber explicitado bien dichos aspectos en clase previamente. Pero aún a pesar de que pudieran alcanzarse aún mejores resultados repitiendo la actividad ya evaluada, el balance final de ésta fue satisfactorio a todos los niveles:

–Permitió a los alumnos conocer el libro de T. Moro y reflexionar acerca del mismo, su trascendencia y su vigencia.

–Posibilitó hablar en clase de las utopías históricas, analizar su evolución y los diferentes aspectos de las mismas que se han ido logrando paulatinamente y están ya hoy día incorporados en nuestro modelo de sociedad occidental, así como aquellos que aún quedan por alcanzar.

–Facilitó el acercamiento de los alumnos a este concepto y su participación activa en el diseño del mismo, con lo que logramos, entre todos, un aprendizaje constructivo pleno.

Así, con los objetivos alcanzados, podemos concluir que este tipo de trabajo con la idea de utopía y concretamente, con la primera escrita como tal, es uno de los más útiles para el desarrollo del aprendizaje de la ética, fundamentalmente, para el desarrollo de la personalidad de los alumnos como ciudadanos activos y comprometidos. Se trata, en definitiva, de uno de los aprendizajes más cargados de sentido que se puedan abordar con adolescentes.

## Referencias bibliográficas

- Aguado, F. (1999). *Utopía. Ética para jóvenes*. Madrid: Huerga y Fierro Editores
- Aguado, F. (2016). *Utopía y Educación. Introducción al libro Tomás Moro: Utopía quinientos años después*, Madrid: Nueva utopía.
- Claeys, G. (2011). *Utopía. Historia de una Idea*. Madrid: Siruela, Col. El ojo del tiempo.
- Durkheim, E. (1963). *Les règles de la méthode sociologique*, Paris: PUF
- Kohlberg, L. (1966). *Psicología del desarrollo moral*, Bilbao: Desclée de Brouwer
- O'Shea, K. (2003). *Educación para la Ciudadanía (2001-2004). Desarrollar una comprensión compartida*. DGIV/EDU/CIT (2003) 29. Estrasburgo: Consejo de Europa.
- Oller, M (1996). *Ciencias Sociales: Educar i viure uns valors*. L'Avenc, 204, 71-73.
- Piaget, J. (1971). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Martínez Roca
- Santiesteban, A. (2009). *Cómo trabajar en clase la competencia social y ciudadana*, Aula de Innovación Educativa 189, 12-15.
- Santiesteban, A. y Pagé, J. (coord.) (2011). *Didáctica del Conocimiento del Medio Social y Cultural en la Educación Primaria. Ciencias Sociales para aprender, pensar y actuar*. Madrid: Síntesis.

50.011



## No olvidar a Foucault

Castro Orellana, R. y Salinas Araya, A. (editores). (2016). *La actualidad de Michel Foucault*. Madrid: Escolar y Mayo Editores S.L., 324 páginas.



Tenemos aquí una cuidada selección de artículos, todos ellos muy interesantes, sobre Michel Foucault. Los editores, Rodrigo Castro Orellana y Adán Salinas Araya, nos presentan en el sugerente prólogo (“Destotalizar el presente”) la historia que acompaña la confección del libro, que no es otra que la de la madurez de un proyecto que se inicia en Zaragoza el año 2013 y acaba con la fundación de la Red Iberoamericana Foucault, el año 2015. Son los trabajos más relevantes presentados en este Congreso, que tuvo lugar en la Universidad Complutense de Madrid los que tienen cabida en este libro.

Los artículos son heterogéneos y su único hilo conductor es el de poner de relieve la actualidad que sigue teniendo Foucault. Voy a intentar hacer una exposición lógica del conjunto de escritos que forman parte del libro. De entrada podrí-

amos decir que hay una temática común que abre y cierra el conjunto. Empiezan con el texto de Jorge Álvarez Yágüez, el primero que aparece (“La ética del pensamiento de Michel Foucault”) y acaban con los de Julián Sauquillo y Antonio Campillo. El primero de estos últimos se titula “La ética del pensamiento de Michel Foucault”, formulación que el autor ha trabajado en profundidad en diversas publicaciones. Básicamente su ética del pensamiento se refiere al nexo entre *logos* y *ethos* que constituye la continuidad de este trabajo del pensamiento sobre sí mismo, que caracteriza un conjunto que no tiene la discontinuidad que algunos le atribuyen. Al final, Julián Sauquillo (“Subjetividad y verdad: el recorrido de Michel Foucault en el Collège de France”) plantea una paradoja que resulta muy sugerente, que es la de si no nos movemos en una ficción, que es la ilusión de poder transmitir por escrito lo que era la palabra viva del filósofo francés. Cerramos el libro con el texto de Antonio Campillo (“El testamento filosófico de Foucault,”), que para él podría sintetizarse en un fragmento que aparece al final de la transcripción de su último curso, “El coraje de la verdad”, donde plantea que la filosofía crítica es para él la relación, heterogénea aunque necesaria, entre la verdad, la ética y la política. Campillo plantea también (y esto está bien para no acabar de una manera demasiado apologética), la limitación de Michel Foucault por no haber tratado, por una parte, lo que era la problemática ecológica desde los efectos del poder tecnocientífico. Y por otra, el no haber analizado las relaciones sociales desde el

punto de vista exclusivo del poder/resistencia (o dominación/libertad) y no haber entrado en más en el tema de la responsabilidad y las luchas colectivas. Tema discutible, por supuesto, pero que queda allí para reflexionar.

Al margen de estos textos, que ocupan el principio y final del libro podríamos agrupar el resto de artículos por afinidades. En primer lugar destacar dos artículos que hacen el fecundo ejercicio de contrastar a Foucault con otro pensador. Es el caso de José Luis Moreno Pestaña, que con mucho rigor contrasta el tratamiento de Michel Foucault con el del sociólogo Erving Goffman (“El poder psiquiátrico y la sociología de la enfermedad mental: un balance.”). Y el de Sandro Chignola, comparando la concepción del dispositivo en Foucault y Giorgio Aganbem, con alusiones complementarias a Gilles Deleuze. Pero la concepción foucaultiana del dispositivo da más juego, como podemos comprobar en el texto de José Luis Villacañas, que presenta la interesante cuestión sobre la necesidad de una antropología foucaultiana. Para ello Villacañas nos propone enriquecer los trabajos de Foucault con los de otra tradición que no contempló los de la antropología alemana que va de Arnold Ghelen a Kurt Goldstein. Ensayo, por cierto, que podemos relacionar con otro que aparece en el libro: “Cuestiones de subjetivación: Foucault y la muerte del hombre”.

Continuamos con dos artículos que tratan, y lo hacen muy bien, acerca de la reflexión crítica de Foucault sobre el neoliberalismo. Ester Jordana nos ofrece

un recorrido muy preciso sobre el tema, que titulada “los sueños del poder producen razón”. Pablo López Álvarez entra en una propuesta de trabajo muy interesante para transformar estas reflexiones de Foucault en una caja de instrumentos para una ontología del presente, como él decía, y lo hace con su texto “Sigue cierta algarabía. Foucault, el neoliberalismo y nosotros”. Igualmente situamos aquí dentro de esta dimensión más política, los estudios de Tuillang Yuing Alvaro (“Notas para una crítica epistemológica de la economía política”) y de Edgardo Castro (“Dispositivos lingüísticos del gobierno de la vida o la vida como lugar de veridicción”).

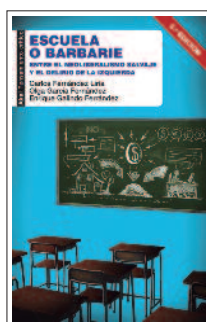
Quedan otros artículos, más específicos, en sus temas, pero todos apasionantes: Joaquín Fortanet (“Epistemología y enfermedad”) y Marcelo Raffin (“Verdad, poder y sujeto en las lecturas de Edipo de Michel Foucault”).

Muchos son los artículos y los temas y poco más se puede hacer en una reseña que señalar el mérito del esfuerzo que recoge, muy fiel a lo que Michel Foucault nos propuso, el hacer de escritos filosóficos no una obra cerrada sin un trabajo abierto. Quiso abrir horizontes y esta es justamente su actualidad, como han entendido todos y cada uno de los que participan en el libro. Acabemos dando la vuelta a la formulación de Jean Baudillard cuando decía “Olvidar a Foucault”. No, no lo olvidemos, porque es mucho más que lo que pudo ser (una moda intelectual pasajera). Y libros como este son los que nos lo enseñan.

*Luis Roca Jusmet*

## Escuela pública contra el neoliberalismo

Carlos Fdez Liria/ Olga García Fernández y Enrique Galindo Ferrández (2016). *Escuela o barbarie*. Madrid: Akal, 432 páginas.



¿Para qué sirve la escuela pública? ¿Estamos dirigiéndonos hacia una nueva “edad media tecnológica”? ¿Hace falta un nuevo hombre que sepa adaptarse a los tiempos modernos? ¿Cuáles son los males de la educación?

Estas y otras preguntas son las que intentan contestar los autores de este libro tan original y revelador como desconcertante sobre la educación en el mundo globalizado actual. Lo primero que se hace notar es que no es solo un libro sobre los sistemas educativos y filosofía de la educación sino que intenta dar una respuesta dentro de un contexto ideológico y económico que domina el mundo de hoy.

¿Está la filosofía educativa dominada por los intereses empresariales y no pedagógicos? Parece que hay una industria educativa que está imponiendo sus

políticas con el objetivo de beneficiar ciertas empresas que trabajan en el mundo de la educación. El famoso informe Pisa no es más que un instrumento que usan para imponer sus políticas, y gobierno tras gobierno se empeñan en utilizarlo como bandera de sus reformas. No hay más que recordar que dicho informe está elaborado por la OCDE, institución empresarial y no precisamente educativa. ¿Qué ha pasado para llegar a esta situación? La dictadura de Pisa no es más que la coartada para la privatización de la enseñanza, seguida por toda una filosofía pedagógica basada más en los procesos que en los contenidos.

El fracaso del proyecto ilustrado es el fracaso de la educación pública, una educación que no busca la satisfacción del cliente pues la educación es lo más alejado de la relación comercial. Los estudiantes no son clientes a los que haya que contentar y motivar con técnicas nuevas que hagan atractivo el proceso enseñanza-aprendizaje sino que busca el conocimiento por sí mismo. El conocimiento ni se vende ni se compra, es algo que se adquiere con tiempo y esfuerzo mediante un colectivo profesional de especialistas que no dan prioridad al juego o al divertimento y que solo responden a su especialidad. Puestas así las cosas parece que toda concesión que nos distraiga de convertirnos en ciudadanos ilustrados es una traición al mismo proyecto.

Habría que recordar que el saber no tiene por qué ser aburrido. Todavía recuerdo mis años de estudiante en los que me encontraba que la mayoría de los profesores enseñaba como dando siem-

pre una clase magistral a la que debíamos seguir en silencio y aceptando todo lo que se nos decía con una reverencia total. Toda crítica se relegaba para una fase posterior en la cual una vez adquirido el conocimiento suficiente podíamos poner en duda lo que se no decía. El pensamiento crítico estaba totalmente ausente de nuestra educación y, entre nosotros, había una constante crítica a un conocimiento *per se*, autoritario y clasista que servía para la reproducción de las clases sociales y fomentaba el inmovilismo social. ¡Ironías de la vía! Aquello que creíamos como la expresión de un mundo caduco resulta ahora ser la expresión de uno de los proyectos más ilusionantes de la historia: el proyecto ilustrado.

No me parecen que las cosas sean tan sencillas, tan fáciles de clasificar como blancas y negras. Hay otras tonalidades, grises que interpenetran todas las costuras de los sistemas educativos. Ni el conocimiento debe ser aburrido, ni podemos desechar años de teoría y ciencia pedagógica por la ventana como si nada hubiera pasado, ni tampoco eso implica que haya que arrojarse en brazos del negocio más sospechoso. La educación universal es una cosa seria que no puede tomarse a la ligera. No podemos esperar que toda enseñanza sea enseñar donde está la escalera para que aquellos que quieran la recojan y se pongan a subirla.

La situación es crítica, en eso estoy de acuerdo, pero no podemos condenar al infierno a aquellos que han intentado hacer del proyecto ilustrado un proyecto universal atractivo para todas las clases

sociales y, en especial, las clases más desfavorecidas. Hay que reconocer el esfuerzo de miles de profesores que han intentado hacer ver a sus estudiantes que existe el mundo de las ideas pero que no se trata de hacer un viaje iniciático de futuro incierto. Pedagogías modernas como el aprender haciendo de Dewey o el conocimiento en acción de Giner no pueden ser tachadas de conservadoras sin más o como producto de una locura que lucha contra la emancipación del individuo, objetivo central de toda izquierda liberalizadora. El objetivo es el mismo, los caminos son variados. La reformulación de la frase de Rosa Luxemburgo de socialismo o barbarie en educación o barbarie es muy acertada como título del libro. Ante las amenazas medioambientales y la deriva neoliberal nos encontramos en una encrucijada para la que solo la educación puede ofrecer un poco de racionalización en unos tiempos –como dice la filósofa Hannah Arendt– de oscuridad, de desmoralización para la transformación de las sociedades contemporáneas. Y nos jugamos mucho en el tipo de educación que queramos para nuestros jóvenes como futuros ciudadanos pues ellos representan la elección entre una esperanza en un futuro mejor o un futuro sin esperanza.

Adela Cortina ha repetido muchas veces la necesidad de una ciudadanía no solo política o jurídica sino también de una ciudadanía social, siguiendo al sociólogo T. Marshall. Para que los trabajadores puedan llegar a ser ciudadanos responsables de pleno derecho hay que proporcionarles educación siempre que

se les asegure unos servicios sociales mínimos como la salud, seguro de desempleo, sueldos dignos, ocio, vivienda, etc. Creo que este es el meollo del asunto. No es la pedagogía, sino la economía social lo importante para una educación pública de calidad. A veces cierta izquierda radical suele confundir los señuelos que pone el capital para ocultar sus verdaderos objetivos que, en este caso, es el nuevo nicho de negocio en las grandes inversiones en educación por parte de los Estados ante el parón que ha significado la crisis en las inversiones públicas en infraestructuras. En este sentido este libro es muy revelador y puede ayudar e entender esta nueva realidad compleja que ha impuesto la nueva economía neoliberal basada en la internacionalización y globalización, en la cual la característica principal es la amalgama y confusión de todas las esferas del mundo de la vida, sino fuera, a mi modo de ver, esa insistencia en culpar a las nuevas pedagogías como parte del problema y de ser partícipes de la estrategia privatizadora, porque, no solo no es cierto sino que tampoco es justo.

Javier Méndez

### **Pensar es más necesario en tiempos confusos**

Insausti, X. (2017). *Filosofar o morir. La actualidad de la Teoría Crítica*. Plaza y Valdés: Pozuelo de Alarcón, 118 páginas.

El título de este análisis procede de la idea de Adorno, según el cual la filosofía es pensamiento crítico y, si no es así,

sucedará la muerte, o el fin de la filosofía. De aquí se explica, igualmente, el subtítulo. El autor finaliza su trabajo, denominando lo “reflexión” (página 108) y lo comienza con la afirmación de que “vivimos en tiempos confusos” (página 10). Las confusiones pretenden ocultar la miseria cultural que nos inunda. De esto el único culpable es el sistema neoliberal. Hay que poner esta situación al descubierto.



Son cuatro los temas objeto de la reflexión de Insausti: intelectuales y pensadores críticos, reivindicación de la filosofía por Adorno y Badiou, la adscripción filosófica que le interesa, política y filosofía.

Trata de *intelectuales y pensadores críticos*, ejemplificándolo en Alemania, Francia y España. En Alemania, el intelectual ha sabido acomodarse al sistema con algunas correcciones, pero sin cuestionarlo, como hace el crítico social. En Francia, intelectuales y filósofos se han plegado a la cultura democrática, pauta que se sigue en España literalmente, por lo que falta aquí “una cultura crítica” (página 29). Así que la situación resulta bastante decepcionante.



La *reivindicación de la filosofía* corre a cargo de Adorno y Badiou, que defienden la necesidad de rescatar al sujeto. Según Adorno, o se hace filosofía crítica, o se acaba la filosofía y muere el pensamiento. Para Badiou hay que hacer ontología, por muy olvidada que esté en la actualidad esta rama.

En cuanto a *política y filosofía* el neoliberalismo trata de “acabar con la política” (página 88). Ante esto, solo hay dos propuestas: la social-demócrata de Piketty y la comunista de Badiou. Es importante establecer un impuesto a los capitales, pero más radical sería luchar por la emancipación y el igualitarismo. Esta es la idea del comunismo. Hay que realizar tal idea, según Badiou, radicalizando el capitalismo, en lugar de oponerlo a él. Así habría que entender el comunismo.

La ciencia está hoy en el candelero, pero sola no lo soluciona todo. La filosofía también tiene que cumplir su papel, cuando “se hace desde la realidad, que es siempre histórica” (página 106). En cambio, al neoliberalismo habría que rechazarlo como algo monstruoso y cínico, que está calando en innumerables capas sociales. Hoy es común decir que los pobres tienen la culpa de serlo, o que los países atrasados no tienen futuro, mientras nos encontramos con enormes desigualdades y miserias en países civilizados y burgueses del mundo occidental, que es mejor ocultar para que no se vean. No cabe un cinismo mayor. Lo único que importa es salvar bancos y capitales, en cambio, la miseria cultural, que se extiende cada vez más importa cada vez menos. Por todo esto, la filoso-

fía debe estar siempre alerta en la actualidad.

No creo que sea necesario subrayar la importancia de los temas planteados, así como las reflexiones que se hacen acerca de ellos. Sin embargo, siempre caben matices. La relación entre los denominados intelectuales y el pensamiento crítico no puede plantearse hoy como en el siglo XVIII. Entonces todos ellos tenían un barniz filosófico, que les llenaba de orgullo digno. Ahora, en cambio, ya no, pero eso no los hace necesariamente menos intelectuales, siempre que sean lúcidos para clarificar lo confuso, que conecten con la realidad de la época y que ofrezcan ideas para transformar el mundo. En cambio, los pensadores han de cuidar la claridad en sus exposiciones, no pueden quedarse sólo en mera teoría y han de conectar con la esfera pública, sin tecnicismos que impidan hacerse entender.

Insausti conoce bien el pensamiento alemán y sabrá lo que dice como experto en él. A mí, hablando desde el exterior, me parece que en España no estamos a la altura de alemanes y franceses. Ojalá, pero mi opinión es que no. Tampoco me parece que la totalidad de pensadores se acomode al sistema, aunque desearía que lo hicieran todavía menos y descendieron más a lo que nos pasa cotidianamente.

Estoy de acuerdo con reivindicar la filosofía, pero creo que no se puede reducir todo a ontología. Hay, también, otras áreas de interés, que resultan importantes. Lo de filosofía y política ha sido siempre una tentación, pero es igualmente cierto que no ha funcionado nunca. Platón es el ejemplo de que se

consigue más con obras de pensamiento que manchándose las manos con la política. Ésta es para otros. Claro que, si el enfoque se pone en la antología, se puede entender que sean rechazadas grandes figuras, como Habermas o Savater, por ejemplo, sin que yo les ponga a la misma altura. Sin embargo, estoy muy de acuerdo en combatir la neoliberalización del mundo, tanto después como antes. Desencantados de ver un mundo vacío, sí, pero igualmente también impulsados a cambiarlo mediante el estímulo crítico, que pueda molestar a los responsables de realizarlo.

*Julián Arroyo Pineda*

### Una nueva lectura de Hadot y Foucault

Roca Jusmet, L. (2017). *Ejercicios espirituales para materialistas. El diálogo (im)posible entre Pierre Hadot y Michel Foucault* (Prólogo de Francisco Vázquez García). Barcelona: Terra Ignota, 156 páginas.



Este “libro-experiencia” de Luis Roca Jusmet, escrito desde una serena lucidez y un sobrio rigor, nos sirve como

“caja de herramientas” para orientarnos en un mundo, el nuestro, sumido en un profundo nihilismo, una insoportable mediocridad y un lamentable hastío... esto es, en un mundo falto de creatividad, de inteligencia, de vida. Y es aquí donde su obra cobra sentido, en tanto que propone una relectura de las “artes de la existencia” de los filósofos antiguos, una nueva mirada a esas “artes de la vida” del mundo grecolatino, a partir de las fértiles y disímiles interpretaciones de Pierre Hadot y Michel Foucault, interpretaciones propiciadas, en parte, por el diálogo filosófico que ellos mismos mantuvieron en vida, interpretaciones, también, enriquecidas por nuestro autor, que prolonga el diálogo al imaginarlo más allá del ámbito de lo posible, poniendo en valor la afirmación de otro diálogo, esta vez el que establecen “Ernest” y “Gilbert” en “El Crítico como Artista” de Oscar Wilde, donde el literato defiende que no hay creación sin crítica, y, a su vez, que no hay crítica sin creación.

Para llevar a cabo tal empresa, primero se comparan las “aventuras filosóficas” del “estoico”, racional, paciente y meticuloso Hadot, que denominará a las artes de la vida “ejercicios espirituales” y del genial, intuitivo, transgresor y “cínico” Foucault, que rebautizará esas artes de la existencia con el nombre de “tecnologías del yo”. Irá desglosando esas aventuras, elaborando así las “biografías intelectuales” de sendos pensadores. El resultado es el cumplimiento del archiconocido *dictum* de Horacio, el “prodesse et delectare”, pues el autor nos brinda la oportunidad, a través de un interesante ejercicio de “sociología de la filosofía”, de profundizar en la “expe-

riencia interior” de los dos pensadores franceses. Así las cosas, se nos recordará que el interés de Hadot por tales artes de la vida de la antigüedad clásica nace a partir del estudio de Marco Aurelio y Sócrates, siendo su formación escolástica la llave de acceso que le hará (re)descubrir la filosofía antigua, sobre todo el neoplatonismo y el estoicismo, pues realizará su tesis doctoral sobre un neoplatónico como Marco Victoriano para posteriormente sumergirse en otro como Plotino, de ahí la importancia del concepto de “conversión”, mediante la cual el “saber metafísico” nos transformaría interiormente, entrelazando así Bien y Verdad. También, que leerá la poesía de Rilke y la mística española de San Juan de la Cruz o Teresa de Ávila y que se formará en París bajo la línea filosófica neotomista de Paul Henry, línea desde la cual se abrirá a un existencialismo humanista cristiano, representado por la figura de Jacques Maritain, sin olvidar su pasión por la filosofía de Nietzsche y Heidegger, pasión compartida con Foucault y que el autor examinará pormenorizadamente.

De Michel Foucault se nos dirá que es en la década de los 80 cuando se centrará en los textos antiguos, cuando reflexionará sobre el mundo griego (sobre todo el helenístico-alejandrino), el romano y el del cristianismo primitivo. Este “último Foucault” es el que importa, pues es la época en que estudia esas artes de la existencia, esas artes de la vida, y ello a través de los cursos del Collège de France; primero con “El Gobierno de los Vivos” (1979-80), clave en tanto que nos habla de esos ejercicios espirituales en relación a la “invención de la subjetividad”,

a la construcción –que no al descubrimiento– del yo, y, más tarde, con “La Hermenéutica del Sujeto”, (1982) donde relaciona el “conocimiento de sí” (gnóthi seautón) con el “cuidado de sí” (epimeleia heautou), cuidado de sí que implicará unas “tecnologías del yo”, unas técnicas y un “trabajo ascético” que no harán más que poner de relieve la cuestión de la relación entre el sujeto y la verdad, relación condicionada por “campos de saber”, mediados, a su vez, por otras “relaciones de poder”.

Lo interesante es que, como señala el autor del libro, es en ese momento cuando Foucault lee atentamente los textos de Hadot, quien escribiera su obra “Ejercicios espirituales y Filosofía Antigua” en el año 1981, y, también, cuando establece un contacto personal que se redujo a una oferta vía telefónica para que entrara como profesor titular en el Collège de France (aceptando la Cátedra de “Pensamiento Helenístico y Romano”), amén de “uno o dos” encuentros informales. Como no podría ser de otro modo, Foucault tendrá otra manera de enfocar la cuestión de las prácticas de los filósofos de la antigüedad, pues le marcarán sus propias influencias, las del filósofo de la ciencia Georges Canguilhem, crítico con el reduccionismo del “psicologismo” y el “psiquiatrismo”, por el Heidegger de “La Cuestión de la Técnica”, por los nietzscheanos Bataille, Blanchot y Deleuze, por el historiador grecolatino Paul Veyne y por el estructuralista Georges Dumézil, que estudia los mitos y religiones indoeuropeas según esa corriente.

Luis Roca Jusmet pasa entonces a interconectar las aventuras filosóficas de

los dos pensadores franceses a partir de los puntos de convergencia y divergencia que sostienen e imagina un diálogo de “filosofía-ficción” en el que Foucault daría la réplica a Hadot, para, finalmente, preguntarse si la filosofía puede considerarse hoy en día una “forma de vida”, reconociendo la respuesta afirmativa de Hadot y la negativa de Foucault, a pesar de que, para ambos, la filosofía tiene “capacidad transformadora para el sujeto”, es una “experiencia vital”. Si para Hadot la filosofía deja de ser una forma de vida cuando se distingue entre filosofía y “discurso filosófico”, si para él la actitud filosófica es la del “sabio”, donde la contemplación conllevaría una liberación, un trascender el yo, un salto a lo Absoluto (a la Humanidad, al Cosmos), para Foucault, en cambio, la filosofía deja de ser una forma de vida cuando el “sujeto ético” deviene “sujeto epistémico”, y eso desde la modernidad, desde la (auto)revelación racional de Descartes, siendo pues su actitud filosófica la del “crítico”, la de aquel que problematiza las relaciones entre el sujeto y la verdad, no para renunciar al yo, sino para forjarlo. Es la respuesta de éste último, la respuesta foucaultiana, la que defiende nuestro autor, con ayuda de una “polifónica conversación” entre diferentes autores modernos y contemporáneos, sobre todo a través del original concepto de “Tardomodernidad” y de la crucial distinción entre “filosofía antigua” y “filosofía moderna” que el filósofo español Felipe Fernández Marzoa efectúa, pues, para el pensamiento antiguo, el conocer determinaría el obrar, mientras que, para el moderno, el comprender no implicaría la acción.

El autor de esta obra que ahora reseño, nos regala, a lo largo de todo su despliegue intelectual, una elegancia discursiva que consigue, desde una natural sencillez, una elocuente clarificación conceptual, que, en lo que aquí atañe, permite escudriñar y desbrozar precisa - y justamente- los “régimenes de verdad” desde los cuales, tanto Hadot como Foucault, realizan su particular “hermenéutica de las artes de la existencia”, iluminando así, a un tiempo, el significado de dichas prácticas, de esos ejercicios espirituales o tecnologías del yo nacidas en el marco cultural de la filosofía antigua. Ejercicios espirituales que, con Foucault, serán útiles a la hora de crear nuestro propio proyecto vital en tanto que sujetos éticos, mediante los cuales podemos hacer de nuestra vida una “obra de arte”, actualizando así, en el presente, las ya mencionadas prácticas de los filósofos antiguos. Para materialistas, porque, por un lado, no se trata de entender lo espiritual como abstracción idealista o como culto relativo al trasmundo, sino de concebirlo como lo característico y esencial de nuestra condición humana; pues el espíritu, al decir de Eugenio Trías en “La Edad del Espíritu”, sería la síntesis de lo consciente-racional y lo simbólico-inconsciente, en tanto que somos “materia de inteligencia y pasión”.

Para materialistas, porque, por otro lado, el cuidado de sí, los ejercicios espirituales según Foucault, se acercarán más al diálogo platónico de “Laques” y no al “Alcibiades”, más a la valentía a la hora de afrontar la vida que al perfeccionamiento de un alma inmortal, pues esas tecnologías del yo permiten combatir la servidumbre de nuestras propias pasio-

nes, luchar contra la “voluntad de dominio” de otros.

En suma, parafraseando al autor de este pequeño pero revelador ensayo, que denota su particular “estilo de existencia” y su compromiso por el “ideal ilustrado”, el error o el fallo en el pensamiento, el fracaso en filosofía, es signo de fecundidad y de grandeza, pues, tan imposible es intentar ser antiguo siendo moderno, como quiso Hadot, tan imposible es juzgar el pasado desde el presente, trasponiendo la “estética de la existencia” (dandismo baudelairiano decimonónico) y la “idea de subjetividad” a la filosofía clásica, como hacer dialogar a Foucault con Hadot más allá de la vida, como Luis Roca Jusmet ha hecho en esta obra que culmina en una “ontología del presente”, en un análisis de aquello que sea la ética, la moral y la política en nuestro incipiente siglo XXI, dando cuenta de la heterogénea relación entre el sujeto y la verdad en la actualidad de la mano de intelectuales modernos como Kant y Stuart Mill o de contemporáneos como Honneth, Althusser, Rancière, Lacan o Pettit. ¿No será que la imposibilidad es condición de posibilidad de “pensar de otro modo”, y eso porque la posibilidad es, valga la redundancia, condición de posibilidad de una imposibilidad que nos abre a otros horizontes? Otros horizontes, otro horizonte, como el que representa la lectura de esta creación filosófica, “lectura” que es, no lo olvidemos, uno de los “ejercicios espirituales” que pueden hacernos “cambiar nuestra vida”, lectura que es, por tanto, “práctica de libertad”.

*Victor Hugo López Martín*

## Descolonizar el eurocentrismo de la teología

Tamayo, J. J. (2017). *Teologías del Sur. El giro descolonizador*. Madrid: Trotta, 252 páginas.



Estamos ante un recorrido impresionante, que pretende someter a fuerte crítica y de forma directa el eurocentrismo de la teología. Empieza con las teologías africanas, la teología negra estadounidense, las asiáticas, la teología indígena y las teologías feministas y latino-americanas, entre otras. El autor hace un vigoroso esfuerzo de síntesis para poder exponer, en no demasiadas páginas, sus amplios conocimientos desde una perspectiva analítico-crítica de situaciones, que no habían sido tratadas de modo global, y lo hace con gran respeto intelectual. Abre así nuevos horizontes que se estaban necesitando con urgencia.

La confrontación con todas ellas se hace siempre en términos de diálogo, aunque no rehúye el autor la toma de posición crítica, cuando lo considera necesario, teniendo siempre a la vista el descubrimiento del otro en el interior del itinerario seguido.

Empieza con una crítica de las religiones hegemónicas (página 35), entre

las que aparecen las religiones de la antigüedad, tanto las primarias como las secundarias. Luego viene el modelo católico-romano medieval y el cristianismo colonial en América Latina, que impuso las creencias a los indígenas, lo que podía hacer todo conquistador, además de apropiarse de sus tierras y metales preciosos. En África estableció el régimen colonial y en Asia occidentalizó la vida con la mayor arrogancia. Incluso se atrevió a someter culturalmente al mundo musulmán, mientras pudo. En la actualidad el islamismo está considerado como fundamentalista y violento por lo que debe someterse al orden mundial imperialista. Todo esto ha sido nefasto para la teología. Todavía en la actualidad, el cristianismo es el referente valorativo del resto de las religiones.

En el siglo XX han emergido teologías distintas con base en la realidad social frente a los dogmatismos anteriores, que pretenden hacer que el cristianismo despierte del dogmatismo y se vaya acercando al pluralismo necesario. Tomar conciencia de esto sería bueno para depurar sus posiciones ancestrales y ocuparse de la liberación de las personas en lugar de condenarlas, como generalmente se ha hecho, negándose a dialogar con ellas. Sin embargo, a pesar de todo, están revolucionando “las conciencias de los creyentes” y van transformando “las creencias crédulas en críticas, las conciencias tranquilizadoras en subversivas y las prácticas alienantes en praxis emancipatorias” (página 79).

África, el continente excluido, va recuperando, poco a poco, su identidad cultural y el cristianismo africano la une con la liberación, tratando de volver “a

la religión vivida” (página 99). El interrogante es si puede haber dignidad en un sistema de tanta desigualdad. Tamayo introduce la filosofía *ubuntu*, que proclama la interdependencia entre los humanos y la solidaridad entre los pueblos. Los seres humanos “se convierten en personas, cuando viven en un ambiente de integración entre diversas culturas. Fuera de este ambiente, el ser humano no puede sobrevivir” (página 106).

La teología negra estadounidense se encuentra en sintonía con la sudafricana, aunque tiene su peculiaridad. También busca la identidad de la comunidad negra y el reconocimiento de sus derechos. Denuncia la esclavitud y la violencia de los blancos contra los negros, a los que trata de liberar, porque Dios se manifiesta a través de los oprimidos. Es importante liberar a las mujeres y reconocer que la comunidad negra es parte del reino de Dios.

La teología de la liberación no ha muerto, a pesar de los acosos permanentes por los que ha pasado y las condenas constantes que se han pronunciado contra ella. Con el Papa actual hay “un cambio de actitud” (página 173) ante ella, por primera vez, lo que ha permitido abrir “nuevos horizontes” (página 183) desde los que han aflorado nuevas y más ricas teologías y se han abierto otros debates que acentúan “nuevas formas de opresión: étnica, cultural, colonial, de género, sexista, ambiental, etc.” (página 212).

En cuanto a la teología indígena, Tamayo no tiene pelos en la lengua para ofrecer su juicio crítico: “La invasión española fue una de las catástrofes colectivas más largas y dramáticas y destruyó el tejido vital y social de las comunida-

des indígenas y de la naturaleza en América Latina” (página 213). Las mujeres fueron las más afectadas, junto con el deterioro ecológico. Opone a la cosmovisión impuesta la cosmovisión del *Su-mak Kawasay*, que es “un nuevo modelo de vida” (página 215) en el que los humanos son naturaleza, frente al modelo de desarrollo occidental. Emparenta el modelo con la encíclica *Laudato Si'*. Es imprescindible trabajar por la liberación de los pobres, solidarizándose con la diversidad cultural. Las identidades de cada uno deben comunicarse y converger en la que identidad de los pueblos.

Hay que agradecer a Tamayo su valentía para decir cosas como las que aquí se afirman, comprometiéndose en el reconocimiento de tantas teologías, que han optado por los pobres y los oprimidos. Sin duda en ellos se manifiesta Dios, preferentemente. Para aceptarlo sólo es necesario dar un giro histórico-crítico, que, además, es muy realista y necesario.

*Julián Arroyo Pomeda*

---

Angulo de la Calle, Juan José. *Justicia marxista e imaginación*.

---

El materialismo histórico de Marx y de Engels había dejado de lado o minusvalorado en sus textos el papel de las ideas, la conciencia y la voluntad para explicar el proceso de cambio social-histórico y habían colocado mayor peso a las causas materiales (condiciones de vida y contradicciones sociales) para realizar dicha exposición. Por ello, nunca fue escrita una explícita idea de justicia marxista por parte de los mencionados autores. Sin embargo, una carta de En-

gels hacia Bloch expone que tanto él como Marx eran conscientes de que las ideas, la conciencia y la voluntad tenían un papel en el desarrollo histórico (aunque de menor peso que los factores materiales y sociales).

Para suplir esta carencia, he tratado de elaborar un concepto de justicia marxista, basado en las últimas teorías de justicia distributiva y conforme a las ideas expuestas por el marxismo. Para ello, he analizado textos de autores marxistas analíticos (dado que éstos trataron de analizar la cuestión de la idea de justicia marxista o, más bien, trataron cuestiones de injusticia desde el análisis de las ideas marxistas).

Dentro de estos textos, uno de Roemer, *Teoría general de la explotación y de las clases*, señala que la explotación solamente es concebible por la posibilidad de comparar una hipotética sociedad viable con una distribución de recursos más equitativa respecto a la actual. Deduje que la idea explotación, lo opuesto a la justicia, es el resultado del uso por parte de los agentes sociales revolucionarios de una imaginación que tiene en cuenta las posibilidades materiales de su época. La justicia en el marxismo es una construcción de la imaginación revolucionaria.

Como Marcuse fue un autor marxista que habló del papel de la imaginación en el cambio social, me basé en él para describir las características de esa imaginación. Terminé poniendo ejemplos de esa imaginación: uno de la sociedad lúdico-artística de Marcuse y el otro es el socialismo de mercado de Roemer. <https://ia601506.us.archive.org/33/items/TesisConndiceLibro/Tesis%20con%20%C3%ADndice%20-%20libro.pdf>



COMUNICACIONES



## Relatos filosóficos

**N**os es grato publicar los mejores relatos del I Concurso de Relato Filosófico organizado por el Club Escritura(s) en colaboración con la SEPFi y otras instituciones. La Filosofía está siempre presente en la vida de las personas. Su expresión no es solo el discurso racional, y otras formas de lenguaje argumentativo y expositivo. También el relato con sus funciones emotivas y estética tienen contenido filosófico.

*Los filósofos a lo largo de la historia se han servido de metáforas, mitos e historias para transmitirnos sus posturas ante los interrogantes que se plantea la filosofía. Piénsese en Platón o Nietzsche, por ejemplo.*

*Este concurso de relato filosófico abre una vía de exploración por ese plus de exigencia a la hora de expresar el sentido del texto, de ir más allá del volcado de una vivencia al intentar escarbar en ella y sacar conclusiones con los parámetros de la filosofía: un ejercicio de narrativa y reflexión a un tiempo.*

*La Fundación Escritura(s) ha querido ensanchar los márgenes de la literatura, plantear ejercicios mestizos o escorados capaces de hacer balancear el centro de gravedad de la narrativa hacia sus distintos subgéneros. Y quiere también, de la mano de la Red española de filosofía, de la Sociedad española de profesores de filosofía, de la editorial Gredos y de la editorial Pálido fuego, reivindicar la filosofía como espacio necesario para el individuo y la comunidad, y mostrar su compromiso con la enseñanza de la filosofía y las humanidades como herramienta fundamental para el desarrollo integral de la persona, para estimular su pensamiento crítico y autónomo.*

*Este concurso es una propuesta más que viene a sumarse al esfuerzo colectivo que lucha contra el arrinconamiento de la filosofía en la educación obligatoria y el bachillerato: esperemos que al menos hubiera una reflexión de calado en torno a qué se renuncia cuando se renuncia a que nuestros jóvenes estudien filosofía.*

*Mientras se publica este nuevo número de Paideia se pone en marcha en II Concurso de Relato Filosófico, dedicado sobre todo a estudiantes de Bachillerato y promovido por la SEPFi y REF, entre los Centros de Secundaria de toda España.*

**RELATO 1: Primer premio. *Mi Dios***

*Alfredo Darío Ruiz Martínez*

¿Y ahora qué, Juan? ¿Ahora qué hago yo? Tú te largas y me dejas a mí con las niñas y el follón de la casa. Y de tu empresa de camiones ni hablemos, porque seguro que la tienes llena de trampas, Juan, que nos conocemos. ¿O crees que no sé que fuiste a la notaría con el director del banco? Que este pueblo es muy pequeño, Juanillo, y se acaba sabiendo todo. ¿Y dónde estás ahora? Que llevamos cuarenta años juntos y no me hago a la idea.

Mira, por ahí viene D. Fulgencio, igual le pregunto a él. Esas manos blancas, sudadas y regordetas siempre me han dado aprensión, Juan, que a saber qué habrán tocado últimamente. Y no me quedan ya pañuelos, que entre las niñas y yo te estamos llorando más de lo que te mereces. Y con el calor que hace aquí en el tanatorio, que parece que hayan abierto las puertas del infierno. Coño, Juan, que es un decir. No te tomes todo a la tremenda.

– Ahora está con Dios, Luisa.

– ¿Usted cree? Ya sabe usted que mi Juan no era mucho de curas. No íbamos a misa desde la comunión de las pequeñas.

– Lo sé, Luisa, y Dios también lo sabe. Pero Dios es misericordioso y perdona a la buena gente. A lo mejor esto es una prueba que te ha puesto Dios para que te acerques más a él.

– No creo que Dios esté pensando en mí, y yo tengo demasiadas cosas en las que pensar ahora. Y, además, que digo yo que por qué Dios tiene que estar poniendo pruebas a base de llevarse a gente, y perdone que sea tan clara, ya me conoce. ¿No podría poner pruebas más sencillas? No sé... Mi Natalia dice que Dios no existe, porque si existiera no habría hambre en el mundo y los niños no morirían, y yo creo que algo de razón tiene.

– Coño, ¿qué te parece?, si ha venido hasta el alcalde. Me ha dado su mano peluda y llena de anillos, que parece que no quiera recordar que su madre limpiaba casas y su padre recogía chatarra. Quiere parecer rico y parece aun más pobre, como su padre. ¿Pues no me ha dicho que el pueblo sentía tu muerte? Pero qué sabrá él lo que siente el pueblo. Este se cree que es el pueblo y decide por todos sin consultar. Así nos va.

– Perdone, D. Fulgencio, ¿dónde estábamos? Ah sí, mi Natalia, que además dice que si hubiéramos nacido quinientos kilómetros al sur seríamos musulmanes.

– Por Dios, Luisa, que cosas tiene tu hija.

– Yo lo que creo es que Dios nos tiene un poco olvidados. Hace más de dos mil años que no viene a vernos. Es como que ya no le hacemos ilusión, sabe usted, como un niño cuando se cansa de un juguete. Y de momento estamos en un rincón, menos mal, pero ya se sabe que los niños cuando se aburren igual despiezan los juguetes que empiezan a pegarles patadas. Si Dios fuera niña supongo que nos maquillaría un poco: una peluca, un poco de rimel, yo qué sé, al menos para dejarnos monos...

– Debes recordar, Luisa, que los caminos del Señor son inescrutables.

Mira, Juan, tu amigo Hilario. Se le ve triste. La verdad es que te apreciaba. Se ha puesto el traje de su boda. Qué detalle, ¿no? Ojo que viene directo y no lleva la mano por delante.

– Buenos días D. Fulgencio.

– Luisa, quiero que sepas que me tienes para lo que necesites.

¿Lo has visto, Juan?, abrazando y al oído me lo ha dicho. La verdad es que yo nunca te había dicho nada, pero yo ya había notado desde chicos que me miraba. Aunque no esperaba que se apretara así. Pero tranquilo, que yo no voy a cargar con otro mochuelo. No, que no coño, que tú no eras un mochuelo, Juan.

– Te decía que los caminos del Señor son inescrutables, Luisa.

– Y yo que pensaba que ya nos lo podía poner más fácil, que, siendo tan bondadoso y tan misericordioso, no nos deja ni escrutar los caminos. Porque eso es encontrarlos ¿no?

– Más o menos, Luisa.

– Es que no termino de entender a Dios. Si todo lo ve y todo lo sabe ¿para qué tenemos que pedirle nada? Si está en todas partes, ¿está dentro de mí también?, entonces lo sabe todo, sabe lo que pienso, o mejor ¿yo también soy Dios, o solo una parte de mí es Dios? ¿También los malos tienen a Dios dentro?, claro, porque está en todas partes... Y si los malos tienen dentro a Dios ¿también Dios es malo? ¿No dicen ustedes que es onibenevolente? ¿No lo exime eso de ser malo?

– Tú lo que estás es estresada, es normal, y mañana lo verás todo con más claridad.

– No crea. Espere, que viene El Jesús. Qué oportuno, ¿eh?

Te tengo que decir, Juan, que se nota que El Jesús es el único de tus amigos que estudió. Me ha dado una mano suave y la movía acompañada con la mía como si estuviéramos bailando. Me habría quedado hasta que pusieran las lentas. Que no, coño, Juan, que es broma. A ver si te vas a levantar ahora y nos da un infarto a todos. Reconoce que tus manos, finas no eran, que parece que el volante de los camiones sea de madera de azada.

– No es estrés, y yo mañana estaré igual, pero sin Juan, D. Fulgencio. Bueno, estaré peor, porque tendré que echarme a la espalda lo que antes se repartía entre dos.

– Pero Juan está ahora con Dios. Y tú debes ser más fuerte por tus hijas. Y tú también tienes a Dios para hablarle, para contarle lo que te preocupa, para pedirle...

– No, no se equivoque conmigo, D. Fulgencio, que yo para eso ya tengo a mi Juan.

## RELATO 2: *Despojos. Rastrojos*

*Mauricio Langon*

### 1. Rastrojos

Miguel tiene 95 años. Está enfermo. Anclado en su casa, dejó nuestras reuniones. Redujo los “deberes” que exigen concentrarse: entrevistas, artículos.

No sabe qué es depresión –dice–. Pero a veces se lo ve cansado. Le pesan esas cadenas porque está comprometido con la vida, los demás, la justicia. Le duele el mundo, querría cambiarlo. Sabe sus limitaciones, asume su responsabilidad.

Repasando papeles, dio con escritos inéditos. Decidió juntar relatos de sus experiencias para publicarlos como *Rastrojos*; residuos que quedan después de segar la mies en el campo pronto para recibir nueva labor. Miguel, recolectando *Rastrojos* para “los que vendrán”, está vivo; feliz.

## 2. Despojos

“En mis tiempos –dijo el escritor– y llamo siempre míos a los de mi oscuridad y mi pobreza, porque son los de la esperanza, más hermosa que la realidad, y los del combate, más alegre que el triunfo; en tiempos de mi descubrimiento de la vida...” había un grupo de jóvenes literatos que apodaron al más entusiasta Albatros<sup>1</sup>, (porque “sus alas de gigante le impiden caminar”)<sup>2</sup>

Fue traidor: dejó las letras por el comercio. Viejo acabado, Albatros convocó antiguos compinches para revivir su sociedad. En renovada primavera interior, les trajo de vuelta las esperanzas y sueños de la juventud. Su alma, treinta años sepultada en dinero, resurgió intacta. Brillaba en él “la audacia de los veinte años”, en choque con el “encogimiento tímido” de los otros, que rebajaron deliberadamente sus vuelos. Era “nuestro propio ‘yo’ de otros tiempos” -afirmaba el escritor-, “tal como le veíamos en el florecer del alma de nuestros discípulos”, pero “envuelto e impregnado en nuestro ambiente de los 20 años”.

Albatros pronto sintió su soledad y murió.

“¡Pobre Albatros –concluyó el escritor–; mientras íbamos tras sus despojos, nosotros, que también lo éramos de ese dulce e irreconquistable pasado, yo sentía que me angustiaba el alma un pesar desusado y complejo”: diferente del de despedir compañeros desaparecidos tras su plenitud, o antes de alcanzarla, o discípulos muertos en promesa.

¡Pobre escritor! Si los presentes no son tus tiempos, sentirás pesar de haberte enterado con tus espacios y tiempos: sin combate ni triunfo, ni esperanza ni realidad, ni pasado ni futuro. Encubriendo tu estar vivo. Fuera de estos lugares y tiempos, en que vale la pena convivir. Despojo sin rastrojo.

Y darte cuenta.

## 3. La vida también es esto

El señor Linh<sup>3</sup> escapa de su país con su nieta de días, sobreviviente de una masacre. Desubicado en otro país cuya lengua ignora, se sienta en un banco de una plaza. El señor Bank se le acerca, habla cosas ininteligibles. Linh calla. Hombres sufrientes, con el correr de los días traban sorda y locuaz amistad.

Aunque sabía que el suave relato derraparía al desastre inevitable, quedé enganchado en la ternura del texto, la asfixia del encierro en el asilo, la exasperante huída. Aceché

la caída por mera curiosidad; sea cual fuere el duro final, lo que el autor tenía que contar ya estaba dicho.

En el final infeliz (un automóvil atropella viejo y niña) el *tour de force* que revela la “verdad” del relato (la nieta era una muñeca; la muñeca descabezada, la nieta) me tomó desprevenido.

La novela adquiere otro cariz, leída hacia atrás. Reconozcamos al autor su capacidad de producir lo inesperado, constatemos que no ha hecho trampas. Además a la luz de esa verdad, personajes demasiado rígidos, insensibles o estúpidos, nos hacen creíbles y sensatos. Podría haber terminado con el rotundo: “Y de pronto es de noche”.

¿Para qué más páginas de epílogos irrelevantes? Y queda deslucida la trama y el drama que sostiene el relato, con ese truco de titiritero. Nadie era tan incompetente o desalmado. Era un viejo loco, Linh. Quizás su país y vida no eran tan idílicos, quizás Bark no mató en otra guerra, quizás nadie asesinó a su familia, quizás no hubo ni hay guerras que arrasan países; quizás no hay inmigrantes huyendo de todas partes a ningún lado...

Pero hay otro final, feliz.

“Un frío brutal inunda por completo al señor Bark”, junto a su amigo muriente.

“El señor Bark cierra los ojos”. Los mantiene cerrados aunque oye la voz del amigo nombrando a su nieta. Es un sueño -se dice-. Y no quiere que acabe...

“El señor Bark abre los ojos”, por fin. Ordena al viejo quedarse quieto, suelta una gran carcajada, le dan ganas de abrazar a todo el mundo: su amigo está vivo. “Sí, se dice, puede que la vida sea también esto. De vez en cuando un milagro”. Linh se siente renacer. En la ambulancia, Bark “le toma la mano sin dejar de hablarle. Es el comienzo de una primavera muy hermosa. Los primeros días.”

El relato transfigura preguntas epistemológicas (¿qué es real, qué, alucinación?) en cuestiones éticas de sensibilidad y decisión voluntaria (¿hay que ser sensible? ¿querer vivir, convivir, matar, morir, amar? ¿qué esperar? ¿qué hacer? ¿qué ser?).

Bark, primero “cierra los ojos”; decide estar “cansado”, no ver dolor, no ver nada, no esperar nada, no hacer nada, para no sufrir: “¡qué dulce es la noche de la mirada!”. Cuando “abre los ojos”, decide oír, mirar, vivir, reír, esperar, creer. Linh decide renacer, recuperar su historia de dolor, de sobrevivencia en hambre y guerra. Decide ser invencible. Enfrentar la realidad, no desconocerla. Sabe que la muñeca no es Sang Diu: sonrío “*estrecha la hermosa muñeca* entre sus delgados brazos, la estrecha *como si* su vida dependiera de ello, la estrecha *como estrecharía* a su nieta, silenciosa, tranquila y eterna, una hija del alba y de oriente. Su única nieta. La nieta del señor Linh”; que, en eso, recupera su nombre, el futuro de los suyos y demás humanos.

## 5. Estando

Yo, en incómoda espera, gozando y sufriendo, sin mirar ni adelante ni atrás, quieto. Intranquilo, calmo. Con mucho sueño, insomne. Cansado, hiperactivo. Encendido, apagado. Satisfecho, angustiado. Feliz, indiferente.

Temblando. Pero, entretanto, estando. Amando. Viviendo.

**RELATO 3: *Rumbo al ocaso***

*Matías Gonzalo Ortiz de la Tabla*

Condujo un par de horas hacia el Oeste. La ruta parecía tranquila, casi no había vehículos. Aunque el calor era tan intenso que hacía crujir el asfalto y los animales salvajes se alborotaban desde las malezas intentando traspasar el camino. No todos lo lograban, y era normal ver bandadas de caranchos reunidas alrededor de la carroña. A menudo debía disminuir la velocidad, puesto que las aves sólo se espantaban al oír los bocinazos ininterrumpidos y aún así eran demasiado lentas al levantar vuelo, lo que hacía al parabrisas un blanco fácil para su torpeza. En el trayecto avistó a dos serpientes atravesadas a lo ancho del camino, aplanadas de seguro por las ruedas imponentes de los camiones de carga, y además contabilizó de manera sucesiva a tres zorros destripados sobre la banquina.

Dentro del auto, todo era inverosímil. El aire acondicionado estaba programado en la máxima potencia, y el ambiente se impregnaba del aroma a lavanda que salía de un difusor convenientemente ubicado. Las sutiles melodías del rock sinfónico y una botella de líquido hidratante en el posavasos, terminaban por completar un ambiente confortable.

Viajaba lúcido, compenetrado en el camino. Sin permitirse abstracciones, estaba prácticamente entregado a la mecanicidad. Convencido de que el Sol no es el mejor amigo del viajero que se dirige hacia el Oeste en pleno atardecer de verano, apuraba la marcha cada vez que el panorama se lo permitía. Tenía la visión sensible por una conjuntivitis reciente, y quería evitar toparse con los destellos cegadores del ocaso.

De pronto, divisó a un par de kilómetros un bulto oscuro sobre la ruta. Se inquietó. No podía ser carroña, no había caranchos cerca. Disminuyó la velocidad y a medida que se acercaba notó que el bulto se movía. No tardó en darse cuenta que era una enorme iguana que cruzaba parsimoniosamente el asfalto. La aparición lo alteró. Era un asiduo viajante, pero jamás había tenido ante sí a un reptil semejante. Tuvo que detenerse casi por completo, hasta que el magnífico animal traspusiera el camino. Lo contempló unos segundos a través de la ventanilla. Se sintió perturbado de su imponente papada verdosa, su cola gruesa y atemorizante, y lo maravillaron los recónditos ojos prehistóricos que parecieron observarlo hasta que la bestia desapareció entre los pastizales.

A partir de allí el viaje fue distinto. Comenzó a abstraerse, ya no podía dejar de pensar en el animal. Se distrajo, y le vinieron memorias muy lejanas. Su niñez pobre y errante iluminada por la angustiante luz de gas, el agua estanca de un cántaro antiguo que siempre ansió destrozarse, el reconfortante y denso olor a espiral que hacía tolerable la oscuridad calurosa de su habitación, los ladridos de los perros ajenos que se sucedían interminables durante las madrugadas, condenándolo a pensar.

Cuando repentinamente volvió en sí, se topó con una hilera de vehículos estacionados en plena ruta y tuvo que frenar bruscamente. Bajó. Por delante habrían unos diez automóviles y al final se percibía un grupo de gente reunida. Decidió acercarse, con la vista fija en la muchedumbre, presintiendo un abismo. Al llegar vio una chancha gigantesca,

agonizando en la banquina. Varias de sus crías correteaban temerosas por los alrededores chillando incansablemente. Luego advirtió el automóvil con la trompa destrozada y el parabrisas hecho añicos. A pesar de todo lo reconoció, él había vendido ese auto hacía dos semanas. Dentro estaba su propietario, Alejandro Galván. Fueron compañeros de colegio durante el primer año de secundaria, y aunque no llegaron a ser amigos, un posterior sentimiento de admiración terminaría por unirlos a él. Su padre había muerto de un infarto en plena cena de navidad, y su madre, conmocionada, terminó por sufrir una afección idéntica que la dejó cuadripléjica. Entonces Alejandro abandonó sus estudios para asumir su cuidado. Más tarde se dedicó a trabajar, renunciando prácticamente a cualquier tipo de ocio. Varios años después, cuando su madre finalmente falleció, inició los estudios universitarios y terminó por graduarse como licenciado en ciencias matemáticas.

Se reencontraron en la concesionaria. Alejandro estaba interesado en un automóvil de tipo familiar. Le contó, con sincera alegría, que debía buscar a su novia en una ciudad cercana y quería sorprenderla con la novedad de su adquisición, y por sobre todo, con su propuesta de matrimonio. Jamás habían hablado de asuntos íntimos, trascendentes. Pero esa ocasional concesión de confianza, le provocó la convicción de que podrían haber sido los mejores amigos en otras circunstancias. Ahora el cuerpo de Alejandro estaba atrapado entre el asiento del conductor y el *airbag* explotado en la cabina. La ambulancia jamás llegaría a tiempo.

Invadido por el agotamiento, decidió regresar. Miró a su alrededor y vio a las personas que, como él, habían bajado de sus vehículos para presenciar la tragedia. En el camino las conversaciones llegaban envueltas en un eco pesado, y le resultaba imposible encajar las voces que escuchaba en los rostros que se sobrevenían a su paso. Cuando acabó de franquear el amontonamiento, un comentario lateral hizo que fijara la vista en una joven muchacha que dialogaba con un hombre un poco mayor que ella. “*Aprobé Introducción a la Filosofía, recé tanto para eso*” dijo la chica, mientras su interlocutor la miraba entusiasmado. El vértigo lo acometió. Súbitamente todo le resultó precario, precedero. La fragilidad de la superstición y la inconsistencia de lo sobrenatural lo abordaron, y una sensación de caos terminó por devastarlo.

A unos cuarenta metros divisó su automóvil, incandescente, fulminado por la potencia del ocaso ya inmediato. Detrás, la fila de vehículos se había multiplicado y otras personas avanzaban para sumarse a la congregación de espectadores. Una brisa de tormenta lo estremeció, y sólo entonces se percató del sudor que le brotaba con abundancia de la sien. Levantó la vista hacia el Este, y vislumbró las nubes majestuosas abriéndose paso en el firmamento a fuerza de relámpagos y truenos tardíos. Consciente de su insignificancia, se reincorporó, y pudo intuir a lo absoluto desvaneciéndose en la vorágine; esa certeza terminó por enorgullecerlo de su humanidad.

## RELATO 4: Ontología del des(h)echo

Marina Aguilar

*La quintaesencia del terror*, se le oye murmurar entre dientes. *La quintaesencia del terror*: Una risa sarcástica escapa de sus fauces felinas y sus ojos de reptil miran a otro lado, entornándose. Son expertos en eso, en entornarse. *Lo fantástico. Lo maravilloso. Lo grotesco*. De nuevo la risa silenciosa, medio apagada. La figura consumida avanza y tuerce una esquina. *Lo grande. Lo pequeño*. Sus dientes conservan una blancura intacta que comienza a amarillear en los extremos. Y eso que el consumo de café, té y tabaco no es algo de su devoción. Bueno, el café sí. Cigarros, muy de vez en cuando. Puros jamás. *Lo aberrante*. Se mueve con la gracia de una gacela, al acecho, mirando de reojo. Ésas son sus destrezas. También posee habilidades maestras para sospechar de todo cuanto se mueve, se expresa o se estremece. Especialmente, de quienes disfrutaban sometiendo la palabra escrita al vaivén del cliché. *El horror cósmico. Pues ahora veréis. Os voy a dar algo para alimentar vuestra sed maligna, a vosotros los críticos, tan ilustrados y pueriles. Os voy a dar una obra maestra. No la reconoceréis, pero me da igual: sé vivir con el fracaso. Además, la opinión de la crítica nunca importó. Mi libro será un tratado. Todo aquel que haya escrito sobre la mierda será citado. Será un anal de la mierda, nunca mejor dicho. Pero claro, la palabra desecho es más sutil. Aunque algo ambigua. ¡Sin problemas, sin problemas! Me ocuparé de darle su definición precisa. Todo quedará bien atado. Lo ominoso se hará carne en mi obra. Se para un segundo. La mano en la barbilla. Sus ojos desquiciados: mirando a todas partes y a ninguna. Aparece donde no debería haber nada. Llena el espacio. Pero no puede estar todo lleno.*

Se sienta en el banco, susurrando. Unos jóvenes se ríen de él. Los paseantes se alejan cuando se aperciben de su comportamiento.

*Veréis...críticos...pérfidos...ignorantes...la más grande...obra...*

El verdadero horror llega una hora después cuando, ya en casa, es incapaz de escribir. No escribirá ni una línea. Todo habrá sido una ilusión. Un deseo frustrado. *Como la mierda que no sale*. Y cuando sale es peor. *Es como si mi cuerpo me abandonase, me anunciase que voy a morir*.

Su nombre: Monsieur Défait. Monsieur Défait observa a la señora que lee apaciblemente sentada en el asiento del avión. Esa señora es, antes que eso, un lector anónimo, un agujero, un gusarapo. Su reloj y sus pendientes dorados, su piel oscura, su pelo rizadísimo. Recogido en una cinta. Todo estirado hacia arriba. Puntiagudo. Gafas amplias que facilitan su visión de las letras impresas. La mano izquierda sostiene un libro al que dirige su atención. Se lleva la mano derecha a la boca intermitentemente, en un gesto parecido al de Monsieur Défait. La causa de su movimiento no es unívoca ni recomendable de indagar. En cualquier caso, toda indagación sobre la causa debería partir de la radical indeterminación de las cosas. Nuestro hombre deshecho, quien deseaba con todas sus fuerzas escribir sobre el desecho, se topó con esta natural opresión: es imposible determinar



las causas, organizar el tiempo con sentido, vivir en un mundo ordenado donde unas cosas pasan antes y otras después. Nuestro hombre es incapaz de contar historias. Esto pasó, Fulanito se sintió así y luego hizo tal cosa (por lo que pasó, se entiende). Pero esta elipsis no está justificada. Tal vez, Fulanito se sentía mal desde siempre. Tal vez, no había explorado otros sentimientos. Tal vez, el que se inventó a Fulanito tampoco. Lo que está claro es la perplejidad de Fulanito, (o M. Défait) al que no llamaremos autor porque no ha escrito nada. Tan solo ha tonteado con la idea de hacerlo. Pero el que no se moja, no es nadie y si no es nadie, tampoco es nada. Se trata de hacer algo antes de morir. Ser una super estrella de las letras es un modo de huir del vacío. Un modo torpe. Pero el vacío es, al fin y al cabo, inevitable. Llega tarde o temprano, aunque no sepamos por qué. He ahí toda una consecuencia sin causa. No todo se puede rellenar con basura, piensa M. Défait. Un cuadro de melancolía aguda (según el catálogo DSM V, una depresión profunda) no sirve de mucho cuando la atribución es inasumible. Si el interés del “escritor” por el desecho viniese solamente de que se identifica con la basura, sería demasiado simple. No, no es una identificación absoluta. Un poco sí, pero tampoco conviene ponerse reduccionistas. Tal vez esté más cerca del deshecho que del desecho. M. Défait usa estas dos palabras indistintamente.

La *Ontología del des(h)echo*, de escribirse, la escribiría otro escritor y no la escribiría como M. Défait la piensa. Ese pensamiento suyo está lleno de agujeros, ausencias, letras borradas y silencios. Su realización lo cambiaría por completo arruinando cualquier posibilidad de realizarlo tal y como lo había planeado en un principio, en su frescura mental. La realización rellenaría los huecos, arruinaría los agujeros, terminaría con la ausencia y el silencio. Su pensamiento está desordenado. Mejor así.

La verdad es que Défait no puede escribir su libro sobre el des(h)echo. Hay una alternativa: que lo escriba otro, pues hasta ahora los libros no se escriben solos. Lo que ocurre es que ese otro (fuera quien fuese) sería siempre un impostor, un simulacro, puesto que es imposible escribir lo mismo que lo que Défait escribiría en el caso de que hubiera podido hacerlo y además lo hiciera. Pero Défait también es un impostor, ya que no escribe nada aunque quiera.

Défait hace honor a su nombre con esa redundancia que lo parafrasea allá donde va. Claro que la gente no conoce su diatriba con la pluma y la tinta. El pleonasma Défait se pasea, más bien se desliza por la zona y alrededores. Défait pasa de ser un pleonasma a querer escribir con la velocidad de un antílope perseguido por unas leonas. El salto le impide detenerse. Su cambio de parecer se materializa en su curiosa manera de andar: a saltitos, como un cervatillo asustado.

**RELATO 5: *El espectador****Hector Tarin de Vicente*

Mi televisor sólo emite entierros sórdidos. Es una faena. Tengo como ochenta canales o más y en todos ellos, a todas horas, lo único que echan son entierros sórdidos.

El patrón es siempre el mismo: un cementerio, un día lluvioso, dos asistentes que no derraman ni una lágrima. Se limitan a mirar el féretro. No hacen nada más. El hombre lleva un traje negro. La mujer, una rebeca negra con volantes y una falda que muere sobre el fango. Están tan pálidos que crees que el televisor se ha estropeado. Entre ambos se eleva un gran ciprés y, al otro lado, el cura con los brazos alzados al cielo gris suelta su homilía en un idioma ininteligible. Yo diría que se lo inventa. Y todo el tiempo gotas de lluvia que caen sin parar.

Luego, el cura hace la señal de la cruz, el ataúd desciende y, tan pronto como desaparece bajo el suelo, empieza un nuevo entierro calcado en todo al que acaban de emitir. El mismo cielo gris, pétreo. Un cielo pesado que envuelve la escena. Un ciprés negro. Lluvia. Un hombre y una mujer inmóviles. Un cura con los brazos levantados que murmura una oración en un idioma inventado.

La única forma de distinguir un entierro sórdido de otro entierro sórdido son las gotas de lluvia. Cuando uno lleva años con una televisión en la que sólo se transmiten entierros idénticos, aprende a diferenciarlos por las gotas de lluvia. Por ejemplo, donde en un determinado instante una gota cae sobre el zapato negro del hombre, en otro entierro, en ese mismo instante, esa misma gota cae sobre el suelo unos centímetros más allá o unos centímetros más acá.

No es nada fácil de apreciar. Hay que concentrarse mucho. No dejarse distraer por la apariencia idéntica de los entierros. Lo importante es la lluvia. Dónde caen las gotas. El dibuja que forman. Su ritmo. Su patrón.

Puede llevar una eternidad aprender a disfrutar de este espectáculo.

A veces, en el trabajo, escucho a los compañeros: ¿viste ayer el partido? ¿viste ayer el telediario? ¿viste ayer la serie tal o la serie cuál o el programa aquél? Y me dan lástima. Una lástima tremenda. Más aún cuando alguno de ellos desaparece y no vuelve y sé que lo están enterrando en algún canal de mi televisor, bajo un espectáculo de lluvia maravilloso que nadie comprende.

**RELATO 6: *Lluvia cerda****Mara Blixen*

Me pregunto en qué afectará la lluvia al estado vital de una válvula de cerdo instalada en el corazón. La que tiene mi madre y que no pudo prestar a papá la mañana que murió. Además, les separaban exactamente 720 km. Ese día no llovió. Se hubiera echado a perder la uva.

A mí me gusta caminar por Madrid sin paraguas cuando llueve. Oler la tierra húmeda del parque. La válvula del sexo se hincha para expulsar las toxinas pesantes y limpiar alergias que rumian. Soy Tauro y con la lluvia me envalentono, así que exijo a la hipófisis poner orden de tal modo, que cientos de gramos de petróleo se aprietan desde el coño hacia las baldosas mojadas de cerámica cada vez que inhalo hondo unas gotas de lluvia. Cierzo goce me viste porque siento la protección de la tormenta y no necesito el rescate (masoquismo). Como nadie me ve, con paso firme, y aun temerosa de ser mediocre, dejo a un lado la persona que siempre finjo ser. Ahora no tengo tanto miedo porque me saluda la alegría. Estoy en mi hábitat natural. Es momento de lavarme las manos con el agua de la inocencia. Cuando ésta llega al cuello, los cristalitos de la angustia se derriten, desaparecen y ya solo debo esforzarme por ser fiel a mí misma.

Estoy completamente empapada pero la cerdita roja, desde el interior, advierte un esbozo de fiesta en mi cara. Las gotas de lluvia resbalan por el rostro al terminar su paseo por mis mechones largos de gitana. Paso la lengüita por ellos absorbiendo el agua azul. Me encanta este momento. Casi puedo brincar; así, más rápido. El antro de la naturaleza me incita a correr sin sacudir la conciencia. Se enrosca en mi apéndice porque ahora la que tiene miedo es ella. Que se vaya de una vez y no vuelva. Estoy casi limpia y este ruido vibrante tiene que durar, al menos hasta que deje de llover.

...

Apenas cae brizna.

La puerta de casa codea sensual a mi paso.

Se ruega seguir manteniendo la calma. Voy a darme un baño caliente en mi bañera roja.

## **RELATO 7: *Insomnio alrededor del vacío***

*Netty Del Valle*

Aprovechaste el encubrimiento que ofrece el anonimato, te inventaste un nombre y se dio la ventolera de concursar en cuanto convocatoria se atravesara por delante. Creías que escribiendo desafortadamente, liberabas el nudo que desde hacía algún tiempo se te atascaba en la mente. Podrías descargar tus pensamientos y luchar contra el sentimiento de soledad que balanceas siempre sentado en una mecedora junto a la ventana que mira para la calle. Los lentes de carey colgados de la nariz y esa maldita pijama raída de rayas azules, que tanto detesto. A un lado, una mesa de madera, un bombillo que pende de un cable que viene desde el cielo raso, una pila de papeles, libros, diccionarios. En la esquina de la habitación, una cesta de mimbre para tirar toda la basura que escribes en las páginas que, de cierta forma, te liberan del silencio. Conozco tus intentos de ser un escritor pero, ¿cómo podrías serlo si nunca has sido capaz de suscitar emociones en los otros? Ni siquiera en mí, que he pasado tanto tiempo a tu lado y nunca me dices nada. Siempre agazapado, silencioso, indiferente. Mirándome de una manera extraña, recelosa, con ese

ojo de vidrio en donde yo me reflejo como si estuviese delante de un espejo. Si no consigues salir de ese mundo claroscuro que llevas por dentro, jamás podrás desenmascarar todas las tinieblas que te abruman para que pueda resplandecer la luz que tienes escondida y poder comulgar con tus lectores.

Sé que un buen día decidiste quedarte callado. Me gritaste que estabas cansado de hablar porque parecía que las palabras se las tragaba el viento, que era mejor escribir porque las palabras duraban más. Me quedé sorprendida de esta rara conclusión. Tú no eres muy dado a andar filosofando como esos pensadores de la antigüedad que se la pasaban dando vueltas en las calles rodeados de discípulos y desentrañando los misterios de la existencia. Hasta razón tenías, pensé para mis adentros, porque el papel lo podías guardar por ahí, sin preocuparte si se convertiría en comida para las polillas, en compost, en abono, en algo. Con esta actitud, me libraba de tu mezquino universo masculino donde nunca tuve cabida. Ese día, yo sentí un dolor tan grande que decidí volverme una extraña y hacerme invisible para ti, aun estando dentro de mi propia casa. Clausuré todas las puertas y ventanas: me dediqué a deambular por los laberintos de lo que fue nuestro lugar. El sol se apagó, las salamanquesas grises se volvieron blancas porque no recibían la luminosidad del sol, se me descolgaron los párpados y se me resecaron los labios.

Me olvidé de barrer y de sacudir. El polvo se acumuló por todos los rincones de la casa formando una costra gris que se pegaba al piso donde se adherían las huellas de nuestras pisadas. A ti la escritura te desahogaba y la tomabas como un buen ejercicio liberador. A mí, solo por el inmenso amor que te tenía, a pesar del dolor y la tristeza que sentía al verte solo y aislado, escribiendo en secreto, de forma privada, casi clandestina, me dio las fuerzas para soportar tanta soledad.

Por la rendija de la puerta te observaba cómo, sin descansar, escribías a mano, hojas tras hojas, luego las releías, las tirabas en la cesta de mimbre y te reías a carcajadas: estas se apoderaban del silencio de la habitación y cabalgaban por el aire hasta llegar a mis oídos para carcomerme por dentro. ¡Ya no soportaba ese silencio! ¿Por qué tú siempre buscabas mañas para darme donde siempre más me duele? ¡La indiferencia!

Me mudé a la habitación contigua para huir de la frustración y me enfrasqué en la lectura para intentar sobrevivir. Me desdoblé viajando a través de las historias que los libros me ofrecían. Intenté dejar atrás una relación que solo existió en mi imaginación, aunque a ti, te siguiera teniendo a mi lado en carne y hueso. Pese a la ausencia, siempre me persigue un reguero de nostalgias tortuosas y desasosegantes que me torturan, porque jamás pude entrar en el esquivo reino donde el corazón se desboca y la flor púrpura abre sus pétalos para recibir el placer que te hace vagar como alma en pena.

Es viernes en la madrugada y como siempre, una vez que apago la lámpara de noche para dormir, aparecen las mismas imágenes eróticas flotando en la oscuridad de la habitación y nublando mi mente.

¿Por qué estas imágenes recurrentes de todos los viernes por la noche, si precisamente fuiste tú quien me hundió en largos períodos de sequía sexual?

¿Cuáles son los motivos para que siempre estés en mi pensamiento, si estamos separados?

¿Por qué no he podido romper el círculo que nos unió? ¿Es acaso inmortal lo que siento por ti?

¿Es que acaso debo dejarme de carajadas y eufemismos y reconocer que te añoro todavía?

¿Por qué este vacío tan abismal?

Está amaneciendo, no me ha agarrado todavía el sueño y no he llegado a ninguna conclusión.

Confío en que algún día todo será diferente.

Mañana, todo volverá a ser como siempre ha sido.

## **RELATO 8: *El hombre del saco***

*Cleta Valdés*

Hay un tipo en este cuento que atesora besos cada mañana. En ese recorrido que va desde el café hasta el trabajo, recoge todos los que la gente deja caer y sin ningún pudor los sacude y mete en un saco.

Hay una chica en el mundo (mi novia como él la llama), que adicta a este modo de amanecer devora todos los mimos que él envía.

El sujeto de la historia en cuestión no hace ascos de ninguno. Le da lo mismo las expresiones de puro formalismo de los que se encuentran en la calle en el trayecto a comenzar a vivir, que los besos encendidos cuando sale el sol de los amantes de una noche.

Luego en casa mientras piensa a su muchacha, los clasifica sin un criterio definido, en fin... improvisa.

LOS APASIONADOS: Que incluye a los amantes, los poetas, los locos (¿acaso no es lo mismo?), los políticos, los suicidas.

LOS TRISTES: Y ahí mete los de aeropuertos, los lluviosos, los de despedida (de los que no quieren decir adiós).

LOS MOJADOS: Aquí pone en fila besos de pez, de aguaceros, de métete debajo de mi falda, de sécate los ojos, de chúpame las manos, de lengua hasta la garganta.

LOS TRAVIOSOS: Y vayámonos al cine (otra vez...), tócate mientras te miro, dame de tu boca eso que comes, vámonos de recholata.

LOS FORMALES: Besos de oficinas, de gente que recién se conoce, de novias vigiladas, de matrimonios cansados, de conveniencias.

LOS SENSUALES: Iluminadas aparecen Marilyn, Cora Pearl, Mata Hari, Monica Bellucci y la corte celestial.

LOS CASTOS

LOS IMPÚDICOS

LOS GOLOSOS

LOS MARGINALES

LOS DE CINE

LOS PELIGROSOS

LOS COBARDES: Arrebatados con violencia a la inocencia, los arrepentidos en la hora del juicio final, los que no se atrevieron... los que se dieron sonrientes, mientras la sombra agazapada murmuraba, traición, traición, traición.

LOS...

LOS...

LOS...

Diossss!!!... hay tantos, que decide irse a la cama, no sin antes mirar atrás por un momento...

LOS VITALES: Y entonces llegan los niños, las abuelas, el mar, los dioses, las promesas y la FE.

A veces quisiera dejarlos tirados de cualquier modo, es un trabajo complicado y desconcertante este de organizar besos:

Porque los Tristes a veces se vuelven Mojados, los Traviesos... Impúdicos, los Golosos... Apasionados, y así sucesivamente...

Los Cobardes y los Formales son los que menos problemas dan, jamás evolucionan.

Los Castos... Ah... los Castos... esos son otra cosa, temerarios en extremo, suelen devenir casi siempre a Mortíferos...

Y mientras este coleccionista recolecta besos, que envía sin demora, cada mañana (como prometió) a su amada, ella los aprisiona cuidadosamente en un laberinto que se auto construyó en el alma.

Entonces, con mas acierto que él, en vez de darles nombre les va asignando un sitio:

Golosos, impúdicos, Traviesos, Mojados... entre sus muslos, Tristes, Formales... a sus recuerdos, Sensuales, Peligrosos... en su morbo, Vitales... al corazón.

Cobardes, aún no los coloca, no es capaz de encontrar sitio.

Y con paciencia va tejiendo un traje de besos durante el día, que sabe, no terminara nunca, porque en la noche, mientras todos duermen, ella desteje cabrona y sonriente (como la loca aquella, que cada noche deshacía la manta, en medio de una jauría de pretendientes, esperando a su hombre perdido entre cantos de sirenas), sabiendo que mientras no lo termine y queden huecos por rellenar...

Él la seguirá besando.

## Notas

<sup>1</sup> Rodó: "Albatros", *Últimos motivos de Proteo*.

<sup>2</sup> Beaudelaire: "L'Albatros", *Les fleurs du mal*

<sup>3</sup> Claudel: *La nieta del señor Linh*.

# MODELO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

PARA ENTREGAR EL SOCIO Y SUScriptor EN SU BANCO O CAJA

D.(a): \_\_\_\_\_

Ruego a Vds. que, hasta nuevo aviso, adeuden en mi Cuenta Corriente o Libreta de Ahorros número: \_\_\_\_\_

sucursal número \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_

todos los recibos correspondientes a la suscripción o renovación a la revista PAIDEÍA.

Lugar:

Fecha:

Firma

✂.....

**PARA ENVIAR A LA SEDE DE LA Sepfi.**  
(Plaza de Argüelles, 7 • 28008 Madrid • info@auladoc.com)

Bankia ES88 2038 1760 8960 0060 0427

- Deseo suscribirme a PAIDEÍA por el período de un año (tres números) y renovación automática hasta nuevo aviso.
- Deseo recibir el número \_\_\_\_\_

Ruego a Vds. que, hasta nuevo aviso, adeuden en mi Cuenta Corriente o Libreta de Ahorros número \_\_\_\_\_

del Banco \_\_\_\_\_ o Caja \_\_\_\_\_

Sucursal número \_\_\_\_\_, de \_\_\_\_\_

todos los recibos correspondientes a la suscripción o renovación a la revista PAIDEÍA.

Nombre y apellidos: \_\_\_\_\_

Domicilio: \_\_\_\_\_

Población: \_\_\_\_\_ C. P. \_\_\_\_\_

Provincia: \_\_\_\_\_

E-mail y Teléfono: \_\_\_\_\_

✂

# COLABORACIONES EN PAIDEÍA

## Normas de publicación

Paideía acepta trabajos no solicitados –artículos, entrevistas, experiencias didácticas, comunicaciones, reseñas de libros y revistas, etc.– sobre cualquier tema de filosofía, siempre que sean inéditos. Su publicación podrá demorarse en función del material disponible, por lo que pedimos que se remitan con tiempo.

La extensión de los trabajos no excederá de 20 páginas para los artículos, entrevistas y aulas abiertas (sin contar los gráficos e ilustraciones). Para las comunicaciones no excederá de 6 páginas, y para las reseñas de libros de 2 a 4 páginas. Los trabajos deberán ir acompañados de un resumen o *abstract* de unas 100 palabras en inglés y en español. Además deberán incluir palabras clave y *key words* adjuntando el título del trabajo en inglés. También se aceptan ilustraciones siempre que el fichero tenga una buena resolución.

En todos los casos los autores deberán adjuntar unas breves líneas curriculares donde, aparte de consignar su adscripción institucional, den cuenta de sus principales publicaciones y una dirección de contacto postal y electrónica.

Los originales deberán remitirse por correo electrónico mediante fichero adjunto a las direcciones siguientes:

Artículos, entrevistas, aulas abiertas y comunicaciones:

Javier Méndez: [javier.mendez@yahoo.es](mailto:javier.mendez@yahoo.es)

Libros: Julián Arroyo: [julianarroyo@yahoo.es](mailto:julianarroyo@yahoo.es)

A través de la página web: [www.sepfi.es](http://www.sepfi.es)

*Sistema de citas:* Deberá utilizarse el sistema de citas bibliográficas según APA (6ª EDICIÓN) con las referencias bibliográficas (apellido y año) incorporadas entre paréntesis dentro del texto o en pie de página que remitirán a una bibliografía al final del trabajo ordenadas alfabéticamente. Para más detalle:

*Libros:* Marina, J. A. (1992). *Elogio y refutación del ingenio*. Barcelona: Anagrama.

*Capítulos de libro:* Muguerza, J. (2007). ¿Convicciones y/o responsabilidades? Tres perspectivas de la ética en el siglo XXI. En R. Aramayo, R. y Guerra, M. J. (eds.), *Los laberintos de la responsabilidad*. Madrid: Plaza y Valdés.

*Artículo de revista:* Martínez, J. A. (2003, Abril-Junio). Misión de la educación, según Ortega. *Paideia, Revista de filosofía y didáctica filosófica*, 64, 275-283.

Moya, E. (2002). Filosofía, literatura y verdad (aproximación crítica al textualismo de Rorty). *Revista de Filosofía*, 27 (2), 305-336. *En caso de que tenga una versión electrónica, se añade:* Consultado en:

<http://revistas.ucm.es/index.php/RESF/article/view/RESF0202220305A>

*Documentos electrónicos: sitios, páginas web, etc.:* EDUTEKA. Tecnologías de la Información y la Comunicación para la Educación Básica y Media. Consultado (30/09/2009) en: <http://www.eduteka.org>.

*Libros electrónicos kindle, e-pub, etc.:* Ortega y Gasset, J. (2010). *Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?* (Versión Kindle). Adquirido en Amazon.es

*Evaluación:* Los encargados de las Secciones, comunicarán la recepción de los trabajos, pero es el Consejo de Redacción el encargado de su análisis, valoración y selección, mediante el sistema de información por evaluadores externos, ajenos al C. de R. Esto se hace en las reuniones trimestrales de programación.

Cuando se programen números monográficos, serán anunciados previamente, dando, en este caso, prioridad al material remitido sobre el tema propuesto.



---

COLABORAN EN ESTE NÚMERO: Francisco J. Ramos, Pedro Chaves Giraldo, Felipe Aguado Hernández, Antonio Chazarra Montiel, María Rodríguez García, María Aguado Molina.

---

TAMBIÉN HAN COLABORADO: Luis Roca Llusmet, Javier Méndez, Víctor Hugo López Martín y Julián Arroyo Pomedá,



**SEPFI**

Sociedad Española de  
Profesores de Filosofía